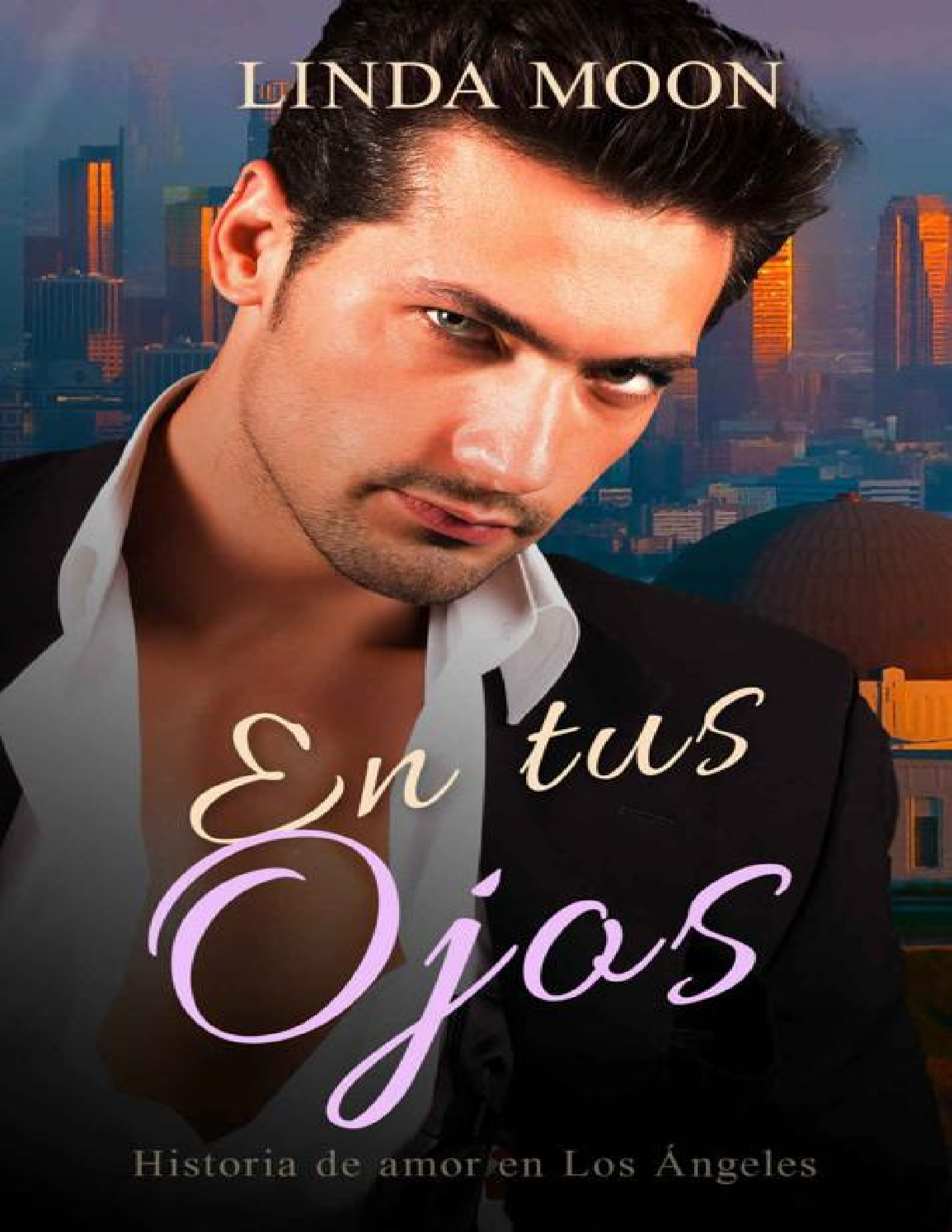




LINDA MOON

*En tus
Ojjas*

Historia de amor en Los Angeles

En tus Ojos

Historia de amor en Los Ángeles

Linda Moon

Copyright ©LINDA MOON by Linda Moon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Brianna
2. Christopher
3. Brianna
4. Christopher
5. Brianna
6. Christopher
7. Christopher
8. Brianna
9. Christopher
10. Christopher
11. Brianna
12. Brianna
13. Christopher
14. Brianna
15. Brianna
16. Christopher
17. Brianna
18. Christopher

19. Brianna
20. Brianna
21. Christopher
22. Brianna
23. Christopher
24. Christopher
25. Brianna
26. Brianna
27. Christopher
28. Brianna
29. Brianna
30. Christopher
31. Christopher
32. Brianna
33. Christopher

Parte introductorio de segundo libro Historia de Amor en LA - "Profundamente Perfecto"

1. Brianna



No había nada más maravilloso que el olor de los cruasanes recién horneados. La segunda ración del día era la merienda. Los clientes que disfrutaban de sentarse con una taza de café fuerte o té aromatizado por la tarde, estaban a punto de entrar en la cafetería.

Me puse detrás del mostrador y los miré. Algunos pedían algo con prisa, intentando volver a tiempo de su pausa en el trabajo. Yo, en cambio, disfrutaba preparando café cada vez.

El sol no brillaba a través de la bruma. Hoy, sin embargo, todo estaba inundado de luz solar, y yo estaba bañada en ella. Al pensar en quién era el responsable de mi humor de arco iris, sonreí aún más. De hecho, tenía la costumbre de sonreír.

De repente, alguien me llamó desde el público. Resulta que el Sr. Parker ya había pronunciado mi nombre unas cuantas veces. Era un visitante frecuente de nuestro café. Siempre que entraba en la sala, se quitaba cuidadosamente su sombrero de fieltro gris y amarillo en señal de respeto. Quizá era su única diversión pasearse una vez al día por el café de mi tía y mío. Suspiré feliz.

—¡Brianna, Brianna!

—Sí, señor Parker, ya voy.

Tenía una soledad graciosa y unas frases extrañas y sin sentido que a veces no entendía.

—¿Dónde estás hoy? No consigo localizarte —dijo malhumorado pero con una sonrisa—. ¡Pareces muy feliz! ¿Te alegras de que nuestro Bakersfield¹ esté empapado de calor insoportable? —dijo mirándome con un guiño alegre.

—Es un bonito comienzo de verano este año, ¿verdad, señor Parker? ¿Qué tal la pierna? ¿Sigue molestándote? —Estaba segura de que me había llamado para charlar—. Hoy me he permitido un movimiento espontáneo por el espacio —tosió—. No importa... lo que importa es que no hay nada más hermoso que nuestras vidas.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Puedo ofrecerte algo? —Le sonreí.

—El sentido de la vida no es estar solo, sino estar en contacto con uno mismo. Por cierto, ¿dónde está Margaret? Hace tiempo que no la veo.

—Está en un curso de repostería, creo que pronto se reunirá con nosotros aquí —aspiré y mi sonrisa se hizo aún mayor.

—Últimamente, Margaret trabaja mucho.

—Sí, y se cansa enseguida, los años pasan —dije mientras miraba la cara del señor Parker.

—Es normal; a su edad, no tiene nada de malo. Cada uno va por su lado. Por un lado, es bueno que te quedaras con ella en lugar de mudarte a San Francisco con tu familia. Por otra parte, que una joven como tú se quede atrapada en este pantano... —se detuvo.

Quise interrumpirle, pero por deferencia, no lo hice.

—De todos modos, si alguna vez piensas en marcharte, no te preocupes por Margaret, la vigilaré —se lamió los labios y tosió como un colegial nervioso en una cita—. ¡Se acabó! —añadió.

—No, no veo sentido. La Gran Ciudad, el ajeteo... Mi hermano y mi hermana ya son mayores, mi ayuda es más necesaria aquí, y Diego —me ajusté el pañuelo de seda naranja y amarillo al cuello y tragué saliva.

Mi tía apareció de la trastienda. Al vernos, nos hizo señas para que nos acercáramos. La sonrisa del Sr. Parker se ensanchó aún más, mostrando sólo los dos dientes delanteros que le quedaban.

Una mesa vecina pidió la cuenta, y yo volví a la caja. Mi tía se acercó a nuestro invitado y empezaron a charlar alegremente. El Sr. Parker intentaba, como siempre, captar la atención de mi tía, y ella se reía a cada frase.

Siempre pensé que habrían sido la pareja perfecta, pero mi tía Margaret siguió entregada a su marido durante el resto de su vida. Ella y el Sr. Parker eran siempre divertidísimos, y su comportamiento me entretenía. Incluso los vi bailando una vez, aunque al señor Parker le molestaba la pierna desde hacía diez años.

Los miré y pensé en Diego y en mí. “*¿Pasaremos nuestra vejez como esta pareja de locos de amor?*”, una alegría interior me invadió. Pronto voy a ver a Diego y pasaremos juntos una velada y una noche inolvidable.

Mi tía se acercó a mí y me besó en la frente. Tuve que inclinarme un poco. No mido ni 168, pero ella es aún más baja. Nuestra familia se reía de que Margaret era hija de un vecino. Recordé nuestras veladas familiares y sentí que mis ojos se llenaban de alegría. Margaret estaba sospechosamente callada; siempre lo estaba cuando tenía que decir algo importante.

—Brianna, ¿no es hoy tu aniversario con Diego? —Me miró con la ceja derecha levantada, esperando una respuesta.

—Sí —asentí y me reí, rara vez me llamaba por mi nombre de pila y tan formalmente. Al parecer era algo serio. Eso me animó aún más.

—¡Por eso estás resplandeciente! Bueno, hoy irás temprano, y yo cerraré. Pásalo bien.

—Pero... —empecé a objetar.

—Por favor, mi sol —cambió a un tono suave—, vete a descansar, ya haces mucho por mí. Voy a arreglar este sitio sola. Claro, no tengo una sonrisa encantadora como la tuya, pero aun así, aquí mando yo y decido quién trabaja en mi cafetería y cuándo. Y no me hipnotices con tus grandes ojos negros.

—Vale —asentí alegremente.

Tenía sentimientos contradictorios. Sabía que a mi tía no le gustaba mucho Diego. Pero nunca lo dijo en voz alta, sólo con una mirada y algún que otro suspiro cuando le conté una vez más que Diego no encontraba un trabajo adecuado.

—Quizá esta vez tengas un poco más de suerte con el amor —suspiró con nostalgia.

—¡Gracias, gracias! Eres la mejor tía del mundo.

La abracé, tirando de ella con fuerza, y ella me acarició el hombro avergonzada.

—Es lo poco que puedo hacer por ti, comparado con cómo me ayudas con todo el caos que hay aquí.

Colgué mi delantal bordado de flores, saludando con la mano al señor Parker. Él sonrió y me devolvió el saludo con la cabeza.

Mientras corría hacia casa, vislumbré los islotes de verde que aún quedaban en la ciudad, un calor abrasador que surgía del asfalto caliente. Mis pensamientos estaban centrados en qué más podría cocinar para mi amor. Me había dicho que estaría en casa de su amigo ayudando en la reforma del apartamento hasta la noche, es decir, hasta el final de mi turno. Tal vez podría preparar algo rápido y darle una sorpresa. Mis excitados pensamientos corrían en distintas direcciones con la expectación de la noche.

Tenía un precioso conjunto de lencería comprado con antelación. En mi cabeza, ya me lo estaba probando e imaginando el efecto que tendría sobre Diego. Sí, puede que no sea perfecto, como piensa Margarita, pero es un buen hombre. Ayuda mucho a sus amigos y es muy amable conmigo.

De camino a casa, pensé en entrar corriendo a la tienda, pero me di cuenta de que ya tenía todo para un acontecimiento romántico: velas, champán, yo, él... Una enorme sonrisa se dibujó en mi

rostro. Pensé: cuando todo esté listo, le enviaré un mensaje. ¡Perfecto! Mis pensamientos giraban en torno a la realización de mi plan ideal.

¡Mi vida era perfecta! Mi trabajo favorito, mi persona favorita, ¡mi ciudad favorita! Subí corriendo a casa, emocionada.

Sin aliento por la subida al primer piso, abrí la puerta. El piso estaba en penumbra. ¡Qué raro! Normalmente, todas las cortinas estaban abiertas. Vi unas sandalias de mujer que no eran mías. No llevo tacones. Mi respiración se recuperaba poco a poco. Miré hacia el dormitorio; la puerta estaba cerrada. ¡Qué está pasando! ¡No puede ser! Las conjeturas serpenteaban en mi mente.

Me acerqué a la habitación y oí gemidos y crujidos sospechosos. Quizá no sea Diego, quizá sea su amigo viendo una película. ¡Pero los zapatos!

Me paré delante de la puerta, con el corazón latiéndome frenéticamente. Abrí la puerta. Vi sus ojos, los ojos de mi Diego, y el pelo oscuro de otra persona enroscado en su pecho. Su pelo, el pecho de Diego, sus zapatos, ¡sus ojos! Incluso en la semioscuridad, todo parecía irreal.

Mi respiración se detuvo y mi mundo perfecto se desvaneció. No podía decir ni una palabra; estaba en el vacío. Pero Diego tiró a la morena de la cama y empezó a hablar rápido y fuerte. Se cubrió tímidamente su intimidad, como si nunca lo hubiera visto antes. Intenté oír lo que decía, pero no pude. Los sonidos se atascaban entre nosotros y no me llegaban.

—¿Por qué? —Al fin pude reunir algo en mí y sacar una palabra.

Él murmuraba, pero no con la voz agresiva del principio. Algunos jirones de palabras llegaron a mí: —Tía... café... No hagas caso...

¡¿Qué está diciendo?! Nos engañaba... a mí... en nuestra cama, ¡en mi casa justo en nuestro aniversario! Durante el día, sin ocultarlo... ¿Qué piensan de mí los vecinos? ¿Sus amigos?

Ya no estaba delante de él. Me di la vuelta y caminé lentamente hacia la cocina. Un sorbo de agua refrescante me dio claridad. Mientras lo hacía, por mi mente pasaban imágenes del día de hoy. ¡Qué perfecto había sido todo! ¡Lo era! ¡Solo en mi cabeza!

Diego cerraba la puerta tras la chica, susurrándole algo. Miré por la ventana; el día estaba llegando a su fin y ya no me parecía tan agradable. Podía distinguir el smog, los prados de hierba abrasados por el sol. La gente cruzaba lentamente la carretera, los coches aminoraban la marcha y luego volvían a acelerar lentamente.

Mi mundo empezaba a detenerse, como si mi corazón pulsara el botón de parada. ¡Mi realidad se apagó! No puedo estar en esa casa. No puedo dormir en esta cama. ¡No puedo! ¡Es humillante! Y ya no quiero. Me di cuenta de que no quería quedarme en esta ciudad, mirar y sonreír a los ojos de esta gente.

Intentaba encontrar una excusa para él, algo a lo que aferrarme, pero cada pensamiento se perdía y nada lo justificaba. La justificación se desvanecía en aquella niebla tóxica.

Diego se acercó a mí; creo que quería abrazarme, pero lo rechacé con la mirada y le hice un gesto para que se callara. Normalmente, nunca me hacía caso, pero hoy se calló. Saqué la maleta y empecé a hacer las maletas. Mis pensamientos no estaban haciendo la maleta, pero la maleta sí. Diego estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, y observaba en silencio.

No le miré, no estaba nerviosa, empaqué despacio, como en una niebla. ¡Tía! “¡No pienses en eso ahora!” —Me ordené a mí misma. Empecé a enumerar todo lo que veía, distrayéndome así, y caóticamente mi pequeña maleta azul se fue llenando.

Comprobé mis pañuelos de satén para cubrirme el lunar del cuello y un par de mis libros favoritos. Esta era una parte importante de mi armario. Lo cuento también es una salida... —1, 2, 3,...— Lo principal es el cuello, y no razonar, para no volverme loca. Me envolví en este velo, como para separar mi faceta del mundo. Ni siquiera me está deteniendo. Pensé en Margaret, pero no quería llorar otra vez en su hombro.

Me senté en la estación de autobuses y no sabía dónde meterme. Era de noche. Los autobuses circulaban hasta medianoche. Como de costumbre, las estaciones olían a gasolina, sudor y comida mexicana. Ni siquiera podía ir a la taquilla a pedir un billete para algún sitio. Tenía miedo de llorar. Estaba harta de lo que había pasado; tenía una rabia que me partía el corazón.

Había una pantalla delante de mí, así que, para distraerme de lo que estaba pasando, escuché atentamente. —Detrás de la multitud de fans de estas modelos y de su merecida atención, hay una persona real que siente verdadera pasión por la industria en la que trabaja—.

La pantalla mostraba a un hombre rodeado de chicas guapas. ¡Odiaba a los hombres! No podía concentrarme en la pantalla. Apoyando la cabeza sobre las manos, no pensaba, no dudaba, estaba segura al cien por cien de que esta era, con diferencia, la decisión correcta. ¡Marcharme!

1. *Bakersfield es una ciudad situada en el condado de Kern, California, del que es su capital. Está localizada en el lado oeste de las montañas de Sierra Nevada, al extremo sur del Valle de San Joaquín.*

2. Christopher



Una captura — tiro! ¡Otra captura, como disparo! En la escena del rodaje solo la tenía a ella en mi vista. Una brisa fresca soplaba desde el océano, alborotando mi pelo ya rebelde. Siento cómo el viento lo despeina.

El sol ya no me cegaba y disfrutaba creando la belleza del ángulo. Solo tenía en mente a la modelo. Hoy, la próxima chica de Hollywood. ¡Qué piernas tan largas! Era insoportable mirar cuando otro vestido se deslizaba justo por encima de sus rodillas. Mi espíritu se detenía esperando la continuación.

¡Click!

Grité: —¡Sonríe con picardía!

—¡Más!

¡Click!

—¡Dame más!

—¡A continuación!

—¡Pose!

—¡Para!

Decía todas estas palabras sin pensar, como disparos. Me gustaba trabajar con modelos profesionales. No había que decirles qué hacer o cómo posar. Puedo relajarme con mis historias. No tenía información sobre ella ni el rodaje. Creo que se llama Judith o Julia. El ambiente olía a perfume caro.

Me di cuenta de que la modelo era experimentada. Llevaba un vestido verde mármol con un gran escote, recordándome a una serpiente pura sangre. Se sentaba en una silla y adoptaba varias posturas por sí sola. No le daba órdenes, solo buscaba el ángulo perfecto. Adoraba mi trabajo

porque decidía dónde miraría el espectador: a la nariz, a las piernas, a los ojos o al vestido. Sonreí con picardía.

Mi ayudante era un verdadero profesional. No le decía dónde apuntar la luz ni dónde ponerse. Era tan buen fotógrafo como yo, pero eligió ser mi ayudante para aprender. Fue halagador. En los últimos meses, había cambiado, vistiendo de Ralph y Valentino para trabajar. Cambió un par de coches, ahora tenía un Chevrolet Camaro. Sonreí. Me gustaba que la gente tuviera más confianza conmigo. Y amaba trabajar con profesionales.

Tenemos otro miembro en el equipo, Glen. Es grande y guapo, su trabajo consistía en transportar equipos, montar y desmontar, y ayudar a Carlos. Glen podría tener una carrera como modelo o actor secundario, pero no habla mucho. Está agazapado a la sombra, observando en silencio el proceso. El resto del equipo está del lado del cliente.

La modelo se subió el vestido.

—¡Más alto! —le dije involuntariamente.

Ella no respondió, solo lo hizo. Nada cambió en su rostro, solo las comisuras de sus labios se levantaron ligeramente. Todo estaba en mi encuadre, incluido el océano y los acantilados costeros.

El Matador¹ es el lugar más popular para fotógrafos, desde principiantes hasta profesionales. Esta playa se utiliza para sesiones de modelos en traje de baño o sin él, con impresionantes puestas de sol y acantilados. El paisaje es más bello con la marea baja, aunque puedes ver hermosos acantilados en el oleaje.

Hoy, ni con bañador, ni desnuda, sino con hermosos vestidos de noche. No presté atención a la hoja de contrato hoy, pensando que era una modelo más para mi cartera. Nada especial en Los Ángeles. Hay miles que vienen aquí en busca de fama o de un bolso gordo.

Esta modelo era diferente, ¿famosa tal vez? Discreta, no decía mucho. Para mí, hoy era diferente: una sesión de fotos para una colección de moda de 10 vestidos de una firma famosa. Recordé que se llamaba Judith. Encontré un punto fuerte en sus piernas. Los modelos son fáciles de llevar. “¿Qué atrapan en mí?” Sonreí, dinero, fama y mi carisma infinito.

Me molestaba que Carlos no dejara de mirarla. En el fondo, a pesar de su profesionalidad, siempre me molestaba... “¿Me gusta ella? ¿Tengo celos? Claro que sí”.

Quería invitarla a las cuevas y arcos de roca de la playa después de la sesión. Hay una marea baja en El Matador y quizá caminaríamos hasta la gran cueva que da al océano. ¡Oh, me encanta mi trabajo! ¡Me encanta crear belleza!

Empecé a sentir que...

—La modelo está cansada —interrumpió mis pensamientos su ayudante o un empleado de la empresa para la que trabaja.

Era delgado y bajo, así que tuve que inclinarme un poco para verle la cara.

—Vale, entonces, ¡cambio de vestuario!

Odiaba que me dijera qué hacer.

—No, no —sigue habiendo un sendero—. Tiene que bajar con este vestido por la ladera del acantilado, luego bajar las escaleras y llegar a la playa. Es un objeto clave de la colección.

Me callé, el cliente siempre tiene razón. No sabía quién estaba delante de mí: si el cliente o su ayudante. Vestía con estilo pero de forma económica, sus zapatos estaban un poco gastados y llevaba un reloj que no era un Cartier, sino una falsificación china.

Estaba jodido, la próxima vez leeré las listas de quién es quién en el rodaje. Sonreí, me hacía gracia mi ignorancia. Lucy siempre adjunta todo el papeleo adecuado a mi trabajo, junto con el permiso para filmar y otros contratos.

Le hice un gesto con la cabeza. No dije nada.

—Tómate 30 minutos —gritó el gilipollas.

Nadie se movió, ni siquiera la modelo, que primero se levantó y luego volvió a sentarse. Todos me miraban. El maquillador, el diseñador o quien fuera, todos me miraban.

—¡Tómate un descanso de 20 minutos! No podemos más, la luz va a desaparecer —dije con voz grave y ensordecedora.

Y todo el mundo empezó a agitarse como un hormiguero. Me di cuenta de que el que gritaba era solo un asistente.

Caminé sonriente hacia ella, oliendo el agradable perfume caro. Los pendientes acentuaban sutilmente el efecto del caro vestido, dándole una sensación ligera y exuberante. Quería conocerla mejor.

Pero me topé con la frialdad de su mirada. En su rostro había una máscara hecha con polvos y cremas. Cambié de idea. Me puse a su lado y miré las nubes. Ella también se sentó sin decir nada, como si oliera algo. Sí, confirmando en mi cabeza lo acertado de mi teoría: se puede crear belleza con una cámara que parezca natural. El silencio continuaba.

Hacía tiempo que me había dado cuenta de que una de las partes más difíciles de la fotografía puede ser saber controlar al modelo. Sin embargo, una vez que aprendí algunos principios y un par de técnicas, descubrí que es bastante fácil.

Las modelos siempre sienten una presión imperceptible durante la sesión pensando en la corrección y la belleza de las poses. En si, el fotógrafo se comportará profesionalmente y en sí

procesará las fotos para presentar a la modelo bajo una luz favorable.

Carlos se acercó. Me di cuenta de que me molestaba su agradable voz, su dulce perfume y su mirada congraciadora. Siempre está esperando que le diga si está haciendo un buen trabajo.

—¿Cómo te encuentras? —No dudó en preguntarle a Judith.

Vi su sonrisa falsa y llorosa.

—Bien —me miró y respondió—. ¿Podrías prepararme un café con leche, pero sin lactosa? —seguía dirigiéndose a Carlos, pero ya estaba mirándome.

Me di cuenta de la ingenuidad y las máscaras, la mayoría de las modelos se aprovechan de ello, no se las quitan ni por la noche. ¡Qué pena! Me gustaría pasar una noche y quitarle esa máscara. Seguro se la quita, cuando va a gritar debajo de mí del placer que voy a darle.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —empecé sin preliminares.

—Tengo que mirar mi agenda, eso lo hace Steve —dijo con una suave sonrisa—. ¿Steve, Steve?

Hizo un gesto con la mano y él se puso rápidamente a nuestro lado.

—Dime, ¿tengo tiempo libre hoy?

—No, claro que no. Estás ocupada hasta el mes que viene —me observó con suficiencia—. Esta noche tenemos un banquete con gente muy —recalcó—, muy importante.

Cuando dijo eso, vi un farol brillante, como en una partida de cartas. Solo que de algún modo pensaban que yo, un transeúnte cualquiera, también era un jugador importante en su juego. Quería vomitar de su juego barato.

Pero no, puedo ver el mínimo tic de las arrugas disimuladas y el brillo malsano de sus ojos. La falsedad de lo que decían me hacía reír por dentro, pero por fuera me mostraba espeluznantemente cortés. Me pregunté cómo acabarían actuando cuando descubrieran que solo había dos actores en escena. Seguían mirándose. Permanecí obstinadamente en silencio y decidí marcharme, dándome cuenta de que no me interesaba, cuando ella empezó a hablarme.

—¡Vale, Steve! Ya lo he entendido. Puedes ir a buscar a la maquilladora.

Steve se alejó, y yo tuve que quedarme por educación.

—De acuerdo, Mister Carter, hoy haré tiempo para usted, con la condición de que me ofrezca algo que merezca la pena.

¡Bum! Aquello me hizo reír. No sabía quién era. En mi cabeza, ya la había fallado y echado a la calle. Pero en el mundo real hay que tener más cuidado.

—Me lo pensaré —respondí.

Durante menos de una fracción de segundo, puso mala cara, pero luego se recuperó y esbozó una sonrisa.

—Claro, no pienses mucho tiempo —dijo—, y avísame pronto, porque ya sabes lo rápido que cambian los planes de una modelo famosa.

“*¡Qué tontería! Ella también es... estúpida*”. Di media vuelta y me marché, sobre todo cuando me substituyó el servicial Carlos, que trajo café.

“*¿Por qué creía que me gustaba?*” Pero el primer principio es que los modelos también son personas. Solo por eso.

La industria de la moda está abierta a cualquiera que tenga la pasión y la audacia de trabajar profesionalmente y producir resultados de calidad. ¡El resultado es lo que debe importarme ahora y en el futuro! Me encanta mi trabajo, llevo mucho tiempo acostumbrado a la belleza falsa.

¡Se ha creado una situación interesante! En cuanto me mudé a Los Ángeles, me di cuenta de que, como en muchas otras ramas del arte, no siempre lo que conozco equivale a quien conozco.

He visto fotógrafos que no tienen ninguna habilidad técnica en lo que se refiere a la fotografía, pero tienen un gran número de seguidores que cantan sus alabanzas constantemente. Este fotógrafo hace un gran esfuerzo por crear una relación de trabajo sólida... Yo, en cambio, ¡acepto solo la profesionalidad!

Cuando esta situación me golpeó, empecé a enfadarme conmigo mismo. Me dedico a la fotografía desde que era niño y tuve una idea muy, muy aproximada de la moda hasta los 25 años, antes de empezar a trabajar en la moda. Sin embargo, canalicé mis aspiraciones hacia esta industria de la que necesitaba aprender más y me ha llevado donde estoy ahora. Nunca he dudado de que no podría hacer algo, ya que es una completa tontería.

Mi mirada se detuvo de nuevo en ella y vi a Carlos charlando despreocupadamente y flirteando con ella. Ella jugaba con él y él estaba contento. En realidad, no importa, ¡es la hora de Carlos! Me aparté de este divertido espectáculo y miré hacia el cielo previo a la puesta de sol. El aire cálido junto con mi respiración penetraron en mí y me relajaron.

Me sobresaltó un grito desgarrador. “Dios mío, ¿qué pasa?”

Me di la vuelta y vi el escenario. ¡Era ella! Judith ya no gritaba, pero... Carlos miraba con los ojos desorbitados a la modelo, que había derramado el café, extendiendo una mancha negra por todo el vestido. Furia la miraba con cara torcida.

Aún no entendía del todo de quién era la culpa, y en realidad no importaba. Pero sí entendía, por las expresiones, ¡nada bueno! ¿Qué decía Steve? ¿Surtido principal? ¿El artículo está destrozado? ¡Ah, no!

Me acerqué a ellos y medité. Sí, como una posibilidad, la avería fue por nuestra parte. ¿O se derramó por su cuenta? ¡Carlos! ¡Idiota! ¿Por qué va detrás de esos estúpidos modelos? Me sentía hervir, esperaba que no se me notara en la cara.

—Lo siento, ¿estás bien? — Me volví hacia ella.

Y con la mirada le dije a Carlos que se apartara. Ella puso los ojos en blanco y empezó a jugar con su vestido.

—Me duele, ¿no lo entiendes? Él es un imbécil que me derramó el café encima —ella intentó sollozar, pero no lo consiguió.

Empezaba a darme cuenta del peligro que esto entrañaba. El rodaje era un fracaso por nuestra parte... demandas de la empresa que lo contrató, una demanda de ella, donde debería estar trabajando pronto. Sí, Carlos es un auténtico imbécil.

¿No es aburrido? He oído hablar antes de fotógrafos que se engañan, pero esta es la primera vez. Normalmente no hay meteduras de pata por nuestra parte. Puede que en los últimos 5 años solo hayamos tenido aplazamientos a causa del permiso para fotografía. No confirmamos el lugar y tuvimos que cambiar de sitio, o los plazos eran ajustados. ¡Pero esto! ¡Una estupidez!

Nuestra heroína respiraba por la boca; no me quedaba claro lo que intentaba decir. ¡No es una buena actriz! ¡Qué voluble es la primera impresión! Mis sentidos rara vez me defraudan, supongo que no es su día.

Todo el personal de su lado ya había subido corriendo. No quería quedarme.

—Me disculpo sinceramente, tengo que irme, el trabajo ha terminado hoy, ¿supongo? —No tenía nada más que decir—. No trato con abogados, ¡aquí tienes una tarjeta para mi bufete, por favor! Todas las preguntas por allí.

Steve se quedó de pie agitando los ojos y luego volvió a la vida.

—Sí, sí, me pondré en contacto con ellos. — Steve me arrebató la tarjeta de la mano extendida—. No va a seguir siendo tan fácil para ti —siguió ladrando como un perrito.

—¡Adiós! —interrumpí mansamente.

No me interesaban estos juegos furtivos. Yo hago mi trabajo, ellos hacen el suyo. Ahora podemos irnos a casa y descansar. Un mundo artificial con emociones artificiales. Pero es más bonito que el que tenía antes.

Aunque hay una cosa. Entré en la tienda, los chicos estaban montando herramientas. Carlos también montaba algo, pero no levantó la cabeza para mirarme.

—Carlos. —Esperé a que levantara la cabeza— ¡Carlos!

—Sí —me miró lentamente.

—Estás despedido —dije con cierto alivio—. Eres un gran profesional y encontrarás trabajo con facilidad. Gracias por tu colaboración. —Y le tendí la mano.

—¡Gracias! —respondió, creo que todavía no entendió la situación.

Carlos no pudo decir nada más. Quizá si me lo hubiera explicado y le hubiera dejado. Pero sabía que le despediría en la primera oportunidad. Sería cuestión de tiempo, mejor ahora. Aquí todos somos profesionales, no puede haber casuales en el plato de rodaje.

Salí y llamé a Lucy, mi persona de confianza y sincera en este mundo de mascaradas, la recepcionista. Es divertida, accesible, es fácil hablar con ella, pero cuando es necesario, puede ser superprofesional hasta la náusea. Me hacía sentir como si nadie más pudiera.

—¡Lucy, Lucy!

—Sí, Christopher, adelante, te escucho. Hazlo rápido. Estoy en segunda línea.

—Por favor, búscame un nuevo ayudante.

—¿Qué pasa esta vez?

Se le daban muy bien las palabras, y probablemente por eso hemos trabajado juntos durante más de cinco años, comprendiéndonos y aceptándonos mutuamente.

—El café.

—El café. Ya veo —se la oía tragar saliva y toser—. ¿Cuáles son tus criterios de selección?

—El criterio más importante es hacer buen café —añadí— y no ligar con los modelos —exhalé con desgana y colgué el teléfono.

1. La playa de El Matador es una de las tres playas de la playa estatal Robert H. Meyer Memorial. El Matador es la más popular de las tres y la más cercana a Malibú. Su popularidad está bien ganada, ya que se trata de una de las mejores y más bellas playas del sur de California.

3. Brianna



Me invadió una oleada de aire caliente llena de cientos de olores. Mi vida había cambiado completamente. No fueron 180 grados, sino 360 grados en un planeta diferente.

Caminaba con mi amiga Lauren y su colega hacia el bar Rudolph's. Nunca supe si se trataba de una persona real o si así se llamaba el bar.

El sol ya se había puesto en el horizonte. El cielo pasaba de un azul suave a un lienzo azul oscuro. Las luces brillantes iluminaban las largas calles de la ciudad. Aquí nunca había paz ni tranquilidad, con el constante ajetreo de los coches y las sirenas de policía o ambulancias. Me hacía sentir distante de mi mundo pasado.

Ahora estaba bañada en un ayer inalcanzable, en el bullicio de luces y señales multicolores.

No tenía ni idea de adónde íbamos. Lauren me guiaba mientras saboreaba el brillo y el bullicio de las calles. Discutían asuntos de trabajo. Creo que su colega se llamaba Robert, pero se presentó como Robertini. Como todos con su orientación usan sufijos diminutivos y cariñosos, no me sorprendió. Me pareció interesante, aunque sus numerosos tatuajes me inquietaban un poco.

Empecé a escuchar su conversación.

—Las modelos, todas las modelos son unas cascarrabias, sobre todo las principiantes —dijo el amigo tatuado.

—Sí, eso es seguro. Hay un gran problema en una agencia especializada en principiantes —respondió Lauren—. ¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy muy bien —dije, suspirando.

—Sí, no te preocupes. Encontrarás trabajo aquí rápidamente. Incluso podrías ir a nuestra agencia como modelo. Sería difícil encontrar una rubia animada con ojos marrones.

—Rob, ahora no. Deja que se acostumbre. Acaba de llegar ayer de una ciudad demasiado tranquila —dijo suavemente Lauren.

—¡Ya hemos llegado! —proclamó Robert con entusiasmo—. Podríamos haber cogido un taxi. Tengo las piernas cansadas. Mañana tengo pruebas y llevo todo el día de pie.

—Robert, por favor, no te quejes. Brianna acaba de llegar, tiene el corazón roto y necesita positivismo. L.A. no es una ciudad sombría, —dijo Lauren llevándome por detrás, entrando en el bar.

El bar era más caro y el escenario más patético-divertido de lo que había previsto. Varias mujeres con aspecto de actrices que decían ser lesbianas, y jóvenes con las cejas depiladas merodeaban por el bar. No habría encontrado personajes así ni en el bar más caro de Bakersfield. Mi mundo no se parecía a mi realidad.

Aquí, todos sonreían como yo: de par en par. Encima de la barra se leía: —Cuida tus modales—. Los dientes blancos del personal transmitían el mensaje: —Queremos que todos nuestros clientes se sientan bienvenidos, porque lo son—. Me sentí antinatural. Como si me hubieran dejado en otro mundo.

Elegimos una mesa en el centro. Por los altavoces sonaba música r&b moderna. Nada más sentarnos, se nos acercó una chica alta y guapa, como una modelo, con una sonrisa tentadora. Mientras nos servían los menús, me quedé mirándola sin poder apartar la vista.

—¿Va todo bien? —Lauren me dio un codazo. Finalmente desvié la mirada hacia el menú. No podía concentrarme. Al final del menú, leí: —Nuestro programa de bebidas utiliza tecnología e innovación para que los cócteles sean más sostenibles, eficientes, consistentes y, lo más importante, deliciosos—.

De repente, me eché a reír. Me imaginé ese cartel en la cafetería de mi tía y cómo habría reaccionado el Sr. Parker. Seguro que habría encontrado algo que decir...

—Oh, no sabía que el menú de Los Ángeles decía algo gracioso.

—Déjala en paz, Robert —me defendió Lauren.

—Sí, aún no me has contado lo que pasó —insistió Robertini.

—Te lo dirá ella misma cuando se calme —respondió Lauren con calma y me miró.

—No pasa nada —dije, más calmada pero sin dejar de sonreír.

—Me encanta todo este romance y drama. Pedimos ahora y estamos todos los oídos. Prometo no interrumpir.

Robertini me miraba con toda la atención.

Nadie prestó atención a mi risa, pero en nuestra pequeña ciudad mi travesura habría parecido extraña y probablemente se habría discutido durante días. Mi tía tenía razón, cuando la llamé desde la estación, en que la gente hablaría durante tres días y luego se olvidaría. Y eso es con lo que tengo que quedarme.

Cuando se acercó la camarera, intenté no mirarla. Su hermoso rostro y sus ojos profundos. Lauren era igual que ella. Podría haber sido fácilmente una modelo famosa, pero eligió ser administradora en una agencia de modelos. ¿No es raro? Le pedí a Lauren que me eligiera un cóctel.

—¡Oye! ¿No serás una de esas, verdad? —señaló a un par de lesbianas—. La estabas mirando así. Y ese pañuelo en el cuello. Muy de moda ahora, por cierto. —Robertini puso las manos sobre el pañuelo. Me aparté involuntariamente.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó a Lauren.

Lauren arregló sus preciosos mechones sueltos y blancos. Le miró fijamente.

—¡Ay, no! —soltó Robertini sin detenerse, porque el camarero trajo el pedido. Los cócteles estaban buenísimos. No olía el alcohol, sino la fruta, sobre todo cítricos y especias. Encontré fuerzas para no mirar tan fijamente al camarero. Sin embargo, él captó mi mirada y me guiñó un ojo. Me avergoncé y empecé a ajustarme el pañuelo.

—Robert, deberías tener más modales —Lauren llamaba a Robert por principio—. Aunque te adoro así. ¿Sabes que espantas a todos mis compañeros? Solo por estar cerca de mí, no quería compartirme con nadie. —rió alegremente y frotó la mejilla de Robertini.

Capté las risitas de mis amigos y el ambiente se relajó con cada sorbo del cóctel.

—Así que ya está, amiga. ¿Cómo te llamas? —Briani.

—Brianna —le corregí. Al ver los ojos risueños de mi amiga, decidí no discutir.

—Brianiiiii —replicó. Aquí hay mucha gente guapa, sobre todo en este lugar. No tanto en tu barrio, donde vive Lauren, aunque los asiáticos son interesantes a su manera.

—Los asiáticos no, los chinos.

Asintió con sarcasmo. No sabía qué quería decir, pero probablemente tenían algunos secretos aquí.

—Robert, ¿qué te pasa hoy? ¿Estás celoso de que venga una amiga a vivir conmigo? También podemos hacer un trío. Mejor aún... Además, ella trabajaba en una gran cafetería en mi ciudad y hacía unos cruasanes increíbles con una receta francesa especial.

—Sí, sí —me aclaré la garganta—, quería darte las gracias por recibirme en tu compañía. Y Lauren, ¡qué oportuna tu llamada! Estaba sumida en un estupor y no sabía cómo salir de él. Y

ahora estoy aquí. Gracias.

—Quiero todos los detalles —dijo Robertini, dándose cuenta de que hoy era el centro de atención y no quería renunciar a ello.

—Sí, es sencillo y trivial. Aún no tengo ganas de hablar de ello. Me alegro de estar aquí con vosotros, —sentía que el cóctel se hacía notar.

—Cariño, no pasa nada, relájate. Vamos a estar bien. Sé tú misma. Hablas mucho.

La música cambió, era jazz o algo así, pero a un ritmo más rápido, se encendieron más luces, iluminando el espacio para la pista de baile.

Bueno, sí, claro, solo que yo estaba en mis situaciones habituales, y ahora sigo sin saber dónde está mi alma. Me gustaría un trabajo rápido, puedo trabajar en cualquier cafetería o... —me detuve, pensando que aquí y en las cafeterías hay castings. Si estoy ocupada, me resultaría más fácil olvidarlo todo y empezar de nuevo.

Sonó el teléfono de Robertini y se apartó. Por fin podíamos hablar, quería preguntarle a Lauren cómo estaba.

—No has estado en Los Ángeles, ¿verdad? —preguntó mientras daba un sorbo a su cóctel.

—No, de hecho, es la primera vez. Solo he estado con mi familia en San Francisco. Pero me pareció diferente, más sombría. Quizá porque era invierno.

—Estamos en medio de la nada y puede que no sea fácil al principio. Tenemos que ser pacientes, y no te ofendas por Robert —miró hacia él—. Está un poco fuera de sí, como todos aquí en L.A. Pero tiene un alma grande y muchos contactos. ¿Sabes lo bien que maneja los momentos difíciles? Es mi amigo y mi mano derecha.

—Sí, está bien, me parece divertido, muy divertido.

—Me alegro —asintió Lauren.

Llamamos al mismo camarero y pedimos más cócteles. Ahora miré el menú y pedí una Margarita. El camarero me buscaba con la mirada. Aparté la mirada. ¿Es algún tipo de juego al que juegan?

—Brianna, le gustas —dijo Lauren cuando se apartó.

—No, no, tú eres la que está más guapa con tus rizos blancos como la nieve, no yo con mi coleta.

—¿Por qué no te la sueltas? Tienes un precioso color de pelo blanco ceniza. Estaba celosa durante un tiempo cuando estábamos en el instituto.

—No sé, la verdad es que no me gusta. Y en la cafetería siempre tenía que recogerlo.

—¿Cómo está tu tía? ¿Has hablado con ella hoy?

—Sí, claro, el Sr. Parker le ha buscado un ayudante, un chaval de la puerta de al lado —sonreí al recordarlos—. Pero aun así, ¿cómo va a estar sola?

—Piensa que mejorará —puso su mano sobre la mía.

El camarero trajo los cócteles. No me lo podía creer, pero era muy guapo.

Entonces Robertini vino corriendo y dijo que tenía que irse durante 15—30 minutos. Nada de irse sin él.

—Siempre tan intrigante, pero le adoro —Lauren me miró—. ¿Por qué no sales y tienes una aventura con alguien? Como él —señaló al camarero, que se dio cuenta y miró en nuestra dirección.

—Oh, no, Lauren, por favor. Ese no es mi estilo, ¡y no más hombres en mi vida! Solo Robertini.

Nos reímos. Aparté mis pensamientos sobre la situación en mi piso. Me prohibí pensar en él. Incluso en aquel hombre tan guapo que se imaginaba con otra chica.

—¡No, no, no! —Lo dije en voz alta.

—¿No, qué? —Lauren no lo entendía.

—No más tristeza. Brindemos por nosotros, por ti y por todos —sonreí feliz.

—¡Brindemos por nosotros! Vamos a divertirnos esta noche y tenemos tiempo suficiente para cotillear.

La música subió de volumen y decidimos ir a la pista de baile. Tal vez fuera el cóctel que hizo que subiera el sonido. ¡No sabía que aún se podía bailar con este tipo de música! Da igual.

—Sí, ¡diviértanse sin mí, bebés! Ahora vuelvo —Robertini reapareció—. Os invito a la mesa, amigas mías. Tengo un mensaje importante. Tiene que ver con vuestro destino...

Robert me dio un golpecito en la nariz.

—Vale —respondí sonriendo estúpidamente.

Mientras nos dirigíamos a nuestra mesa con Lauren, no podía imaginar lo que Robert tenía preparado. ¡Otra broma!

Robert dio unos golpecitos triunfales con su vaso, llamando la atención de las mesas vecinas.

—¡Bien hecho, señoras! —pausó—. ¡Esa es la noticia!

—Venga, no nos aburras —dijo Lauren.

—¿Qué hay para mí? —Yo tenía color en las mejillas.

Robertini puso una cara muy graciosa.

—Depende de lo que ofrezcas. —Empecé, pero me di cuenta de que no conocía las reglas del juego.

—He encontrado un trabajo para Briani... Saldrá el lunes a una oficina en la calle Mayor...

—¿Con quién? ¿Cómo lo hiciste, Robert? ¿Cuándo lo has hecho? — Dios, espero que merezca la pena.

— ¿Como camarera? Nadie me lo ha hecho caso.

—¡Lauren, su amiga Briani será la próxima ayudante del fotógrafo más famoso de L.A.! Nuestra agencia de modelos trabaja siempre con él.

Me quedé con los ojos muy abiertos, sin comprender. Igual que anoche, solo que se trataba de mí.

—Oh, no, ¿quién es? No puede ser Chris Carter.

—Cariño, es él. Su administradora llamó y preguntó si teníamos a alguien en mente.

—¿Qué pasa? —Estoy aquí, dije bruscamente.

—Nena, otra vez te repito que tienes un trabajo con el fotógrafo más famoso del mundo. Bueno, de L.A. seguro.

—¿Cómo? No sé nada de fotografía. Lo único que sé hacer es café y...

—Sí, lo recuerdo, ese era un gran argumento de venta para ti. Está justo al lado, en un barrio de primera, a 25 minutos de tu casa, sin tráfico. Después de todo, tú misma dijiste que necesitabas un trabajo...

—Espera —casi grité—, ¿cómo? ¿No puedo decir que no?

—¡No puedo creer cómo lo estás consiguiendo, Robert! —Lauren se volvió hacia él con admiración—. Es un trabajo interesante. No te preocupes, te lo explicaré todo, —las últimas palabras iban dirigidas a mí.

—Siempre puedes negarte, es tu elección. Pero después de trabajar con Chris, te recibirán en todas partes con los brazos abiertos. Tiene fama de ser un gran profesional. Y tú solo tendrás que hacer lo que él diga —Robertini me miró pensativo.

Solo ahora me daba cuenta de lo sensible que era, detrás de la enorme cantidad de tatuajes extraños en su cara y brazos, y sospecho que en otras partes del cuerpo había una persona diferente.

—Brianna, inténtalo, no pierdes nada. Chris es encantador, todas nuestras modelos están locas por él.

La miré nerviosa.

—No me interesa lo guapo que sea.

—Vale, pero... —ya me había calmado y decidí que no tenía nada que perder. No tiene sentido seguir discutiendo.

4. Christopher



Mi estudio principal de fotografía estaba en la última planta, con todo el equipo profesional que necesitaba. Aún era temprano y disfrutaba de la vista de Los Ángeles antes del amanecer.

Recordé cómo empezó mi carrera en LA. Me reí entre dientes; al principio no era fácil distinguir entre actuación y naturalidad. Mi estudio estaba en un sótano oscuro, pero al cabo de un año conseguí trasladarme al corazón de DownTown. Allí, con tantas tiendas y marcas, solo necesitabas hacer clic con tu cámara.

Ahora fotografiaba para una marca de ropa, accesorios para modelos adultos y niños. Preparación y creación de imágenes, alquiler de ropa, maquillaje, peluquería. Me encantaba, ya que tenía pleno control sobre el proceso, aunque hoy trabajaba con Glen.

Glen no era un mal chico, pero la fotografía no era lo suyo. Le costaba pensar rápido y calcular el ángulo de la luz. Solo podía ejecutar bien. Suspiré, por eso había llegado temprano para preparar la habitación como en los viejos tiempos. Además, estaban los niños, y Carlos era bueno con ellos. Por eso empecé a aceptar reservas para sesiones fotográficas con niños. Creo que revisaré mi lista de servicios.

Entró Glen. Con un sombrero de vaquero, parecería un actor de película de los 70, con una camisa de cuadros casi desabrochada y vaqueros anchos. A mí tampoco me gustaba ese estilo. Mi vestuario de verano consistía en pantalones de algodón, zapatos cómodos y camisas de calidad. Esperé a que me saludara, pero, como de costumbre, Glen se mantuvo callado y trató de pasar desapercibido. Sonreí.

—Buenos días, Glen, ¿qué tal el fin de semana? —pregunté con una sonrisa.

—¡Bien! ¡Gracias, jefe! Estupendo.

—Veo que has tonificado aún más tu bronceado —dije.

—Sí, la playa siempre me sienta bien —agradecí que se callara y hiciera el trabajo.

Me acerqué a la mesa con las cámaras. Hoy necesitaría dos. Decidí que fotografiaría a la modelo y al sujeto a la vez.

Me dirigí a Glen:

—Glen, prepara el entelado, el paraguas y el softbox. Necesitamos luz suave para la primera mitad del día —le expliqué para que entendiera el proceso. —¡Quién sabe cuándo tendré un nuevo ayudante!—

Preparé el resto del equipo. Media hora más tarde, eché un vistazo al escenario y al rincón de los sujetos; todo estaba listo. El resto del equipo debería estar subiendo ahora.

Es hora de leer el libro del proceso. Las modelos de hoy eran de una agencia muy conocida. Llevábamos mucho tiempo trabajando con ellos, y tenían una formación muy estricta. No debería haber problemas. Me acordé de la sesión del viernes y me alarmé. ¡Qué estupidez tan poco profesional!

Repasé los documentos de la sesión. Lucy solía repasar lo básico antes de empezar, pero últimamente estaba muy ocupada con sus asuntos administrativos. Y tenía muchas responsabilidades en mi estudio; casi todo el proceso recaía sobre ella. Yo solo hacía mi trabajo. Dejé a un lado el papeleo y miré lo que hacía Glen. Estaba quitando el polvo de las lámparas al lado.

—¡Glen, déjalo! Ese no es tu trabajo hoy. Eres mi ayudante. Ven aquí y te explicaré lo que tienes que hacer —suspiré, pero seguí sonriendo para no desmotivar a Glen. ¡Hoy lo necesitaba de verdad! Puedo correr de un lado a otro, pero me llevará mucho tiempo y no lo tengo.

—¡Ya voy, jefe! —y se dirigió hacia mí.

—Mira —comencé a explicarle pacientemente—, necesitamos entre 10 y 15 fotos diferentes de cada modelo y luego del sujeto. Tomamos al sujeto después, porque quiero que parezca vivo. Solo tienes que memorizar la colocación.

Miré su cara de concentración.

—¡Genial! —respondió—. Pero no podré memorizar estas posiciones —señaló los patrones de luz.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Lo único que necesito es que escuches mis órdenes —exhalé.

Estaba tenso, comprensiblemente, porque había visto lo bien que Carlos y yo trabajábamos juntos, a veces sin decirnos nada. Él encontraba los ángulos adecuados para la luz. Yo solo daba

órdenes. Pero Glen no me molestaba como Carlos; al contrario, me hacía sentir tranquilo.

La sesión de fotos estaba en pleno apogeo, había mucha gente en el plato: maquilladores, diseñadores de moda, asesores, modelos, niños con sus padres o niñeras. Les dije que no tocaran nada por el momento y les mostraría un rincón aparte.

Pronto habría un descanso y empezaría a fotografiar a los niños. Todo el lugar era como un hormiguero silencioso. Cuando trabajaba, pedía silencio. Si alguien necesitaba hablar, debía abandonar la zona de trabajo. Los niños no contaban, por supuesto. Estaban disfrazados y entretenidos al mismo tiempo.

Atrapé al sujeto con el objetivo, eligiendo el ángulo y construyendo el encuadre. La modelo llevaba un vestido largo azul bajo el color del cielo. Ella, como una muñeca, se giraba a la derecha y a la izquierda, inclinando la cabeza de diferentes formas.

—Glen, ponte a la derecha, a un paso de la modelo —le grité para que me oyera—. Solo un poco más, ¡qué bonito!

Me gustó que no mirara tanto a las modelos, solo les echaba un vistazo de vez en cuando. ¡Buen chico!

Seguí haciendo clic, buscando automáticamente un ángulo. Una vez más, estaba ensimismado. Sonreí, en realidad no me importaba no tener vacaciones de verano. Me di cuenta de que, cuando lo necesitaba, podía hacer fotos por la noche y los fines de semana. ¡Así es como hice funcionar mi negocio!

El vestido azul suave con tirantes finos y bordes brillantes armonizaba con la modelo. Para que pareciera más natural, le añadí bengalas e improvisé.

Glen no lo hacía mal, pero tenía que dirigir tanto a él como a la modelo. Perdíamos tiempo. Automáticamente, le dije a la modelo:

—¡Atrás un poco! —pero Glen empezó a moverse.

—La cabeza de la modelo retrocede un poco —me corrigió. —Glen, ponte en posición con el foco. Por favor —añadí.

Cuando controlaba el proceso, todo iba bastante bien. Para no perder tiempo en cambiarnos de ropa, otra modelo entraba en el plato y no perdíamos tiempo en caprichos y sustituciones. Ahora teníamos otra chica en revisión. El vestido era rojo y pesado. Teníamos que cambiar la luz a una más... Dudé, mirando el objetivo.

—Chris, —alguien me llamaba—. ¡Chris! Dios mío, ¿puedes apartar la mirada un momento? —Era Lucy.

—Sí, Lucy —aparté alegremente la cámara de mi cara. —Espero que sea importante.

Levanté la vista y vi que había una chica junto a ella, con un extraño vestido de la colección y un pañuelo oscuro alrededor del cuello.

—¿Otro vestido?

Pensé que ya había acabado con los adultos.

—¿El último rojo? —Miré a Lucy inquisitivamente. Me di cuenta de que no era una modelo, en primer lugar por la altura y el peinado, que no era nuestro estilo del día.

—Christopher Carter, ésta es Brianna Winter, tu nueva ayudante. Brianna, este es Christopher, tu jefe inmediato.

—¿Qué? —Mis ojos se abrieron de par en par, pero me di cuenta a tiempo.

El teléfono de Lucy sonó y ella empezó a retroceder, haciendo contacto visual con algo que no pude distinguir bien. Miré a Lucy y le dije sin palabras: —¿Qué coño?

—¿Puedes hacer café? —Vislumbré a mi nueva ayudante.

—Sí, claro... —su voz era un poco ronca. —Estaba haciendo...

—¡Genial! —Me di la vuelta, mirando la pantalla de la cámara.

No podía concentrarme. Me di cuenta de que tenía que dar la orden: la modelo se sentó muy plana. Diablos, nunca había tenido una ayudante mujer, y no encontraba la respuesta. Vi con el rabillo del ojo que se había apartado y se frotaba el pañuelo gris azulado alrededor del cuello.

Volví a mirar dentro de la cámara. Nah, tenía que trabajar. Soy profesional, me recordé. Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Mientras rodaba la secuencia, me preguntaba por qué Lucy había invitado a la chica. Y delante de la cámara, una chica muy simpática. Ya había estado en mi rodaje, quise recordar cuál, pero mi mente me redirigió a mi nueva ayudante.

Estaba arrinconada entre los niños. Les enseñaba algo en silencio mientras sonreía. Hmm, me estaba mirando. ¡Mierda!

—Glen, estás en el lugar equivocado. Un poco a la derecha, no te acuerdas de cinco movimientos, por favor —dije un poco más alto.

Esperaba de verdad que ella tuviera más experiencia. Volví a mirarla. Lucy se acercó a ella y señaló a Glen, luego a mí.

Ella le devolvió el gesto con la cabeza, sonriendo. Volvió a arreglarse el pañuelo. Sonreí y me concentré en la cámara. Decidí que no iba a tomarme un descanso.

—Ahora necesito niños. Primero un niño, luego una niña, o lo que sea.

Los niños tenían edad suficiente para saber lo que se quería de ellos. La edad en que los niños aún son monos, pero ya entienden en el encuadre, es de los cuatro a los seis años. Los niños en

edad escolar pueden tener rasgos afilados, y los más pequeños son incontrolables; con ellos, es más pérdida de tiempo que producir una belleza mona.

Oí llorar a un niño. ¡Me pongo nervioso cuando alguien llora cerca de mí! Dios mío, no me faltaba más.

Me distraje de los ajustes y llamé a Glen para explicarle las posiciones. El llanto se calmó, miré hacia el rincón de los niños y vi a mi nueva ayudante llevando a un niño de la mano y diciéndole algo. El niño sonreía exactamente la sonrisa que necesitaba.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Ese no es el chico de la solicitud! —me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Lucy venía hacia mí.

—Lucy, Lucy, ¿qué pasa? Es el chico equivocado, era pelirrojo, este es rubio.

—No pasa nada, al cliente no le importa. —respondió Lucy.

No me acordaba. Si Lucy decía que estaba bien, estaba bien. Pero, ¿tenía otra pregunta para Lucy? Mi nueva ayudante era muy hábil manejando las emociones de un niño. Un punto a su favor.

—Lucy, ¿puedes responderme esto, por favor? —Nunca había trabajado con el sexo femenino. Y aunque fuera una gran profesional, te pregunto...

—¿Por qué? —Solo Lucy podía interrumpirme así. Sonreí.

Sabía que defendería su elección. No dudaba de ella, sino de la chica. ¿Cuánto duraría?

—Si puedes darme cinco razones por las que no es el género adecuado. Seguiré buscando. —Y déjame recordarte que el criterio principal era...

Ella me miraba y yo sabía que quería que dijera esas palabras, poniendo así la soga alrededor de su cuello. Permanecí obstinadamente en silencio, pero al final me rendí por lo absurdo de la situación.

—Sí, sí, podría hacer café y no ligar con mis modelos —me reí muy alto, atrayendo la atención de mi ayudante. Estaba con un chico y me miraba entrecerrando ligeramente los ojos por la luz. Yo también entrecerré los ojos, ya fuera por el sol o por su sonrisa.

—Me la recomendó tu agencia preferida. No tiene experiencia en fotografía ni en Los Ángeles, pero creo que es lo que necesitas ahora. Además, estoy muy ocupada para contratar nuevos ayudantes cada mes. Estoy segura de que no te robará los clientes de nuestra base.

La sonrisa desapareció de mi cara. Me limité a dar palmas con los ojos. Por primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando con Lucy, estaba confundido. Y ni siquiera podía decir por qué. Asentí a Lucy con mi sonrisa preparada, pero mi interior se resistía a toda la situación.

Miré a mi nueva ayudante y volví a pensar: ¿cuánto duraría?

5. Brianna



De camino desde el estudio a casa, no podía dejar de pensar en cómo había llegado a Los Ángeles para trabajar en un estudio tan famoso. Sentía la ligera brisa del verano en mi piel. La calle estaba toda iluminada al atardecer, como si la ciudad se despertara por segunda vez. Me vino a la mente la frase del Sr. Parker: "el movimiento espontáneo a través del espacio". Hasta hace tres días estaba haciendo café, sirviendo a los clientes y siendo feliz en mi mundo.

Ni siquiera tuve tiempo de pararme y darme cuenta de todo lo que había pasado. Mi mente era un completo caos. Quizá eso sea lo importante, seguir adelante sin parar. Me gustaba el ajetreo de la gran ciudad, ya no me parecía un manicomio caótico. Es simplemente un orden diferente con gente guapa.

Nunca había visto tanta gente guapa como hoy. Modelos de piernas largas, peinados con pelo largo, niños monísimos que ya sabían trabajar con la cámara. Mis ojos se empaparon de deleite. Lo único que lo estropeó fue mi jefe. Y aquí tengo muchas dudas, no sé si este trabajo es para mí.

Estoy un poco sin aliento, el camino de vuelta a casa es cuesta arriba. Sí, exhalé, esa no es mi tía. Caminé hasta casa, Lauren ya me esperaba allí.

—¿Qué tal tu primer día?

—Mejor no preguntar... —Me encogí de hombros.

—Entonces, colega, vamos a cenar y me lo cuentas todo con una buena botella de champán, ¿o prefieres vino? ¿O podemos salir?

—¡Ah, no! Nos divertimos tanto que anoche creí que me iba a morir. A lo mejor no salgamos. Y mañana a trabajar.

—Está bien, yo cocinaré, tú dúchate. Te animará un poco.

De camino a la ducha, besé a Lauren en la mejilla.

—¡Gracias! —respondí casi llorando.

—¡Deja de darme las gracias, colega! Recuerda que cada día es diferente, hoy ha acabado así, mañana será diferente.

—Eres como el Sr. Parker —murmuré.

—¿Quién es?

—Alguien que conozco.

—¿Ya conoces a alguien con el nombre de Parker el primer día? En cualquier caso, aquí hay otro dicho: «No siempre será así».

La oí, pero no me hizo sentir mejor. Fui al baño para lavarme la amargura de mis primeras impresiones. En el trabajo todo parecía bien, pero el jefe grande me ignoraba. ¿Por qué?

Nuestro apartamento estaba fresco y las luces tenues. Lauren se había aprovisionado de un montón de varitas aromáticas, linternas chinas y velas, así que olía como un ashram tibetano. Lauren se sentó frente a mí y me fulminó con la mirada.

Después de la ducha, me sentí realmente mejor y, tras tomar un poco de vino blanco, me relajé. Y el día ya no parecía tan sombrío.

—Sí, básicamente todo iba bien, me recibieron bien. Lucynda me explicó casi todo, no sé si mañana recordaré todo esto.

—Bueno, bueno —Lauren me animó.

—El jefe que estaba al mando parecía un snob muy frío.

—¿Quién? ¿Chris?

—Sí, él. No tuvimos contacto con él más de un minuto, pero para mí es un arrogante.

—Y guapo. Es normal, tu primer día. Cariño, esto es Los Ángeles. Aquí es donde sobreviven los profesionales.

—¡Eso es, Lauren! Tú lo sabes perfectamente, no sé nada de cámaras ni de luz.

—¿De qué estás hablando? Todo viene con la experiencia.

—Lucynda me dejó mirar todo tipo de instrucciones, de cámaras, de caída de lámparas... Me sentí tan tonta.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! —Lauren levantó la mano.

—¡Dios, suenas igual que él! —Siento que mis ojos empiezan a llenarse de agua.

—Lucy, su administradora, lleva mucho tiempo con él, y no creo que te acogiera sabiendo que no tenías nada que ver con esto sólo para reírse de ti.

—Eso es todo lo que he dicho.

—Quizá tú seas el tipo de persona que necesitan ahora. Ni siquiera sé cómo lo consiguió Robert. Aunque es totalmente su estilo. ¿Qué te parece el jefe, guapo? ¿Sí?

—Ni siquiera me miraba, ni me dejaba decir ni una palabra. ¿Cómo te lo imaginas? Tengo que trabajar codo con codo con él. ¿Y?

—Mira, no hagas esto más difícil de lo que tiene que ser. Es sencillo, aunque no te quedes mucho tiempo. Es una buena oportunidad para conocer el verdadero L.A.

—¿Le has conocido a Chris?

—¿Te refieres al trabajo o a otra cosa?

—¿Lo conoces bien? —pregunté, esperando que me confirmara que es un snob detestable.

—Sí, trabajamos con él todo el tiempo. Nos pide modelos prestados. Y paga bien, por el procesamiento y otros gastos. Todas nuestras modelos están locas por él. Es muy educado y respetuoso, lo cual es muy raro en Los Ángeles.

—¡Oh, el Sr. Encantador! No lo creía —comenté un poco más alegre.

—¡A mí me decía, Sr. Correcto! Estás exagerando, amiga.

—No es él quien me preocupa, sino el hecho de que no sé nada de esta esfera. Ahora mismo no me importa el género masculino.

—Exacto, así que haz lo que te diga, eso es todo. Y nunca creeré que es una mala persona. He visto a muchos fotógrafos en la industria del modelaje, y créeme, la forma en que él trata a sus modelos con tacto y cortesía, no la tiene nadie —dijo Lauren muy amablemente—. Cualquiera querría estar en su lugar. Su pelo despeinado llama la atención.

Asentí con la cabeza, pero me sentí incómoda. No estoy segura de poder hacerlo. Lucinda me explicó muchas cosas. Creo que me dará tiempo a estudiar para dominarlo todo. Lauren interrumpió mis pensamientos.

—¡Sé que no es fácil para ti ahora, demasiados cambios y demasiado rápido! —Me dio un abrazo. Siento que he sido un poco dura contigo. ¡Pero Chris es muy guapo y él es un muy hombre!

—Sí, lo es —acepté. En mi mente, he estado mirándolo. Mi cuerpo se cubrió de finos escalofríos.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero lo aparté con un suspiro. Abracé a Lauren aún más fuerte. Sonó su teléfono, lo cogió y se marchó. Me quedé con mis propios pensamientos. Quizá no tenga nada de malo, pero no miré, no hablé... ¿Quién me espera en Los Ángeles con un cálido abrazo? Si Lauren dice que es un gran profesional, es que lo es.

Mi amiga volvió y levantó su copa.

—¡Brindo por nosotros!

—¡Salud! Brindo por ti. —Y la sonrisa volvió a mi cara.

—No puedo imaginarte sentada sola en una estación de autobuses por la noche, es como el principio de una película. — Ella se rió.

—En ese momento ni siquiera pensé en Los Ángeles. Pensé en San Francisco, o en mi familia, o en ir a casa de mi tía... Pero, ¿qué me decidió por Los Ángeles? Me lo dijiste hace una semana, solo dije que era fantástico —me reí.

—Exacto. Hacemos nuestra propia realidad, solo tenemos personas que nos guían.

—Sí, todo salió bien. Exacto, aquella vez. Estoy muy agradecida. ¿Hay poco ruido por aquí?

—Me refería a esta zona de la ciudad, levantando la mano.

—Sí, Chinatown es el mejor sitio, barato y cerca de todo, metro y estaciones. Aunque no uso mucho el metro, es un poco peligroso. Y tu trabajo... ¡te va genial! ¡Encontrarás un nuevo Diego aquí enseguida!

—¡Oh, no! Te dije que nada de relaciones.

—Sí, me di cuenta por cómo tratabas a ese camarero tan guapo. Se te insinuó tres veces. ¿Lo rechazaste, por qué?

—¿Yo no lo he notado? Te digo, una vez más: odio a todos los hombres. Dejé de hablar de eso.

—Sé que es duro, pero la vida sigue. Ahora voy.

Lauren se fue a la cocina. Me quedé a solas con mis pensamientos. Me acerqué a la ventana. Es maravilloso que vivamos en una calle tranquila, en el primer piso. En ella veo tres farolas, una de ellas no funciona. Un transeúnte bajo la farola tiene prisa, probablemente vuelve a casa del trabajo con su familia. Suspiro. Tengo que irme a la cama, mañana será un nuevo día. Lauren volvió con un plato de queso y aceitunas.

—¡Gracias! —cogí una aceituna—. No hemos hablado mucho últimamente, pero siempre has estado en mi mente. Ya, no me asusta tanto mi trabajo.

—Por cierto, ¿cómo está tu tía? ¿Has hablado con ella de su nueva ayudante? —preguntó Lauren inclinando la cabeza.

—No tuve tiempo y, cuando tuve un descanso, no la molesté porque sabía que estaba en la cocina preparando una segunda tanda de cruasanes recién hechos. Y no quería molestarla con mi humor.

—Sí, sus cruasanes de Bakersfield son tan famosos en toda la ciudad... mmm, muy buenos.

—¿Cuál es tu situación actual? ¿Cómo está tu vida amorosa? No sé nada. Cuéntame. ¿Estás saliendo con alguien?

Justo en este momento, sonó mi teléfono y recibí un mensaje: “Mañana por la mañana a las 6”.

¡Oh, no! —juré mal.

Siguiente mensaje: “Muelle de Manhattan Beach”.

—¿Qué pasa? —preguntó Lauren.

—¡Mi jefe! Son casi las 11:00 p.m. —puse los ojos en blanco—. Dime que no pasa nada por mandar un mensaje sin saludar. ¿Y si estaba dormida?

Otro mensaje: “Christopher”.

—Ah, sí. ¿Qué dice? —Lauren preguntó con una gran sonrisa.

—¿Sabes cómo llegar al muelle de Manhattan Beach a las 6 de la mañana?

—Qué raro, suelen tener bonitas puestas de sol, no amaneceres. Aunque el de Chris siempre es diferente.

El teléfono volvió a sonar: “el taxi estará esperando a las 5:30 en la entrada”.

—¡Estoy en estado de shock! No entiendo nada. ¿Y si no hubiera visto el mensaje hace un momento? ¿En la entrada de quién, de dónde? — Se me cayeron los ojos de la frustración, mis manos empezaron a temblar.

Miré mi teléfono y quise preguntar: “¿En qué entrada?”

Lauren me arrebató el teléfono.

—No te pongas histérica. Él es muy profesional. No pasa nada. El taxi estará en la casa esperándote a las 5:30, probablemente al amanecer. Antes de rodar, tienes que estar preparada e informada de lo que vas a rodar.

—De acuerdo. Déjame contestar. Me parece bien. Allí estaré.

Cogí el teléfono, aún más nerviosa, y contesté solo: “OK”.

Recibí otro mensaje: “No llegues tarde”.

—Ah, dame fuerzas para seguir —dije con frustración, mis manos cayeron al sofá—. Vale. Me voy a la cama.

6. Christopher



Conducía por las calles bañadas por el sol. Mi lujoso Mustang rugía debajo de mí. Me di cuenta de que mi perspectiva de la vida empezaba a tomar color. El habitáculo estaba perfumado por el ramo de lirios que había en el asiento trasero. Siempre nos reíamos con mi amiga Liria por los lirios, ya que eran sus flores favoritas. Ella se reía entonces porque no tenía elección.

Me fijé en mi reflejo en el espejo lateral del coche y no pude resistirme: una vez más abrí el parasol para comprobar si todo estaba bien en mi cara. Mi pelo estaba bien, un poco despeinado como de costumbre. Eso me alegró. Normalmente lo hacen las chicas, pero hoy fue un día especial para mí.

Junio siempre estaba ocupado para mí. Sonreí, recordando a mi nueva ayudante. Por fin aprendí su nombre: Brianna. Aún me preguntaba dónde la había encontrado Lucy. Me detuve en un semáforo y guiñé un ojo a las chicas del coche de al lado. Brianna me sorprendió. Su sonrisa podía derretir cualquier hielo de la pista. Hace exactamente lo que le digo. Mantiene la distancia conmigo, aunque sea incómodo en el trabajo. Me reí. Sí, prepara café para todos y no mira a los modelos.

Conduje hasta la gran casa de dos plantas que compramos el año pasado. No puedo tener a la gente cercana viviendo en las afueras de la ciudad. Liria aceptó por fin el regalo, lo que me hizo muy feliz. La entrada estaba decorada con globos y carteles que decían: “¡Feliz cumpleaños! Charlie, ¡Feliz cumpleaños!”. Aparqué y empecé a sacar una caja enorme cuando oí una voz.

—¡Christopher! —miré y vi a Liria, que estaba impresionantemente guapa y alegremente vestida con un vestido de hada y una corona en la cabeza—. Llegas justo a tiempo para la tarta.

Nos abrazamos tan fuerte como nos permitía el amplio y almidonado vestido.

—Estás preciosa, cariño —rodeé a Liria con el brazo y le besé la mejilla, entregando unas flores—. Estas son para ti.

Siempre me avergonzaba cuando hacía algo por ella. Siempre sentía que era una pequeña parte de lo que le debía. Ella es mi progreso, es mi motivadora.

—Gracias, muy bonito. Lirios por lirios —ella también parecía avergonzada—. Y claro, ¿cómo iba a perderme semejante espectáculo? Sobre todo, no podía perderme el striptease sorpresa —dudé y añadí— para los niños.

Nos reímos mientras nos dirigíamos hacia casa.

—Ahora tienen dos animadores con ellos y un payaso que hace grandes burbujas. Los niños están disfrutando mucho. Gracias. ¡Está todo muy bien organizado! —informó a mí.

Me lo tragué, pero tenía un nudo en la garganta. Mientras paseaba por el precioso jardín, todo plantado de rosas y gardenias, me distraje con estos magníficos arbustos y oí el ruido creciente de los niños. Fue como si una colmena de abejas me acosara. Un joven de unos 6 años también se abalanzó sobre mí. Me rodeé sus piernas con los brazos. Aparté la caja grande y le cogí en los brazos.

—¡Aquí tienes, Charlie! —señalando la caja. Pero deja que te ayude a llevarla al lugar del evento, pesa un poco.

—Gracias —murmuró Charlie—. Es un coche, ¿no? ¿Es un coche de verdad? ¿De qué colores?

—Vamos, lo abriremos y podrás verlo por ti mismo —añadí yo.

—Muy bien —acuerdó con prisa.

Liria nos dio unas tijeras y lo abrimos. Era un coche grande, como mi Mustang, pero plateado.

—Mira en el maletero, ahí dentro hay algo más para ti —le aconsejé a Charlie.

El chico buscó frenéticamente un botón, lo pulsó y había otra caja en el maletero. Me miró inquisitivamente. Agitó las manos de forma extraña.

—¿Es para mí?

—Claro, ¿quién más cumple años aquí?

Liria volvió hacia nosotros, al parecer poniendo flores en un jarrón. Se quedó mirándonos mientras jugueteábamos con las cajas, sonriendo. Su sonrisa era la más genuina de todo Hollywood, igual que la de Brianna. Aparté la mirada. No sé por qué ahora me acordé de Brianna. Y me hizo sentir incómodo. Su sinceridad. Los niños, su primer día. Era ella, Brianna, quien jugueteaba con ellos. No pude evitar compararla con Liria.

Finalmente, abrimos la caja. Y Charlie sacó una cámara preciosa y brillante.

—¡Vaya! —fue lo único que dijo—. Voy a ser un fotógrafo famoso como tú o un paparazzi. Encontró el botón y empezó a disparar.

—¿Sí, mamá? Y empezó a mirar y a hacer clic en todo.

Liria se quedó allí sonriendo. Me acordé de mí mismo cuando mi padrastro me regaló mi primera cámara. ¡Lo ilusionado que estaba! Entonces ni siquiera dormía, hacía fotos y miraba. Eso es básicamente lo que hago ahora. Haciendo clic y clic. Le di una palmadita en la cabeza a Charlie. Él lo cogió y empezó a hacerme fotos.

Es asombroso lo rápido que el pequeño descubrió dónde y cómo hacer clic. ¡Qué listo! Se acercó un payaso y preguntó si había que sacar la tarta. Liria lo confirmó. Y los animadores empezaron a sentar a todo el mundo a su alrededor. Había unos 10-15 niños, y el mismo número de adultos más o menos. Olía a dulces, o más bien a chocolate y a niños.

Los niños tienen un olor interesante: por mucho que corran, por mucho que suden, nunca huelen mal. Son puros y sinceros, a diferencia del mundo de los adultos.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Despedí a Carlos. Ni siquiera fue él, probablemente fui yo. Rechacé a una chica guapa —no sé por qué quise compartir aquello con Liria.

Ella asintió comprensiva.

—¿Cuánto tiempo te quedarás esta noche? ¿Te quedarás con nosotros para la cena? —preguntó con esperanza.

—Debo irme y prepararme, esta noche hay un evento en el que voy a participar. Además, tengo una nueva ayudante, o mejor dicho, asistente.

—Oh, trabajando duro como siempre. Una ayudante... ¡Qué novedad! —dijo alegremente—. ¿Debería preocuparme por ti? ¿O está todo bajo control?

—Claro que está bajo control. ¿No me conoces bien? —Nos reímos, y los niños del círculo esperaron un milagro.

—Gracias por tu tiempo. ¿Sabes qué es importante para Charlie? Tengo que darte una noticia, pero hoy no, es una conversación seria. Voy a casa con los otros padres de los niños y vuelvo enseguida. ¿Quieres que te presente?

Negué con la cabeza.

—La próxima vez... —añadí a mi gesto.

—Espérame.

Volví a asentir.

Ella retrocedió hacia los otros invitados adultos. Me sentía indefenso entre aquellos chicos. Liria me aceptaba tal como yo era. Por eso le estaba agradecido.

El payaso empezó a actuar, primero salió con unas burbujas enormes y mostró algunos trucos infantiles. Había visitantes por todas partes.

—Ala, ala.

—Ola-la, ola-la.

Algunos de los niños empezaron a aplaudir desesperadamente, otros chillaban, otros saltaban de la emoción desbordada. Había tanta emoción en los ojos de los niños que me la transmitieron. Lo más importante era no llorar.

Se extendió una gran tarta de chocolate rosa, de la que apareció una hadita que debía repartir regalos a cada niño. Pero una niña empezó a llorar, muy desesperadamente. No soportaba el llanto de los niños; busqué a Liria con la mirada; no estaba a mi vista. Hoy está ocupada, no puede molestarse conmigo. Decidí marcharme, la llamaré mañana y nos veremos mejor en un ambiente más tranquilo.

Subí al coche y miré alrededor de la casa con calor en el corazón. Ajusté el espejo retrovisor y pisé el pedal. Mis pensamientos ya estaban en el trabajo.

7. Christopher



Los cursos de fotografía atraen a una gran variedad de personas, todas unidas por la pasión por la fotografía y la búsqueda de la belleza en un ángulo. No todos vienen con la intención de convertirse en fotógrafos profesionales. Pero, a medida que aprenden, muchos encuentran un tipo de fotografía que les apasiona, a veces transformándose en una afición seria o incluso en una profesión.

Solo los más dedicados sobreviven al frenético ritmo de la competencia. Se necesita un esfuerzo constante. Por eso, para mí, el mejor comienzo del día son las seis de la mañana. A las 9 cuando la mayoría de la gente apenas se está preparando y los agentes se despiertan, yo ya tengo la mitad del trabajo hecho.

Aún estaba oscuro, y el amanecer comenzaba a colarse por las ventanas del estudio. Hacía frío en la habitación. Cuando entró mi nueva ayudante, sentí que la habitación se iluminaba. A ella no parecía importarle empezar tan temprano. Le sonreí y le pedí un café. Claro que no todos los días comenzaban así. Pero hoy teníamos joyas caras que fotografiar para un catálogo. Era mejor hacerlo rápido y no dejarlo para otro día.

Nuestra agencia ofrecía una garantía de responsabilidad, y Lucy había redactado todos los contratos la noche anterior. Hoy teníamos que entregarlos y luego revisar las fotos. Me gusta trabajar en el estudio. Es un espacio reducido donde nada me distrae del sujeto. Tengo todas las herramientas que necesito para una variedad de luces, sin personas de más que a veces solo estorban. Recordé el incidente del viernes con Carlos.

Miré la mesa del equipo, estaba desordenada. Encontré el reflector para una luz suave y la Octobox para una luz más nítida. Los filtros multicolores también estaban allí. En ese momento,

me sentía satisfecho con mi equipo. El trabajo en el estudio es otro nivel de libertad; estar aquí, en el espacio reducido, abre nuevos horizontes de creatividad.

Brianna trajo el café, estaba alegre y fresca, a primera hora de el trabajo.

—Gracias, Brianna. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro —respondió, ajustándose el pañuelo al cuello.

El pañuelo de hoy era de un tono rosado que hacía juego con sus labios, su camisa y sus zapatillas. A los asistentes anteriores siempre les había pedido un color más oscuro de pantalones y camisas blancas. Para el sexo femenino, no había ideado ningún uniforme. Intuitivamente, todas vestían así. Las maquilladoras y diseñadoras de moda siempre llevaban pantalones oscuros y camisas blancas. Es muy cómodo y práctico.

—Siempre —dije, tomando un sorbo de café—. El café es divino.

Quería saber más sobre por qué se había mudado a Los Ángeles desde su ciudad natal.

—¿Qué es lo que más te gusta del proceso de nuestro trabajo: fotografía para marcas de ropa, fotografía de sujetos, selección de fotos, retoque? —Empecé a darme cuenta de que se estaba perdiendo—.

¿La puso en escena con luces de estudio? ¿El contacto humano o el amor por la buena comida? —añadí con una sonrisa.

Llevaba unos días observándola. Al principio me molestaba su inexperiencia, su lentitud, pero luego entendí qué quería aprender. Controlaba el tiempo, a veces me preguntaba si no entendía algo. Intenté no enfadarme. Decidí dejarlo estar por ahora, y ahora ella estaba... Exhalé profundamente.

Estaba callada... El silencio no presionaba, pero tampoco ayudaba. Empecé a enfadarme, la veía sonreír a todo el mundo, incluso el taciturno Glen le hablaba. Quería que se relajara y sonriera. Sabía que no era fácil a las seis de la mañana, pero, aun así... Quería hablar con ella, pasara lo que pasara.

—Me gusta todo —dijo finalmente, apartando la mirada de mí—. Me gustaría mucho entender el ángulo de la luz para que te centraras solo en el ángulo.

Me reí. Su seriedad nunca la había visto ni siquiera en los exámenes de estudiante. Ella solo sonrió un poco.

—Relájate. Quería darte las gracias por tu trabajo. Estaré encantado de explicarte los circuitos de luz en cuanto pueda.

—Gracias. —Sonrió aún más.

Y sentí calor por todo el cuerpo. Para mí, es importante que mis empleados se sientan bien consigo mismos.

Dio un paso atrás y empezó a ordenar, a mirar la ropa y a acomodarla en las perchas. Me di cuenta de que siempre estaba haciendo algo. Siempre encontraba algo que hacer. Lo que me gustaba de ella era que, cuando traía a otra modelo al plato, ya estaba relajada y preparada para el proceso. En una ocasión la oí personalmente animar a una modelo mientras la conducía al lugar.

A veces, estando a su lado, notaba cosas muy insignificantes: un tirante al revés o un pelo suelto. Me ayudaba y al mismo tiempo me hacía sentir humilde.

El estudio empezó a llenarse poco a poco de gente, y mi hormiguero se cobró vida. Me encantaba el comienzo del proceso. Es un poco nervioso y tenso solo hasta la primera toma. Entonces, todo el mundo se relaja y la cinta transportadora se pone en marcha. Todos saben lo que tienen que hacer.

"Luz! ¡Acción! ¡Click! ¡Ya!"

Nuestro almuerzo duró otra hora. La modelo estaba atascada en la carretera y ahora no contestaba el teléfono. El representante de la colección de joyas se encogió de hombros. Sus modelos, las Esmeraldas, debían vestir de rubia. Pero no decoloradas, sino con el pelo natural y un tono ligeramente grisáceo. Teníamos una, pero la dejamos ir, esperando que la última llegara a tiempo.

No iba a funcionar así. Por eso me gusta controlar el proceso. Mis modelos, mis reglas. Hoy, los modelos no eran míos, pero sí los retos.

Brianna estaba en su tercera ronda de servir café a todos. Mi mirada se detuvo en ella. La observé de pies a cabeza. Tiene el pelo recogido en una coleta, del color que necesitamos. Está sonriendo y hablando con la maquilladora. Esa chica bastante joven, bajita, con grandes pechos y pelo rizado... nah, no es adecuada, su piel es oscura y su cuello... Tina no es adecuada. Necesitas una chica de piel clara. Me lo pensé y volví a mirar a Brianna.

Llamé al representante de la joyería.

—Creo que conozco una solución. Ese color de pelo funcionará con tus piedras —dije, señalando directamente a Brianna.

—Sí, no está nada mal. Y parece que tiene un bonito cuello —dijo.

Veremos qué hay detrás de ese pañuelo, pensé.

—Brianna.

—¿Quieres café? —Se acercó corriendo y preguntó.

Me quedé helado. No podía creer que no me hubiera dado cuenta. Estaba lista para la cámara. Su cuello y sus brazos son largos. El color de su piel es increíble, ni siquiera necesita maquillaje. Abrí los ojos para mirarla. Quizá no sea lo bastante alta para ser una modelo profesional, pero si se pusiera tacones y se vistiera de día, estaría bien.

—No, espera, no te he llamado por eso. Quítate el pañuelo.

—¡Nooooo, eso es...

—Solo sé mi modelo hoy. El pedido es urgente y solo tenemos el día de ayer, como siempre. Por favor, te daré una prima además de tu tarifa de modelo. Se nos acaba el tiempo, no quiero retrasar esta sesión por culpa de una modelo perdida.

Me acerqué a ella y alargué las manos para desatarle el pañuelo.

—Pero no soy modelo, nunca lo he...

—¿Quieres ayuda o no? —Me acerqué lentamente a ella como un depredador a su presa. Ella ya sabía lo que se le venía encima. Y el enrojecimiento de su piel no nos convenía en ese momento.

—Es imposible. —Se indignó, mientras se desataba el pañuelo.

—Una última cosa, suéltate el pelo ahora. Quiero asegurarme de que está bien.

—¿Debo quitarme la ropa? —dijo ella.

Estaba cansado de sus aspavientos. Quería verla de una pieza.

—Yo soy la ayudante, no la modelo. ¿Cómo puedes hacer eso? —Levanté una ceja y me alboroté el pelo. Vi sus largos mechones de color ceniza claro y sentí que mi corazón latía más deprisa.

—¿Eso es todo? —se ablandó.

—Vaya, eres una auténtica belleza. Tina te va a dejar más preciosa.

Se soltó el pelo y el aroma de las flores frescas llegó hasta el vecindario.

—¿Qué dices de eso? —Se dio la vuelta y vi una marca de nacimiento del tamaño de una moneda pequeña.

Eso era lo que había estado ocultando todo el tiempo. Aparte de la marca de nacimiento, que solo se veía si mirabas de cerca, con el pelo suelto no se notaba. En mi mente, repasaba con ella todos los ángulos.

Yo asentía satisfecho, y ella parecía que iba a llorar. Estaba intentando decirme algo, pero no le presté atención. Estaba disfrutando. Mi flujo de trabajo no cesaba. Aplaudí con fuerza, llamando la atención de todos en el estudio.

—Preparen a la modelo, tienen 15 minutos —dije, señalando a Brianna.

Un pequeño murmullo de discusión se extendió, y el hormiguero cobró vida. Miré a mi alrededor y sentí una oleada de satisfacción.

—¡Rápido! ¡Rápido! No hay discusión. ¡Todo después!

8. Brianna



Me acerqué a Tina, sintiéndome completamente fuera de lugar. ¿Cómo me estoy modelando? ¿Ahora? Lo que más me cabreaba era que no pudiera oírme. Solo era una chica corriente con la extraordinaria suerte de trabajar para un atractivo y seductor fotógrafo lleno de glamour y estilo. No podía expresar claramente mis objeciones.

Tina me saludó con su particular sonrisa. Algunas sonrisas parecían amables, pero me daba cuenta de que algunas eran solo máscaras; sus ojos no sonreían en absoluto. Tina era bajita, pero superelegante.

—¡Ven aquí, cariño! Ahora vamos a convertirte no solo en una modelo, sino en una belleza.

—Tina, no, al menos dile que no soy adecuada —casi lloré.

—¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar eso? Eres muy guapa, aún no te han pulido hasta la gloria de Hollywood, pero es cuestión de tiempo. En segundo lugar, estás cuestionando mi profesionalidad. Me he convertido en modelo famosa de semejantes bellezas.

—No, no puedo, —estaba a punto de vomitar.

—Tenemos una norma en la empresa; si me das cinco razones y las demuestras, aceptaré y daré la cara por ti. Pero no encuentro ni una sola razón por la que no. Eres una profesional, contrólate, —dijo un poco más fuerte.

—¡No soy modelo! Y tampoco una profesional —dije con calma y me senté derecha. Puse mi cara seria.

—Ya está, voy a hacer como si no te hubiera oído. Aquí todos somos profesionales. Si Chris ha decidido que puedes hacerlo, nadie puede cuestionar su criterio. Le estás cuestionando a él y a su empresa. No existen las personas al azar, —lo dijo en tono tranquilizador.

Empecé a calmarme. Me daba igual. Pues que haga lo que quiera. Quizá cuando me vea delante de la cámara cambie de opinión.

—Brianna, eres muy, muy guapa. Tienes una belleza natural muy específica. Si yo fuera tú, me alegraría; quizá toda tu vida cambie hoy. Tu pelo es de un color que no puedo creer que sea real. Basta de hablar, no tenemos mucho tiempo.

Tina se puso manos a la obra y, a su señal, se acercó el peluquero. Era un tipo joven y delgado. Coordinadamente, empezaron a transformarme. El peluquero empezó a admirar de nuevo el color de mi pelo.

—Sí, es el mío.

—¿Y dónde van a venir más cambios? —dije con una sonrisa.

—¿Y este lunar? No significa nada, lo taparemos. En la vida normal, es bastante mono.

Tina trabajaba con el pincel como un pintor en un cuadro.

Me miré en el espejo y no podía creerlo: ¡soy modelo! Lo único que me molestaba era la mirada de mi jefe. Ahora no podía alejarme de él. Intenté no pensar en ello.

Bajo el sol poniente, las perlas de mi pelo brillaban de color rosa, al igual que el carmín nacarado de mis labios. Tenía un aspecto increíblemente delicado. Me sentía indefensa e inocente sin el pañuelo alrededor del cuello. No era natural en mí. Tina y el peluquero me hicieron preciosa.

Cuando el Sr. Carter me dijo que iba a ser modelo, pensé que iba a morir de vergüenza. Podía sentir cómo me desnudaba con la mirada. Mi mente interior me gritaba que no dejara que me hiciera eso. Pero cedí a la sensación, me sentía halagada y, al mismo tiempo, no podía permitir ese pensamiento. ¿Cómo soy? ¿Soy modelo? Incluso ahora, sentada bajo el resplandor de aquel color, apenas podía creerlo.

El Sr. Carter volvió del despacho de abajo. Me miró, sacudió la cabeza hacia Tina y me invitó con la mirada hacia el escenario. Estaba a punto de caerme al suelo. El corazón me latía frenéticamente. Luego estaban los zapatos. No podía entenderlo, solo salían en la foto el cuello y la pulsera, ¿para qué llevaba unos zapatos con tacones tan altos?

Tina me dijo que se trataba de una imagen y que quizá esta fuera mi primera y última oportunidad, o quizá esta fuera mi carrera. Asintió alegremente en dirección a Christopher y le guiñó un ojo.

No, no quería ser modelo. Quería relacionarme con la gente, servirles café y hacerles un poco más felices. Pero estaré sentada y que me acicalen. Ni hablar.

—Buena suerte —Tina me arregló un rizo; tuve que inclinarme un poco.

—Gracias —susurré.

Con tacones me tambaleé un poco, me levanté y caminé hacia el escenario. Todos los ojos estaban puestos en mí. Me di cuenta de que no era yo la que se bamboleaba con tacones, era mi mundo interior el que no estaba estable.

Chris se acercó tanto a mí con su lente que mis células reaccionaron a su proximidad. Su olor y su presencia me hacían perder completamente el control. De él emanaba poder, poder sobre mi mente. Me avergoncé de mis sentimientos y bajé los ojos. Inmediatamente, lo oí:

—Ojos —ya me había reprendido varias veces—. Ahora levanta la mano como si quisieras tocarla, pero no toques. Más natural. No desvíes la mirada, solo baja un poco las pestañas.

Se acercó a mí con la cámara, muy rápido. Otra vez algo iba mal. Con los modelos era más fácil, conocían las poses. No había que decirles lo que debían hacer. ¡Dios! Estaba tan cerca que podía sentir su calor.

—¡Lo estás haciendo muy bien! Perfecto. Te has saltado el collar.

Extendió las manos e instintivamente me aparté, pero su mirada me detuvo. Sus manos estaban alrededor de mi cuello. Giró el collar de esmeraldas y oro incrustado y ajustó la pulsera. Pequeñas agujas recorrieron mi cuerpo desde el cuello. Me estremecí.

—Ya has asumido esto, no dejes que te falle mi elección. Ahora relájate, piensa en algo agradable. Olvida que estamos aquí observándote —nunca le había oído decir tantas palabras de apoyo. Tragué saliva y asentí.

Lo que más me costaba ahora era sostenerle la mirada. Si podía esconderme en el trabajo, aquí no podía escapar del objetivo. Estaba en la palma de su mano. ¿Cuántas fotos más necesitaba? Las modelos llevaban aquí sentadas media hora. Yo acababa de empezar. Puedo manejarlo, soy una profesional y no le defraudaré. Sonríe más. Oh, quizás no tenía que hacer eso.

—Estupendo, ahora gira un poco más a la derecha, coge un mechón de pelo y piensa en algo bonito, como sobre tu novio —decía mientras se alejaba.

Me reí por dentro: mi novio. ¡Qué tío! Me dieron ganas de llorar. Christopher continuó excitado, casi gritando. Es la primera vez que lo veía tan emocionado en una semana. Normalmente era muy estricto y frío, o eso me parecía.

—Más, más... mantenlo natural. Eres increíble. Ahora quiero tu espalda.

Había visto a las modelos sentarse, pero yo no podía sentarme donde estuviera cómoda y pudiera ver la cámara. Volvía a acercarse a mí. No quería que me tocara. Me removí en la silla para encontrar una postura.

—¿Qué te pasa? Mira. Espera. Tómate tu tiempo. Apoya el pie en la punta y mete el otro.

Me cogió la rodilla. No me resistí, intenté llevar la otra mano a ese hombro para que el brazalete también saliera en la toma.

—Así.

No respiré, me tocó, obedecí, hice lo que me dijo. Su calor, su serenidad. Estaba confusa, le sentía como a un hombre.

No dejaba de corregirme, a modelos reales no se acercaba tanto. Empecé a dudar de mí misma. Ahora llevaba puesto otro objeto de la colección. Y respiraba con dificultad, ya fuera por los nervios, por los trucos de colores o por su presencia demasiado cerca.

¡Dios! Se acercaba de nuevo y me tocaba el hombro. Estaba electrocutada. Alargó la mano suavemente, acariciándolo un poco más. Toda mi atención estaba ahora en mi hombro izquierdo. Las mariposas volaban en mi estómago, el calor se acumulaba. Le miré a los ojos y empecé a ahogarme en una ternura gris. No apartó la mirada, me miró muy pensativo. Ya había retirado la mano, pero aún podía sentir su calor.

Christopher se alejó un metro de mí y cogió la cámara; mi atención seguía puesta en su hombro izquierdo.

—Mírame —dijo con voz apagada.

No respondí, obedecí. No sabía si sonreír o no.

—No te toques la cara, quédate así.

Al principio no tenía claro qué hacer.

—No cambies de emoción.

Me incorporé y sentí su mirada calculadora sobre mí.

Deslicé los ojos por su camisa de algodón gris, sus músculos se veían claramente debajo. A su pecho, a las manos que sujetaban la cámara, a su cuello, a sus labios cercanos y bien formados.

—Mantén la mirada —me ordenó—, por favor —añadió en voz baja.

¡Clic! Otra vez.

—¡Otra vez!

Empecé a darme cuenta de que el modelo de foto empezaba a cambiar cuando oí cerrarse el obturador. A menos que el jefe lo ordenara: —Más. Cuando estaba cerca, oía claramente el obturador y su respiración. Antes de que pudiera exhalar, ya había disparado diez veces.

En unos momentos, él no me ordenó nada. Me miraba ya fuera de la cámara y yo no sabía qué hacer. Me sonrió suavemente. Mirar su ancho pecho me ponía más que nerviosa. Se volvió hacia la ventana y bajó la cámara, respirando hondo.

—Esto es todo por hoy. Gracias a todos... —dijo varias veces ese eslogan. Todo el mundo empezó a dispersarse.

Me tambaleé hasta la sala de vestuario, quería quitármelo todo rápidamente y, sobre todo, lavarme toda esta belleza que no era mía y también... el calor de su mano.

No había sido una semana fácil para mí aquí, todo era nuevo e interesante, a veces lo miraba con los ojos muy abiertos. A veces, como hoy, por alguna razón me sentía humillada. Me limpié cuidadosamente. Me puse mi ropa y me sentí mucho más tranquila.

Salí al pasillo y Christopher estaba de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando pensativo al espacio. Estaba de pie, medio de lado hacia mí, podía ver su espalda muy claramente delante de mí. Me llené los pulmones, respirando hondo. Pensaba febrilmente en algo de lo que hablar con él.

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando se volvió hacia mí. Tenía claro que no teníamos temas en común. Esta semana solo habíamos hablado de trabajo, intercambiando frases cortas. No estaba segura de si algo había cambiado, así que una vez más pensé en huir.

—Ahora tienes que ir al despacho de Lucy, firmar el contrato de modelo por hoy y cobrar.

Se dirigió al ascensor y yo fui con él. Pero empecé a ponerme muy nerviosa.

—He olvidado... no se me ocurría qué era... mi neceser de maquillaje.

Me di la vuelta y fui al camerino.

—Bien —oí a mi espalda.

Para mi horror, cuando volví, Christopher me estaba esperando en el ascensor abierto. No sabía por dónde ir.

—Gracias por la oportunidad de ser modelo —fue lo único que se me ocurrió decir.

Mi tía siempre decía que si no sabías qué decir en cualquier situación, dirías: —Gracias.

—De nada —respondió con voz apagada—. Me sentí bien trabajando con naturalidad.

No entendía muy bien lo que quería decir. Su calor y su perfume caro me envolvieron. Quería tocar su camisa todo lo posible. Sentir su suavidad. Sonreí como una idiota, una atmósfera de la que no me había dado cuenta, tensada hasta el límite como la cuerda de una guitarra. El ascensor tardó mucho tiempo. Mi jefe me miraba por el espejo del ascensor, yo no sabía adónde poner mis ojos, quería cerrarme en el bolso y sentarme dentro en un rincón oscuro.

Por fin se abrió la puerta del ascensor. Me adelanté a él y salté de allí. Él me siguió. Me impedí pensar en Christopher, no quería estar con ningún hombre del mundo. Y mucho menos con mi jefe.

¿Quién era él y quién era yo? era la pregunta. Trabajaba con un gran número de modelos. Obligué a mis pensamientos a cambiar a Lucy.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucy.

Miré a Lucinda interrogante.

—Pareces haber salido del infierno. —Miró al señor Carter. Él se encogió de hombros.

—Lo hizo bien, no puedo creer que sea la primera vez que se pone delante de la cámara. Parecía muy natural.

Encogiéndose de hombros de nuevo, mi jefe contestó sonriendo.

Aparté la mirada, dándome cuenta de que tenía que encontrar una explicación.

—Sí, era mi primera vez —supongo que estaba cansada y respondí, deslizando los ojos hacia Christopher.

—Señor Carter —comencé...

—Por favor, Brianna, ¿puedes llamarme Chris?

Tragué saliva. Eso no era posible. Lucy era la única de la oficina que le llamaba Chris. Todo el mundo lo sabía. Pero ¿qué podía hacer? Asentí con la cabeza.

Firmé el contrato y cogí el sobre. Salí sin fuerzas del despacho. La cálida brisa de la tarde de verano se coló bajo mi blusa. Además, ¡otro día emocionante en Los Ángeles!

9. Christopher



Lo más importante para un fotógrafo es saber ver. Estaba sentado en el despacho de abajo, hojeando las fotos de la última sesión en mi ordenador, cuando Lucy se acercó y sacó una imagen en color rojo de entre la enorme cantidad de papeles, fotos y piezas diversas de la cámara que tenía sobre la mesa, y me la puso delante.

—¿Qué es esto?

—Es tu invitación a la exposición exclusiva y, como sabes, deberías venir acompañado.

¡Dios mío! ¡Cómo había podido olvidarlo! Era el desfile anual de verano que terminaba con un banquete.

—Ah, ¿es hoy? ¿Puedes venir conmigo? —Miré a Lucy interrogante—. Bueno, por favor. ¿Y por qué no me lo has recordado?

—Cariño, esta noche no puedo, ya te lo he dicho. Coincide con el cumpleaños de mi hijo. Tengo que irme dentro de media hora, hay mucho que hacer.

Exhalé, debería haberme ocupado de eso. Pero entonces Lucy vio a Brianna en la pantalla del ordenador y dijo:

—Por una vez, hoy no puedo ir contigo, pero nuestra nueva chica sí. Creo que ella puede hacerlo. Sé que odias estos actos prestigiosos, pero es importante que aparezcas. Hay gente importante en estos eventos cerrados y es importante mantener tu nombre en la conversación. Pero mira a esta belleza, va a estar estupenda —señala la pantalla con la cabeza.

No sé por qué, pero no quería que Brianna se acercara tanto a mí. Pensar en ella hacía que se me tensaran las entrañas, como si estuviera a la defensiva.

—Lucy, sabes que en esta feria todo son negocios. Necesitamos a la gente de allí para hacer contactos. Y ella... —No encontraba nada que decir contra la sugerencia.

A Lucy no se le escapaba este punto. Desde que trabajaba con ella, su profesionalidad había sido irreprochable. Y ahora se limitaba a suspirar, apartarse de la mesa y murmurar.

—¿Qué te pasa? No lo entiendo. Hace bien todos sus trabajos, ayer me ayudó con los contratos.

—Lo sé —le respondí y, mientras hojeaba las fotos, saboreaba su genuina sonrisa—. Ella también tiene su día libre —intenté.

—Sabe perfectamente que los fines de semana no son fines de semana.—Lucy se rió y añadió — Cualquier chica querría acompañar a un fotógrafo modesto pero increíblemente atractivo. Llama a una agencia de modelos. Seguro que hay alguien dispuesto.

—No quiero tener que recurrir a eso. Tienes razón. Brianna es mejor que cualquier modelo.

—Estoy de acuerdo, su sencillez y naturalidad la distinguen de todas las demás en Los Ángeles. No tengo ni idea de dónde la encontró Robert.

—Me pregunto si conoces algún otro detalle de su vida aparte de su perfil.

—No, sólo sé que vive con Lauren, la administradora de nuestra mejor agencia. Son íntimas amigas. Es una buena señal.

—Sí, supongo que sí —dije, mirando mi escritorio, perplejo.

Desde que Carlos se fue, mi oficina se ha convertido en un vertedero. Este caos creativo se había convertido en algo irresoluble. Carlos ordenaba los archivos con los pedidos individuales y a veces también ordenaba mi escritorio. Incluso tuve que llamarle el fin de semana. Entonces me explicaba dónde estaba cada cosa. Ahora me daba cuenta de que me ayudaba mucho.

Pero aunque mi escritorio estuviera hecho un desastre, no lamentaba que Carlos se hubiera ido. Aunque esta invitación simplemente se había perdido en el montón. Pero ahora las modelos estaban más relajadas en el set y no había café derramado en la ropa...

—Lucy, gracias por tu trabajo.

—De nada. Será mejor que llames a Tina, dile que vaya a su casa y que de camino coja algo de nuestra colección de vestidos.

—Eres un ángel, Lucy.

Volví a mirar con nostalgia la mesa y decidí no retrasar más la llamada.

Brianna contestó rápidamente. Me di cuenta de que era la primera vez que marcaba su número. No sé por qué, tenía fiebre.

—Sí—, contestó en voz baja. No quería apartarla de su relajación.

—Soy Chris. ¿Puedes ayudarme?

—Sí—, respondió, ahora un poco tensa.

—Por favor, necesito un acompañante para un evento privado. Tina va de camino a tu casa para prepararte. ¿Estás en casa?

Una parte de mí tenía mucho miedo de que dijera que no porque estaba fuera de la ciudad o algo así. Pero en el fondo estaba seguro de que estaba en casa.

—Sí, estoy en casa —dijo con voz distante y más suave. No parecía contenta y, por un momento, se hizo un silencio que nadie se atrevió a romper.

Miré a la testigo de esta conversación, pero Lucy apartó la mirada con una sonrisa y se marchó.

—Vale, hasta luego. Cuando estés lista, llama a un taxi. Te enviaré la dirección.

—Gracias —exhaló.

—Gracias —dije yo un poco más apagado.

10. Christopher



Esperaba a Brianna en las escaleras de la entrada, sintiéndome un poco perdido. Se suponía que era solo un aburrido evento de negocios, pero para mí era como una primera cita.

Vagamente sospechaba que la última sesión de modelos había despertado en mí sentimientos largamente olvidados. Esos sentimientos de un joven que acababa de terminar sus estudios. Por aquel entonces, quería ser el gran reportero del siglo. Estaba enamorado de todas las chicas y las miraba a través de mi objetivo y todo era de color de rosa. Brianna volvía a sacar eso de mí. Ella aportaba calidez al estudio. Me resultaba tan agradable verla sonreír y ser tan amable con todo el mundo. Pero conmigo ella era muy distante. ¿Por qué?

Quizá solo la deseaba, pero también quería conocerla mejor. En cuanto me acercaba a ella, se convertía en un erizo. Una bolita puntiaguda a la que no podía acercarme. No hablábamos mucho, pero podía sentir su piel en el plato. Su cuerpo olía a flores. Creo que se dio cuenta de que en mi cabeza se desarrollaban escenas interesantes.

Quería tenerla desnuda o semidesnuda delante del objetivo... Mis músculos empezaban a tensarse. Intenté volver a la realidad.

Aquí estaba la alfombra roja. Los periodistas correteaban como chacales alrededor de su presa. No todos tenían permiso para entrar en este evento privado. Así que querían hacer su trabajo en la puerta. Se detenía una limusina tras otra y se bajaban las parejas. Los paparazzi empezaban inmediatamente a disparar sus cámaras.

El número de clics permitía reconocer fácilmente la popularidad de la persona. Si salía del coche una persona que no era muy conocida, solo se disparaban unas pocas cámaras, pero rápidamente se volvían a parar. Esto se hacía si las cosas volvían a ponerse interesantes, porque

la persona sería popular algún día. Cuando llegaba una estrella, los fotógrafos la seguían con los flashes hasta que llegaba a los pilares. Aquí es donde los gorilas los rechazaban.

Empezaba a impacientarme y, para calmarme, me puse a mirar los pilares y a las personas divinamente bellas. Alguien me tocó en el hombro. Me di la vuelta y delante de mí había un hombre joven y guapo.

—Puede que no me recuerde, pero trabajé con usted hace unos meses.

—¡Ah, sí, buenas tardes! Perdone, ¿cómo se llama? —Me volví hacia el hombre con el esmoquin. Básicamente, llevaba más o menos lo mismo que él y que todos los demás hombres de aquí. Me contestó, pero me distraje con el taxi que acababa de llegar.

El portero se apresuró a abrir la puerta y Brianna salió. Sin despedirme de mi interlocutor, empecé a caminar hacia ella con el corazón latiéndome inexplicablemente. El joven continuaba detrás de mí, pero ya no me interesaba.

—Brianna —la saludé con la mano. Ella miró a su alrededor, a la multitud de fotógrafos e intentó sonreír. Finalmente, sus ojos se posaron en mí y el mundo entero se detuvo. Me dejó sin aliento y su sonrisa era encantadora y dulce como la brisa. Volvía a llevar tacones altos, con los que apenas podía moverse. Su vestido era turquesa oscuro con tirantes finos y brillantes y hebillas. Su pelo se enroscaba sobre sus hombros y brazos desnudos.

La cogí de la mano. Olía a perfume caro. Creo que lo conocía, Jean Patou Joy. Jazmín, raíz de lirio, lirio de los valles, aceite de sándalo... Trabajé con este perfume. Esta fragancia que me envolvía era como un fresco día de verano.

—¡Buenas tardes!—me dijo con una sonrisa.

—Brianna, ¡eres una diosa! Gracias por hacerme compañía.

—De nada —dijo suavemente y bajó la mirada.

Miré a mi alrededor, los paparazzi seguían disparando con sus cámaras. Subimos las escaleras y el portero nos abrió la puerta. No sabía qué decir. Estaba completamente fascinado por ella. Quería saber cómo se sentía. Pero su cercanía y su tacto, que notaba a través de mi smoking, me impedían concentrarme.

En la entrada, nos recibieron dos hermosas rubias semidesnudas con champaña y magdalenas. En el vestíbulo sonaba música de jazz relajante. La champaña era una buena salida para relajarse. Un sorbo de alcohol probablemente me ayudaría a volver a encontrar mis palabras.

Brianna también estaba callada. ¿Estaba confusa y enfadada porque le había quitado el día libre? No lo creía. Parecía contenta... conmigo. Pero era diferente. No era como los demás. Le

sonreí, parpadeé, y ella levantó la copa como para brindar. Pero tampoco dijo nada, solo me sonreía. Me preguntaba en qué estaría pensando. Pero veía que sus ojos brillaban.

El desconocido de antes volvió a tocarme el hombro.

—Hola, ¿perdona? Puedes repetir: ¿quién eres? —Me alegraba de que alguien hubiera roto nuestro silencio, aunque ahora mismo no quería a nadie más en nuestro pequeño mundo.

—No he tenido tiempo de presentarme, señor Carter, yo, yo...

Oh, qué poco me importaba eso ahora.

—Me llamo Brianna —le interrumpió.

Me miró interrogante. Probablemente estaba esperando a que continuara. Brianna le tendió su mano delicada y fina. Y él se la llevó a los labios y besó su mano, como en las viejas películas. Este chico me daba celos. Oh, cómo me gustaría estar en la situación de este desconocido ahora mismo. Brianna se sonrojó un poco.

—Rudolph —soltó él—. Eres encantadora y pones a todas las bellezas locales a la sombra. ¿Eres de una agencia? ¿De qué agencia?

—No, no soy de una agencia —respondió Brianna—. ¿Y tú?

—Yo soy sí, puedes llamarme Rudy...

Mientras decía esto, intentaba recordar dónde le había visto antes y quién era. No se me ocurría, pero con un nombre tan gracioso, seguro que lo habría recordado.

Miré a mi alrededor mientras Rudy charlaba con mi compañera. Aún no había mucha gente. Todos vestían elegantes trajes oscuros y llevaban zapatos muy lustrados. Los habituales miraban de vez en cuando sus caros relojes, demostrando que conocían el protocolo del espectáculo. En la vida normal, por supuesto, nadie llevaba smoking, pajarita ni elegantes vestidos de cóctel. El olor al dinero estaba por todas partes.

El director del centro de producción entró en mi campo de visión y, cuando me vio, me saludó con la mano. Por favor, no te acerques. Necesito llamar la atención de Brianna. En general, no me gustaban todas estas reuniones ostentosas. Pero comprendía que eran importantes para el trabajo. En respuesta, yo también levanté la mano y —el gordo cartero— se separó de su escolta y caminó hacia nosotros.

Me obligué a sonreír sinceramente. Brianna me cogió de la mano y se acurrucó a mi lado. Sentí su calor cada vez más, y noté que temblaba un poco. Debería preguntarle cómo se sentía. Pero el director ya estaba delante de nosotros y la etiqueta exigía que presentara a mi compañera e intercambiara unas palabras con él. ¡Dios, estos pomposos actos oficiales con los que no podía hacer nada! Casi todos los presentes se acercaban a nosotros y nos saludaban. Cada vez más...

Algunas personas iban vestidas de forma inapropiada, pero estaban en las listas. Otros llevaban ropas extravagantes y peinados extraños, queriendo destacar a toda costa. Sabía quiénes eran algunas personas, pero no la mayoría. Ahora solía ser Lucy quien se reunía y discutía con los clientes. Ese largo hilandero, Rudy, seguía pegado a nosotros. Disfrutaba con la atención de todos y era como una sombra que quería conseguir algo de nuestra luz.

Llevábamos más de una hora aquí, en medio del ajetreo, y me gustaría tener unas palabras con Brianna. Solo había conseguido preguntarle cómo se encontraba. Decía que aún podía andar con estos tacones y que estaba bien.

Me ahogaba en sus ojos. Solo quería estar un minuto a solas con ella. Quería entender lo que sentía por mí. Mi cuerpo respondía inmediatamente al suyo. Su tacto era tan vivo y cálido que sentía como si esa energía me cargara y se reuniera en algún lugar de mi vientre. Y ya estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Cada vez que ella estaba mirándome, sus ojos brillaban y parpadeaban.

Empezaba el espectáculo. Por el escenario desfilaban modelos de piernas largas con trajes de baño de colores, pareos y vaporosos vestidos de verano. Puede que el escenario fuera pequeño, pero estaba brillantemente iluminado por focos. El fotógrafo que trabajaba para el evento se acercó a nosotros y me tendió la mano. Le conocía, por supuesto. Brianna y yo posamos para una foto y Rudolph también se coló en la foto. El fotógrafo me miró, se encogió de hombros y nos apuntó a los tres con la cámara.

—Me da vueltas la cabeza —dijo Brianna—, de tanta atención.

La miré. Estaba sonrojada. Le cogí la mano con más fuerza y se la apreté suavemente.

—La parte oficial casi ha terminado y estás libre.

—No quiero ser libre... —susurró.

No entendí bien sus últimas palabras. Pero sentí calor.

Mira a los siguientes modelos que salían. Ahora eran modelos masculinos con distintos bañadores. Quería seguir hablando con ella, pero me hizo un gesto para demostrarme que estaba absorta en el espectáculo. Había millones de luces felices parpadeando en sus ojos.

¿Dónde estaba ahora? ¿Qué sentía? ¿Qué pensaba? Me daba cuenta de que le respondía desde el fondo de mi corazón. Me conmovía de una forma que nunca había sentido antes. Pero también me daba cuenta de que ella era mi trabajadora. Y no quería que ella siguiera obligada a pasar más tiempo conmigo.

Cuando terminó el espectáculo, volvimos al vestíbulo, donde sonaba música lenta: —Estar contigo—, José James¹. Sí, muy bien. Quería bailar con ella en una sala donde nadie nos

distrajera cuando bailáramos. Cogí la mano de Brianna e hice un gesto hacia la pista.

Ni siquiera nos movimos hacia el centro de la sala, sino que nos situamos en algún lateral. Sin embargo, los paparazzi del evento empezaron a congregarse a nuestro alrededor. Ignoré todo lo que nos rodeaba y la abracé suavemente. Me sumergí en la melodía de la música y en las nubes de su seductor aroma.

Aunque llevaba tacones de aguja, solo me llegaba un poco por encima del pecho. Mi mirada paseaba por sus caderas estrechas y sus piernas sexis. Todo lo que había hoy en el desfile se ajustaría perfectamente a este cuerpo.

Cuando terminó la canción, mi bailarina también se quedó paralizada. No podía ver sus ojos, pero sentía que me miraba fijamente al alma. Di unos pasos más y sus largos y altos tacones se alejaron de mí. Era como si atravesaran mi corazón, al menos por esta noche. Estaba seguro de ello.

Brianna estaba ahora en mi brazo. Empezaba a estudiar mi rostro, levantando un poco más la nariz. Dejé caer las manos, pero mi mente seguía pintando un cuadro inquieto. En estos pensamientos, dejé que mis dedos se deslizaran sobre su piel sedosa, bajando por sus piernas y subiendo hasta sus muslos.

Puse fin a mis pensamientos y de repente la atraje para darle un beso, pero luego me detuve y volví a mirar a los paparazzi. Sería un bocado para las ediciones de mañana de los periódicos locales. Pero no estaba dispuesto a compartir mis acciones con el hermoso mundo de Los Ángeles.

Agarré rápidamente a Brianna y me retiré con ella a la esquina más alejada, oculta de los paparazzi. Como si pudiera leerme la mente, no se resistió. Entramos en el vestuario vacío del desfile y apreté mis labios contra los suyos.

Ella respondió a mi beso y se acurrucó contra mí. Respiré su encantador aroma. Este aroma me afectaba como un porro a un yonqui. La saboreaba y me sentía embriagado e intoxicado por esa bebida adictiva llamada Brianna.

1. José James es un vocalista americano de jazz y soul. James actúa en todo el mundo como solista líder y con otros grupos. Se lo ha definido como un cantante de jazz para la generación del hip-hop.

11. Brianna



Soy una niña de la incredulidad y la duda. La negación de mi verdadero yo y de mis principios ya ha sucedido. ¿Cuándo ocurrió exactamente, cuando le besé, cuando le dije que sí, o incluso cuando acepté el trabajo?

Christopher me sacaba de mi mundo, tranquilo y comedido. Añadía colores a mi cuadro como un artista. Trabajaba en mi cuadro con un pincel grande, añadiendo luz y pequeños detalles.

Nos sentamos en el taxi y me preguntó en qué momento se produjo esta renuncia. Su mano me agarraba con firmeza y sujetaba todo mi cuerpo. Me rendía completamente a su flujo. Ya no me resistía a él. Solo surgían preguntas en mi cabeza, pero mis sentidos eran muy ligeros. Me sentía abrumada por mi propio cuerpo. Mis pensamientos se rendían impotentes cuando su mano recorría mis hombros y se dirigía a mi cuello.

—Brianna, Brianna, ¿qué me estás haciendo? Estoy perdiendo el control de mí mismo... —susurró Chris y su mano recorrió mis rizos.

¡Qué divino! Me recliné en mi asiento. Cerré los ojos perezosamente y saboreé este momento mágico. Quería emitir dulces sonidos. Disculpas o deseos, pero todas las palabras se disolvían en la ternura de mi mente. El conductor nos miraba y hacía como si no pasara nada. No sabía adónde íbamos. Intenté no pensar en cómo acabaría. Mi mente se negaba a analizar nada. Mi cuerpo se derretía como la cera en el fuego. Estaba temblando y no podía parar de desearle.

Volví la mirada hacia las calles nocturnas de Los Ángeles. Pasaban con todo su ajetreo e imprevisibilidad. Era demasiado para que mi cabeza lo asimilara. No estábamos lejos de la playa, eso era lo que aún podía comprender lo que quedaba de mi mente. El taxi se detuvo delante de un hotel. Chris saltó y empujó al portero a un lado para darme la mano.

Salí al aire fresco. Una ligera brisa me rozó la piel y mi sonrisa cansada reflejaba mi estado de ánimo general del día. Una vez en el vestíbulo del hotel, Christopher fue a la recepción y me dejó en el mostrador del hermoso bar. Suspiré. ¿Qué hacía realmente aquí? Quizá ahora fuera un buen momento para parar y salir corriendo. Apenas nos habíamos hablado. Y... qué... mis sentimientos luchaban contra mi mente.

Christopher se acercó a mí y me rodeó con el brazo. Mi mente se derrumbó. Le deseaba, le deseaba... Pensaría en el resto más tarde.

La habitación del hotel tenía las persianas entreabiertas del suelo al techo, a través de las cuales se veía la playa y el mar. Había una chimenea en un rincón y muebles al estilo de Nueva Inglaterra, con mesas y cajones de nogal. Un dosel se extendía sobre la cama, que estaba cubierta de sábanas blancas.

Se acercó a mí y me tendió una copa de champán espumoso sin apartar la mirada. Asentí, acepté y le miré fijamente. No quería romper nuestro misterioso silencio... y parecía que él tampoco.

Sus labios rozaron mi mejilla con un ligero toque, como si me hubiera rozado una suave brisa. Su leve roce me produjo un escalofrío. Un escalofrío que hizo temblar todo mi cuerpo excitado.

—Si quieres parar, dilo ahora —susurró.

Guardé silencio. Sus labios se movieron hacia mi sien y se detuvieron cerca del hoyuelo de mi mejilla.

—¿O ahora? —susurró conspiradoramente.

Me dibujó una línea en los labios con el dedo. Y sus labios estaban tan cerca que mi cerebro no podía decidirse.

—¿O?... —mis palabras se callaron al contacto de nuestros labios. Pasé los dedos por su pelo despeinado y lo saboreé.

Sus dedos empezaron a recorrer mi cuerpo y encontraron los cierres de mi vestido. Aparté el champán y le di rienda suelta. Chris me quitó las mangas del vestido por los hombros. El vestido se deslizó por mi cuerpo hasta el suelo. Se quedó un momento en mis caderas y él lo siguió con la mirada. Me miró fijamente, como si estuviera bajo el objetivo de su cámara.

Sus manos empezaron a seguir el mismo movimiento del vestido. Se deslizaron juguetonamente desde mis hombros por mi pecho, bajaron hasta mi cintura y me agarraron el trasero.

Volvió a besarme con suavidad y ternura, pero ya no quería más dulzura. Estaba ardiendo. Ardiendo de deseo. Agarré su camisa con las manos y lo acerqué más a mí. Quería sentirlo por

todas partes. Me confirmó que lo deseaba igualmente con un gemido ahogado mientras seguía besándome. Sus manos me apretaban aún más contra él. Luego me rodeó la cintura con los brazos y me levantó sobre la cama sin romper el beso.

Le miré y sentí que me ocurría algo extraño. Mi cuerpo estaba entumecido y no podía moverme. Solo quería sentir más de este cuerpo caliente. En algún lugar de lo más profundo de mi alma, se estaba gestando una ternura temblorosa. Nunca me habían adorado tanto, nunca me habían exaltado y venerado tanto. Nunca en mi vida había sentido un deseo tan apasionado como ahora. Por primera vez en mi vida, quería rendirme, soltarme, dejarme caer en sus manos.

Le deseaba, quería hacer lo que a él le gustaba. Quería ser lo que él quería. En ese momento, tenía la sensación de que solo había una forma de satisfacer mi hambre insaciable. Tenía que entregarme a él por completo. Quería dejar que mi cuerpo exhausto cayera en sus manos.

Me besaba por todas partes y me apretaba los pechos. Jugaba con lugares que estaban ocultos a la vista normal. Era demasiado. Estaba ardiendo. Me tapé los ojos y vi destellos blancos brillantes, como el obturador de una cámara. Se creaban fuegos artificiales en mi mente al sentir su contacto en mi piel desnuda.

Intenté expresar mis sentimientos y un susurro, más parecido a una súplica, escapó de mis labios.

Christopher apartó un poco la cabeza y me miró. Podía ver la pasión y la lujuria animal en sus ojos brillantes, que miraban interrogantes mi rostro enrojecido.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres que pare? —exhaló roncamente.

Sacudí la cabeza.

—No, por favor.

No podía expresar con palabras lo que sentía. Una sonrisa cruzó sus ojos, demasiado suave para estar en mi realidad. Noté el brillo lujurioso en las oscuras profundidades de sus grandes pupilas. Chris volvió a inclinar la cabeza hacia mis pechos excitados y empezó a explorarlos suavemente con la punta de la lengua. Su cálido aliento se deslizaba sobre mi piel y desencadenaba en mí enormes oleadas de excitación.

La punta de su lengua siguió bajando mientras sus fuertes manos me agarraban los muslos y tiraban de ellos hacia él. Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás mientras sentía suavemente su vello desde mi pecho hasta mi estómago. El tacto húmedo y caliente de su lengua girando alrededor de mi ombligo hizo que me faltara el aire. Los músculos de mi vientre ardían de deseo.

Chris pasó la mano por el triángulo oscuro de pelo fino y rizado, y me temblaron las piernas. Sentí su aliento allí, y el mundo giró ante mis ojos. Me llevaban a un lugar muy lejano. ¿A un

planeta que no figuraba en ningún mapa? En un lugar donde solo reinaba la sensación. Le metí la mano en el pelo mientras llegaba a la fuente más secreta de mi lujuria.

Perdí el control, cayendo sobre la mullida cama mientras todo mi cuerpo se estremecía. Me agarré a las sábanas e intenté sujetarme a algo mientras mi cuerpo se movía. Pero no encontraba ningún punto de apoyo. Solo Chris estaba ahí. Me agarraba de las caderas y me sujetaba aún más fuerte, de modo que mis curvas parecían fundirse en sus palmas.

Cuando abrí los ojos, le vi frente a mí y vi el fuego loco que se encendía en sus ojos. Sus labios insaciables presionaban exigentes contra mi boca. Le dejé salirse con la suya y susurré algo ininteligible con arrebató. Su lengua ávida empujaba entre mis dientes, volvía y se sumergía de nuevo en las cálidas profundidades.

Su mano ya viajaba de vuelta a donde mi amado triángulo de placer palpitaba de placer y continuaba con sus exquisitas caricias. Cada vez que su dedo tocaba mi perla, sentía pequeñas oleadas de placer que aumentaban rápidamente. El placer que me invadía era tan fuerte y frenético.

Mi respiración, mi voz y toda la noche se fundían. Empezaba a flotar lejos de esta tierra. Mi cuerpo se doblaba, mis brazos se debilitaban. Una corriente como de aguja recorría mis dedos. Sentía que caía en un frenesí salvaje y perdía completamente el control. Los temblores recorrían mi cuerpo, dejándome sin aliento y vulnerable ante Chris. Él notaba cada uno de mis movimientos, cada reacción, y su toque parecía estar diseñado para llevarme al borde del éxtasis una y otra vez. Cada caricia, cada beso, cada susurro era una invitación a entregarme por completo.

Chris me sostuvo con firmeza, sus manos deslizándose con habilidad sobre mi piel, creando olas de placer que me sumergían en un mar de sensaciones. Mis pensamientos se disolvían en la niebla del deseo, y mi cuerpo respondía con una urgencia que nunca había experimentado antes. Sentía que estaba en un viaje sin retorno, llevada por una corriente poderosa y desconocida.

Nos movimos juntos, como si nuestros cuerpos estuvieran en perfecta sintonía, guiados por un instinto primitivo y abrumador. Chris me miraba con una intensidad que me dejaba sin aliento, sus ojos reflejando el mismo deseo ardiente que sentía en mi interior. Cada momento se volvía más íntimo, más profundo, y no había vuelta atrás.

Con cada beso, cada caricia, cada susurro, Chris me llevaba más allá de mis límites, explorando rincones de mí ser que nunca antes había conocido. Sentía que estaba descubriendo una nueva faceta de mí misma, una parte que había estado dormida durante mucho tiempo y que ahora

despertaba con una fuerza incontrolable. Su toque era mi ancla y mi liberación, y me entregué a él sin reservas, sin miedo.

El tiempo parecía detenerse mientras nos perdíamos en ese remolino de sensaciones. La habitación del hotel, con su elegante mobiliario y su vista al mar, se desvanecía en el fondo, y solo existíamos nosotros dos, inmersos en nuestra propia burbuja de placer y pasión. Mis suspiros se mezclaban con los suyos, creando una sinfonía de deseo que llenaba el espacio a nuestro alrededor.

Finalmente, alcanzamos juntos el clímax, un estallido de éxtasis que sacudió nuestros cuerpos y nuestras almas. Sentí una liberación indescriptible, como si todas las tensiones, todos los miedos, todas las dudas se evaporaran en ese momento culminante. Chris me sostuvo con ternura, sus manos firmes y cálidas en mi piel, y supe que estaba en el lugar donde debía estar.

Nos quedamos allí, abrazados en la cama, nuestros cuerpos aún entrelazados, respirando profundamente mientras nuestras pulsaciones se calmaban. Sentí una paz profunda, una conexión que trascendía el simple deseo físico. Chris me miró a los ojos y, por primera vez, vi en su mirada algo más que pasión. Había ternura, comprensión y un sentimiento que no podía definir.

—Gracias —susurré, apenas audiblemente.

—No, gracias a ti, Brianna —respondió Chris, acariciando mi mejilla con suavidad.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la cercanía y del momento compartido. No había necesidad de palabras, no había prisa por moverse. Simplemente estábamos allí, juntos, en un momento que parecía eterno.

Esa noche, mientras nos quedábamos dormidos en los brazos del otro, supe que algo había cambiado dentro de mí. Ya no era la misma persona que había llegado a Los Ángeles. Había encontrado algo nuevo, algo que me daba fuerzas y me hacía sentir viva de una manera que nunca antes había experimentado. Y aunque no sabía qué deparaba el futuro, estaba lista para enfrentarlo, con Chris a mi lado.

Loca por este ataque, por esta pasión. Una pasión excitada que me quema todo el cuerpo. ¿Cómo puedo mantener la cordura? ¿Cómo puedo mantener esta locura dentro de mí? ¡Estos sentimientos necesitan una salida! ¡Quiero esta conexión! Me aprieto aún más contra su cuerpo y salgo de mi realidad, exhausta.

12. Brianna



¿Qué ocurriría entre él y yo? Me dirigí a la ducha, intentando aclarar mis pensamientos. ¿Debía parar ahora? ¿Me convertiría en su amante permanente o en algo más? No, no y no. Mi mente estaba desesperada. ¡Sin hombre y sin relación! ¿O tal vez solo sexo? Encendí la ducha fría, pero no me ayudó a calmar esos pensamientos histéricos. ¿Dónde estaba mi mente ayer?

Me envolví en una toalla y decidí irme a casa sin continuar. Era la única decisión correcta para mí. Recordé al Sr. Parker y sus comentarios sobre los movimientos espontáneos. Qué curioso movimiento espontáneo tuve ayer, y de alguna manera, fue condenadamente bueno.

Abrí la puerta un poco y, al ver a Christopher durmiendo plácidamente, cogí mi vestido y volví a esconderme en el cuarto de baño. No quería pensar más en la situación. Me iría a casa y ya está. Me até el pelo revuelto en un moño. Aún no sabía cómo iba a volver a mirar a ese hombre loco y sexy a los ojos. Tampoco tenía idea de qué decirle cuando se despertara. ¿De qué podía hablarle?

Salí del baño con el vestido puesto y solo llevaba el tanga. Probablemente estaba en la cama, en alguna parte, pero seguro que llegaría a casa sin eso. Mi aliento me traicionaba. Recogí los zapatos y salí corriendo al pasillo. Solo allí recuperé el aliento, me puse los zapatos y bajé a la recepción.

El taxista que me llevó a Chinatown era taciturno. Menos mal, le estaba muy agradecida y me quedé mirando por la ventanilla, observando los alrededores de la famosa ciudad. Conducíamos a lo largo de la playa, pasando junto a la noria y los pabellones de las aceras. Hoy había carriles despejados y aceras anchas y vacías. No hubo tanto tráfico el domingo, solo coches que circulaban en sentido contrario hacia la playa.

En casa, Lauren me saludó con una mirada interrogante. No tenía ganas de decirle nada, porque eso avergonzaría a su agencia. No dominaba bien esta tarea. O más bien, al revés, me había excedido con ganas. Recordé lo de anoche y mis mejillas se sonrojaron.

—Veo que Los Ángeles te hace sentir bien. Estás impresionante, guapa —dijo Lauren, mirándome interrogante.

—Nada especial, solo sexo —respondí.

Pero ella no apartó la mirada y estaba decidida a continuar.

—Bien, espero que hayas conseguido a tu famoso jefe.

Mis mejillas debían de encenderse como un fuego, pero no quería decírselo. Ahora no, tal vez más tarde. Pero su círculo social era tan estrecho que seguro sabía que había estado en un evento privado con mi jefe.

—No, se llama Rudy —dije de repente. Lo conocí en un evento.

—Ah, estuviste allí. Algunas de nuestras chicas trabajaban allí. ¿Cómo fue? —preguntó emocionada.

Me quedé de pie en el centro de la habitación con un elegante vestido de tirantes, sintiéndome como una colegiala que informaba al director.

—Oh, sí —dije la frase a la manera de mi amiga—, fue colorido.

Caminé lentamente hacia mi habitación.

—Me alegro de que tu vida empiece en esta ciudad —dijo Lauren, como si hiciera un brindis—. Me siento orgullosa de que te hayas adaptado tan rápido a Los Ángeles. Por cierto, ¿qué haces todavía hoy? Si no tienes nada que hacer, nos vamos a la playa. Robert también quiere verte y cotillear un poco.

—Me encantaría ir contigo. Solo necesito un momento —dije rápidamente.

Realmente necesitaba un momento porque mis pensamientos no me dejaban en paz. No significaba nada para mí, solo sexo. Solo sexo, pero qué tipo de sexo... Mis entrañas se tensaron. Un calor comenzó a acumularse en mi estómago. Me vinieron a la cabeza imágenes de anoche. Sería mejor que me escondiera en mi habitación a toda prisa.

—¡Oh, qué bien! Rob ya me ha estado acosando con preguntas. Quiere saber cómo te va todo.

—Perfecto, hablemos ahí.

—Por eso, Robert necesita un informe detallado —rió Lauren—. Ya sabes lo intrigante que es.

—Bien —dije desde la habitación. Era la oportunidad perfecta para desconectar de mis agobiantes pensamientos.

Hoy hacía mucho calor. Ni siquiera la sombra de las altas palmeras y las casas de alrededor salvaban a los residentes del calor veraniego. Ni parecía la ligera brisa. Un gran número de personas que tenían el día libre ya estaban en la playa.

Todos se daban cuenta de que los muros de piedra de la ciudad estarían tan calientes poco antes de las dos que el único lugar donde se podía estar era junto al agua. Cualquiera que permaneciera al aire libre en la ciudad correría el riesgo de sufrir un golpe de calor.

Ya habíamos llegado a la playa y vi una gran multitud de gente. Eran más de los que había visto en toda mi vida. Sobre todos nosotros había un cielo azul con un sol brillante y ni una sola nube. Incluso el viento apenas podía colarse entre la enorme multitud. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que hoy ya había estado en esta playa, justo al otro lado. La noria era un buen punto de referencia. Quizá Christopher siguiera dormitando suavemente en la lujosa cama. Pensé en él y mi sonrisa se ensanchó un poco más.

Robertini, como siempre, no paraba de hablar ni un minuto. Lauren estaba hoy que ardía y, por sus palabras, me di cuenta de que llevaba mucho tiempo queriendo ir a la playa. ¡Y ahora había llegado el día! No importaba que hubiéramos tardado en encontrar un lugar.

Nos instalamos en la playa, cerca del agua. Robertini se quitó la ropa y miró a su alrededor para observar lo que le rodeaba. Miré horrorizada su cuerpo tatuado. Dios, pensé, debe haberle dolido mucho cuando se lo hizo.

—Me encanta Pamela Anderson. Creo que ella es la única razón por la que aparecí en primer lugar. Sueñaba con ella contoneando graciosamente sus caderas para ayudarme...

Y, por supuesto, Robertini nos la imaginó corriendo por la playa. Nos reímos y formamos un trío ridículo.

—Ahora te toca a ti —Robertini me miró impaciente—. ¿Qué te parece trabajar con el Sr. Profesional? Y, Dios, quítate ya el pañuelo.

—Vale. Todo el orden. Tengo algunas dificultades con los malentendidos, con las cámaras y con la puesta en escena de la luz. Pero, en general, ¡funciona! —Miré a Robertini.

Empezó a quitarme el pañuelo, que me recordaba a Christopher, y me ruboricé un poco.

—¡Gracias, Robert!

—¡Oh, cariño, cariño! ¿No soy Robert para ti? Así que Robertini es el primer punto. En segundo lugar, tampoco me interesa el negocio de las cámaras. Me interesa tu relación con él, ¿con el Sr. Intocable? ¿Cómo es él? ¿Te mira o está viendo a alguien?

—No lo sé —intenté evadirme—. No sé nada de él. Para mí es educado y profesional.

—Mmm —intervino Lauren—. ¡Me acuerdo de tu segundo día, casi llorabas y ahora todo está bien!

—Sí, no lo sé —empecé a enfadarme—. ¿Por qué dices "Sr. Intocable"?

—Cariño, ¿sabes cuántas modelos quieren ligar con él? Pero, por muchas veces que lo intentaron, ninguna consiguió que funcionara. No sabemos nada de su vida personal.

—¿Sí? —Es lo único que se me ocurrió. No lo habría pensado—. ¿Quizá se le da bien esconderse? Debería parecer alegre cuando hablo de él.

—¿Estás tensa o algo así cuando hablamos de él? —preguntó Lauren.

—No, solo estoy un poco cansada —respondí.

—¿Rudy te habrá tenido despierta toda la noche? —Lauren se echó a reír.

—¿Rudy? ¿Puedes explicármelo con más detalle? Por cierto, nuestras chicas me han dicho que ayer vieron al Sr. Intocable con una chica muy guapa.

Me molestaba que Robert le pusiera apodos distintos todo el tiempo.

—Sí, fui yo. Mis ojos se bajaron sin querer.

Robert quiso decir algo más, pero se quedó con la boca abierta.

—Rob, te he dicho que era de la fiesta de anoche. ¿De verdad me estás escuchando? —dijo Lauren, sonriendo—. Ahora esa cara de sorpresa que tienes... ¿O solo estás jugando con nosotros?

—Oh, estoy deseando que llegue el periódico de mañana —exhaló Robert—. Mi mala costumbre de no consultar Internet los domingos va a hacer que me quede atrás en la vida —refunfuñó.

Luego sacó el teléfono y, por fin, se calló. Supuse que estaba buscando información en alguna página web. Era muy extraño porque estaba callado.

—Cariño, no te preocupes. Debe saberlo todo. Es su trabajo saber quién sale, con quién, dónde pasan la noche... —Lauren se rió.

Lauren estaba contenta. No habíamos hablado mucho en la última semana. Yo entraba y ella estaba fuera o dormida. Así que hoy me sentí feliz de estar en compañía de personas importantes para mí.

Robertini seguía callado. Colgó el teléfono y nos miró primero a Lauren y luego a mí.

—Cariño, ¿con quién has pasado la noche? Es muy extraño que no la pasaras con él, Mr. Intocable. ¡Estás estupenda en la foto! ¿Quién es Rudy?

—No lo sé. En realidad, solo fue sexo —dije, como si me hubiera aprendido mis líneas—. Estaba con Chris en el desfile.

—¿Con Chris? Sí... —sonrió conspiradoramente—. Hiciste de modelo para él en una semana y fuiste a un exclusivo desfile de moda con él... Es interesante cómo estás desarrollando tu carrera.

—Oye, no es culpa mía. Me obligó a hacerlo... Es mi jefe. —Vacilé—. Me dijo que me pusiera delante de la cámara. No tuve elección. —Empecé a justificarme con un tono de voz elevado. Me esforcé por mantener una expresión juguetona.

Miré fijamente a Robertini.

—¿Qué más? —Lauren me miró—. ¿Te habría despedido?

Ella levantó una ceja y de repente se le cayó el pelo por los hombros, desordenándose.

Lauren tenía la costumbre de recogerse el pelo con palillos. Había infinidad de ellos tirados por la casa.

—Da igual, nena, no importa. Disfruta de la vida en Los Ángeles. Dicen que cualquiera que se ponga bajo el objetivo de Carter se convierte en una celebridad —susurró Robert en voz baja—. Todas las modelos quieren salir en una sesión de fotos para su cartera. Y él tiene todo reservado con seis meses de antelación.

—Oh —intenté sonreír y bajar la intensidad—. Yo no pertenezco a esa categoría. No soy modelo.

—No me queda del todo claro por qué has elegido a Rudy y no al señor Mister Carter —sonrió maníacamente y añadió un gesto extraño—. Por cierto, estás muy armoniosa en la foto...

—Mira dónde estoy yo y dónde está él. Cuando rechaza a las tías buenas que quieren estar con él. Yo, desde luego, no estoy en tan buena posición.

—Sí, nunca se sabe lo que va a pasar en Los Ángeles. A lo mejor es un bicho raro o un gay. Pero no, conozco a todos los gays de Los Ángeles, incluso a los que se esconden. —Suspiró y sonrió—. Voy a nadar. ¿Quién viene conmigo?

Lauren le acompañó y me quedé sola. Respiré hondo y me estiré en la arena. Aquella noche ocurrió algo al otro lado de la noria que desafiaba cualquier análisis. Ahuyenté mis pensamientos. Pero cuando pensaba en ayer, todo mi calor corporal se acumulaba en la zona del abdomen.

¿Cómo reaccionará? ¿Y después? Le imaginé en el lugar de Diego, en mi cama de Bakersfield, con otra mujer. Y me sentí insoportablemente triste. No había relación, de eso me daba cuenta. No quería volver a pasar por esto.

Cuando sonó mi teléfono, vi a los dos que volvían a lo lejos. Miré la pantalla, a los dos acercándose a mí. Pensé en cuántas palabras podía decirle.

—¡Hola! —Contesté a la llamada un poco más bruscamente de lo que pretendía.

—¡Buenas tardes! —Qué formal— susurró— después de lo que nos ha pasado.

Su susurro hizo arder cada célula de mi cuerpo. Me alejé de donde estábamos sentados para continuar la conversación y señalé el teléfono. Asintieron y volví a centrar mi atención en el teléfono.

—Perdona. No te he visto salir, no dormí mucho tiempo como un bebé... ¿Te oigo mal?

Me callé. No sabía qué decir y, tras una pausa, continuó.

—¿Por qué no hablas? ¿Dónde estás? —La voz de Christopher se hizo más fuerte—. Ahora mismo voy.

Mis pupilas se dilataron y busqué frenéticamente una respuesta en mi mente. Pero no se me ocurrió nada lógico.

—Ahora mismo no estoy en casa. ¿Es una urgencia del trabajo?

—No —terminó y colgó.

Cuando volví, Lauren y Robertini me miraron como si tuviera agua en la boca.

—¡Trabajo! —les lancé como respuesta.

Ni yo misma lo entendía. Caí en el estupor y respondí groseramente. ¿Qué me pasaba? Mis sentimientos y mi mente me habían destrozado. Me recosté en la arena y cerré los ojos mientras las imágenes de anoche pasaban por mi mente.

13. Christopher



En algún momento decidí fotografiar solo la belleza. No quería reportajes, persecuciones de famosos ni banquetes de borrachos. Como fotógrafo en ciernes, tuve que decidir qué quería. Había muchas áreas de la fotografía. Me ofrecieron estudios. Podía elegir la ciudad o la naturaleza. Podía combinar varias áreas. Pero yo quería romanticismo. Así que elegí la dirección más difícil. Fue un error. Hoy, ya no quiero eso en mi vida.

¡Solo belleza divina! Las pruebas de modelos son ahora una parte importante de la cartera de cualquier modelo. No importa la edad, el sexo o la experiencia. Participo en la vida futura de los modelos. Decido cómo reflejar sus aptitudes y características. Basándose en esta cartera, la agencia o el cliente pueden decidir. Mis imágenes determinan la asignación adecuada y el nivel de habilidad para proyectos posteriores.

Lucy recoge todas las solicitudes para un día concreto. Yo manejo la cámara y pongo a las modelos en el estado de ánimo adecuado. En los últimos años, muchos modelos han palidecido y otros se han hecho más visibles. Mi estudio se convierte en un hormiguero. Detrás de pantallas, vestuarios separados, largas piernas, pelo largo, culos prietos y pechos llenos, una persona pasea por todas partes.

—Oh —digo en voz alta mientras las imágenes del fin de semana vuelven a mi mente—. ¡Brianna! ¡Brianna! —Probablemente tendré que llamar a Lucy.

—Buenos días, Lucy —digo con la mayor naturalidad posible—. ¿Dónde está Brianna? Estamos casi listos y aún no he tomado mi café divino.

—¡Buenos días, Chris! Está abajo, en el despacho. Enseguida la hago subir. ¿Estás de buen humor hoy? Felicidades.

—Claro que estoy de buen humor —me invento rápidamente una excusa mientras sigo caminando.

Cuelgo el teléfono, miro a mi alrededor y me entran ganas de abofetear a alguien en el trasero.

Brianna entra en el estudio y mi corazón se acelera. Puedo controlar mi cara y mis emociones, pero los latidos de mi corazón escapan a mi control. Va vestida con sencillez. Hoy lleva unos pantalones sueltos de color gris oscuro y una camisa blanca. Y, Dios mío, otra vez ese pañuelo gris alrededor del cuello... A juzgar por el color oscuro de su piel, parece que estuvo en la playa.

Mira por la habitación y saluda a todo el que se cruza con ella. Me doy cuenta de que está retrasando la hora de nuestro encuentro. Su rostro se contorsiona y su sonrisa se desvanece. Finalmente, se acerca a mí. La miro y ella me mira.

—Buenos días, señor... Chris.

—¡Buenos días, Brianna! El señor Chris suena bien. —Estaba de buen humor y, desde luego, no quería estropearlo.

—Para ti, ¿tu café de siempre, solo, sin azúcar?

—Hoy lo quiero solo, con limón y un poco de azúcar —quería hacerla sonreír. Ella enarca una ceja interrogante y frunce un poco las comisuras de los labios.

—Vale, —respondió y me dio la espalda.

No me gustaba que se mostrara tan distante conmigo. Claro, no toleraría un abrazo caliente en el trabajo, pero... es Brianna. Me volví hacia el equipo y lo revisé todo de nuevo. Podríamos hacer una sesión en un entorno precioso, pero prefiero mi estudio.

Pensé en Brianna. Hoy volvió a su capullo protector. La comprendía, pero mi corazón latía más fuerte al verla. Se acercó de nuevo a mí y me trajo el café.

—¡Aquí tienes! —dijo en voz baja mientras dejaba la taza en la mesita. Sabía que no era fácil para ella en este momento y que hablaríamos en cuanto tuviera tiempo. Pero, sobre todo, no lo hablaríamos aquí en el trabajo.

—Brianna, Glen trabajará hoy en el plato. Puedes encargarte del café y el tiempo, pero necesito ayuda en el despacho de Lucy.

Ella asintió. Dios, pensé. Di algo, por favor.

—¿Estás bien? —No aguante más.

—Sí, estoy bien —dijo juguetona y me sonrió—. Gracias. ¿Algo más? ¿Quieres que me vaya ahora mismo al despacho de abajo?

—Sí. —No sabía qué decir. Mis ojos estaban absortos en el equipo y miraba a las modelos a mi alrededor. Me sentía vulnerable en su presencia. Esperaba que no se notara tanto desde fuera.

Llamé a Glen, que se acercó a mí.

—Hoy, después de mí, tú mandas en el plato. Aquí tienes la lista de modelos. Llama de uno en uno y quédate cerca de los reflectores por si hay que moverlos.

Asintió con la cabeza. Me molestaban esos asentimientos, primero Brianna, ahora él. Pero me recordé que era el comportamiento habitual de Glen. Por lo visto, era contagioso.

—Además, quiero modelarte hoy. ¿Qué te parecería? Quería que se sintiera bien con su lealtad y su rendimiento.

—Sí, jefe. ¡Estupendo! Gracias —respondió riendo.

—Cuando acabemos con todos, prepárate.

—¡Gracias, jefe! Puedo ponerlo en Internet...

Se dirigió alegremente al plato. Brianna repartía café, bebidas y agua a quien quisiera algo. Hoy la veía diferente. La desnudaba con la mirada y volvía a sumergirme en esa noche con ella. En mi imaginación, la veía con el hermoso vestido cerrado y olía su aroma. Cerré los ojos de placer.

—Jefe —me trajo de vuelta—. Una pregunta. —Glen me sacó de mis pensamientos y tartamudeó.

—Sí, háblame, Glen. ¿Qué quieres saber?

—¿Podrías aconsejarme algo emocionalmente delante de la cámara?

Volví a cerrar los ojos de golpe. Pero decidí que no importaba. Glen era un buen tipo, un vaquero.

—¿No te gustaría ser un vaquero sexy? Creo que se te da bien —le di una palmada en el hombro.

—Sí, ¿de verdad? No me lo habría imaginado. Gracias, jefe —respondió Glen con entusiasmo.

A mi buen humor se unió una alegre jovialidad. Como si nadie se lo hubiera dicho antes a Glen. Parecía un vaquero de una película del oeste. Sonreí. Cuando busqué a Brianna con la mirada, no estaba allí.

¿Qué había echado en el café? ¿Amor? Desde luego, no un limón. Y me reí en lo más profundo de mi alma. Podía sentir las chispas de alegría brillando en mis ojos.

El sol estaba en su cenit y aún no se había quitado los ojos de la cámara. En mi estudio, el trabajo se elaboraba hasta el último detalle. Mis modelos siempre sabían lo que quería de ellas. Cuando llegaban, recibían un briefing que tenían que leer y firmar.

La elección de la ropa para las pruebas siempre preocupaba a las modelos futuras. También se ponían nerviosas antes de la sesión. No creía en una imagen específica para ellas. Había

eliminado todas las cosas llamativas, como accesorios y cualquier otra cosa que pudiera distraer a la propia modelo. La ropa para ellas y sus fotos ya estaban elegidas cuando llegaban al plato.

La modelo elegía una cosa para cada escenario. El primero tenía bodys y camisetas. El segundo, chaquetas oversize, chaquetas normales y chaquetas ajustadas. El tercero es leggings, pantalones cortos y vaqueros. El último conjunto contenía zapatos, bailarinas o zapatillas. Todo debía ser de un solo color o minimalista. La modelo llevaba el pelo suelto u ondulado y un maquillaje sencillo. Que todo fuera breve y dulce, nada superfluo. Lo mismo se aplicaba a las mujeres y a los hombres.

Si el modelo no traía su propio material, nosotros lo proporcionábamos todo, hasta estilistas, maquilladores y peluqueros. Pero muchas personas tenían sus propias ideas para el día y el estilo y se maquillaban ellas mismas. Siempre había mucha prisa en los días de prueba, porque después de mis sesiones, las modelos encontraban rápidamente una agencia o un agente. ¡Y me sentía increíblemente halagado! ¡Soy lo mejor!

Quería de 10 a 15 poses con 3 fotos de cada toma. Hoy había tres escenas, así que eran unas 100 fotos por modelo. Había tres dimensiones posibles. Un primer plano en formato retrato. Una sección central o la perspectiva completa. Dependía del modelo que funcionara mejor en cada momento.

Para mí, lo más importante era mostrar al modelo emocionalmente. Tenían que mostrar su estado actual, probar nuevos sentimientos y experiencias y moverse delante de la cámara. Mis fotos mostraban todas las características de los modelos, sus habilidades para posar y, sobre todo, su carácter. Les daba la clave de su éxito.

Lucy se me acercó:

—Tenemos otro encargo especial. No sé cómo se ha colado. Ha venido con una petición para hacer sesiones de moda. Ya ha trabajado con nosotros antes.

—¿Hablaste con ella de qué es un campo diferente? Hay tarifas diferentes para las aspirantes a modelo.

—Claro —Lucy meneó su pelo rizado—. ¿La vas a mandar a casa?

—Volveré a hablar con ella. ¿Dónde está?

Miré a mi alrededor y vi a la morena ardiente al fondo. La reconocí como mi vieja amiga del rodaje en la playa de Matador. ¿Qué quería? ¿No era ya una falsa celebridad? No, hoy no la necesitaba otra vez. Cambié de opinión. No iba a verla.

—Lucy, la modelo es el problema, por ella eché a Carlos. Ve y dile que se vaya. Pero llama a seguridad. Tengo la sensación de que no se irá así como así.

Lucy asintió en señal de comprensión y añadió:

—Bien, yo me ocuparé de ella.

—Ponla en la lista negra.

Me pregunté qué querría. Era bastante profesional. Por supuesto, ese día también venían modelos de toda la vida, solo por mi nombre. ¿Pero ella? ¡Mi estudio, mis reglas!

Lucy volvió.

—Preguntan por ti.

Ya no trabajaba con ella, aunque el presidente me lo pidiera. Muchos fotógrafos trasladan sus sesiones fotográficas a otro lugar, pero yo me quedo con la vieja escuela. Me sentía protegido de ataques como el de Judith en mi estudio. No tenía miedo y rápidamente me acerqué a ella.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Judith sin disimulo.

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes —respondió ella con la mayor sencillez posible.

—No, no tenemos ningún asunto pendiente, por favor, abandona el estudio.

—Pero solo quiero invitarte a una fiesta.

—Si te interesara, sabrías que no voy a ese tipo de eventos...

—Pero, mis fotos. Llevo seis meses esperando esta sesión.

—¿En serio? Me da igual. Hoy es el día de las aspirantes a modelos. Eres una celebridad desde hace mucho tiempo. No perdí los nervios, pero estaba a punto.

—Sí, pero...

—Abandona el estudio. Los de seguridad no tardarán en llegar.

Judith se acercó mucho a mí y siseó:

—¡Te arrepentirás!

Me di la vuelta y me fui a mi asiento. No quería pensar más en ella ni en el pegajoso residuo de resentimiento de aquel día. Lucy me dijo que nos habían demandado por unos miles de dólares. ¿Qué intentaba probar o demostrar? ¡Qué extraño!

Volví a pensar en el rodaje, porque ya había otra modelo en mi foto. Tenía las piernas largas, era pelirroja y parecía muy apasionada. Estaba dispuesta a comerme junto con la cámara. No necesitaba a Judith para eso. Ella podía estar lejos.

Durante las breves pausas, mientras cambiaba las lentes, buscaba intuitivamente a Brianna con la mirada. No sé cómo lo hacía, pero en mi mesa siempre había bocadillos recién hechos, café y el limón del día. Ese limón me arrancaba una gran sonrisa cada vez que lo miraba. Normalmente aquí estaba prohibido comer cualquier cosa excepto chocolate.

Pero hoy me daba placer y quería verla. Quería ver a Brianna y, sobre todo, quería tocarla.

Pero me sacudí de esos pensamientos y volví a concentrarme. No quería que nadie supiera nada de mí. Ni sobre mi vida actual ni sobre mi pasado. Pero tenía otro tema que ocupaba mi mente. La modelo Judith. ¿Por qué había venido? ¿Por qué estaba husmeando? ¿Qué quería conseguir? Solté un largo suspiro; era hora de un descanso.

Mandé a todo el mundo fuera porque quería estar solo. Me giré en la silla hacia el enorme ventanal que ocupaba toda la pared y miré la ciudad. Sentí que alguien entraba y se acercaba a mí con paso ligero y tentativo.

Entonces percibí su maravilloso aroma, Brianna. Aspiré el aire con la nariz y cerré los ojos. Imaginé que estaba a punto de venir hacia mí y tomarme en sus brazos.

Se detuvo. Abrí los ojos y volví a la realidad. Me di la vuelta para mirarla en la silla. Estaba de pie, con la cabeza ligeramente baja, y me miraba por debajo de las cejas. Como siempre, llevaba el pelo recogido en un moño apretado.

—Me gustaría disculparme por mi grosera respuesta de ayer. Estaba en la playa con unos amigos —confesó, tensa.

—Brianna, lo entiendo. Hablemos de ello más tarde, por favor.

La toqué ligeramente en el brazo y me miró.

—Lo entiendo —dijo e intentó apartar la mano, pero la sujeté con fuerza.

—¿Sabes? —hice una pausa—. No me gustan las relaciones en el trabajo.

—Lo sé, lo sé. ¿Puedo traerte algo?

—Tráete tú misma —le dije, tirando de ella hacia mí y besándola en la frente.

Me palpitaba todo el cuerpo y me estaba acalorando. Ahora no, estábamos en el trabajo. Deseaba desesperadamente abrazarla más fuerte y apretarme los labios contra los suyos. Pero... tenía que apartarla de mí.

—Tráeme un café normal. Ya hemos tomado bastantes limones hoy —le dije atentamente, intentando calmarme.

—Lo haré enseguida.

—Y quítate el pañuelo.

Brianna me miró interrogante.

—No ocultes tu precioso y largo cuello—, añadí.

Ella no contestó, pero se alejó de mí y se produjo un vacío. No podía evitar querer seguirla cuando se abrió la puerta y entró Liria. Me alegré mucho de verla. Me saludó con la mano desde la puerta. Puede que Liria no fuera una modelo, pero encajaba muy bien con mi personalidad.

Encajaba bien en mi espacio y iba impecablemente vestida. Llevaba un sedoso vestido de verano y el pelo suelto.

Le devolví el saludo a Liria y Brianna desapareció naturalmente de mi vista. Nos abrazamos y le di un beso a Liria en la mejilla.

—No puedo localizarte.

—Hoy es el día benéfico para las aspirantes a modelo. Como siempre, cada año hay más y más.

—Sí, es igual que tu fama. Cada vez es mayor también —me guiñó un ojo.

—¿A qué debo tu presencia?

—Solo quería darte las gracias por el regalo. Charlie está encantado.

—¿Por el coche o por la cámara?

—Por las dos cosas —se rió—. Estaba por el barrio y pensé en pasarme porque no estabas disponible por teléfono. Te necesito... mucho. Pero no aquí.

—Te llamaré más tarde. Primero tengo que ir a la oficina para averiguar mi horario y luego concertaremos una cita. No va a ser hoy, como puedes ver —respondí, señalando el desorden.

Glen llegó con tres modelos. Me saludó también y les dijo algo a las modelos con una sonrisa alegre. Hoy Glen estaba que ardía. Nunca la había visto así. Me volví hacia Liria, que se despidió de mí.

—Bien, te dejo entonces. Tengo que recoger a Charlie.

—Dale un beso de mi parte —grité mientras la seguía hacia la salida.

Era como un meteoro que iba y venía. Organizaciones benéficas, familia...

Miré alrededor del estudio. Me toqué la nuca, la estiré con las manos y mis pensamientos volvieron a Brianna. Aquella noche en la que se acurrucó a mi lado. Su piel sedosa, su pasión, sus gemidos, su olor de flor...

Pensé en ella todo el tiempo. La modelo ya estaba en el plato y mi cámara estaba preparada. Había cambiado de escena. De nuevo, no me di cuenta cuando Brianna me trajo el café.

Oscureció muy deprisa. Los rayos del sol fueron sustituidos por los letreros y las luces de neón de la ciudad. Se hizo la última foto del modelo. Esperé a Glen.

—Glen, quiero que hables conmigo esta noche. Puedes contarme algo o hacerme preguntas. Pero no te calles. —Quería soltar al pequeño—. No solo hay que expresarse con palabras, sino también con emociones y cuerpo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, claro, jefe —asintió con seguridad.

Me pregunté dónde estaría Brianna. ¿Dónde había ido? Una excitación enorme, antinatural, no dejaba de atraerme hacia ella.

14. Brianna



Necesitaba estar sola. No fui directamente a casa después del trabajo, sino al bar de la biblioteca. Había oído hablar de él en la escuela. Los Ángeles era la mejor ciudad del mundo. Al menos, de las ciudades en las que había estado. No tuve tiempo de echar de menos mi vida pasada y mi ciudad. Pero después de ir juntos a la playa, me di cuenta de que necesitaba tiempo para mí. Cada ciudad, como cada persona, tiene su propio destino, su propia biografía. Esta ciudad, como un gran vacío, me atraía cada vez más.

Los Ángeles era para mí como una criatura viva. Insaciable y hambrienta, ansía gente y bienes caros. La ciudad se alimentaba de los jugos de sus habitantes. Quería absorber esta ciudad, igual que ella me absorbió a mí. Quizá no tanto, porque me obligó a vivir según sus reglas sin preguntarme si quería.

Entré en el famoso bar y era exactamente como lo había imaginado. Olor a libros y cuero, sofás desordenados e iluminación tenue. Había muchos libros a mi alrededor. La gente era diferente a la del bar al que fui con Lauren y Robertini. Me encantaba recorrer los libros, entrar en una biblioteca y pasear por las estanterías durante horas. Las estanterías aquí eran tan altas como una casa de dos pisos. Los libros me permitían evadirme. Podía desconectarme y moverme por otros mundos. Quizá eran los libros los que me daban suficiente espacio en la pequeña ciudad. No tenía que ir a ninguna parte para sentir que estaba en las montañas o junto a un lago.

Hoy era el día en el que estaba dispuesta a hacer las maletas y volver a mi tranquilo pueblo, o huir a otra parte. Ardía de vergüenza por las locas caricias y las sensaciones que había experimentado por primera vez. Estaba preparada para que el suelo se abriera y me tragara con esos pensamientos sucios. Y también era mi jefe. Trabajando y sonriendo como si nada hubiera pasado. Estaba dispuesta a huir de él o a entregarme a él. Llevaba todo el día con pensamientos

contradictorios en la cabeza. Cuando me tocó hoy, quise desaparecer de este mundo, como hace dos días en el hotel.

Mi mundo nunca volvería a ser tan tranquilo. Ni aunque volviera al café de mi tía. La vida no era una verdadera realidad, como solía decirme el Sr. Parker. Esta tormenta de pensamientos en mi cabeza nunca se detenía. Cuando entré en el estudio y lo vi por primera vez después de aquella noche, estaba dispuesta a disolverme de vergüenza al verlo. Pero no fue así. Lo miré y no podía creerlo. Me parecía inalcanzable. Con esa ligera sonrisa en los labios. Con esos ojos brillantes, su pelo ligeramente despeinado y sus anchos hombros... rodeado de muchos jóvenes modelos disponibles.

Seguía mirándolo en mi mente. Tenía mis dudas... Y, sin embargo, le estaba agradecida. Hoy me di un respiro. Quizá mi comportamiento irracional le hizo comprender que lo necesitaba. Como dijo Robertini, cualquier otra persona se habría aferrado a él, se habría pegado a él y no lo habría soltado. Pero yo tenía miedo, miedo de mí misma, miedo de él y miedo de todos estos sentimientos que me invadían.

Pedí una taza de té a una chica sonriente. El ambiente en este lugar era mucho más humilde y eso me tranquilizaba. Hoy simplemente había negado todo lo que ocurrió aquella noche. Todo fue bien hasta el momento en que me besó suavemente en la cabeza. En ese momento, me invadió una ola caliente. Una ola que emanaba del tacto de sus suaves labios y fluía por todo mi cuerpo.

Solo de pensarlo me sentía... Sonó un timbre, distrayéndome de estos pensamientos. La camarera se acercó de nuevo y me sonrió como si estuviera completamente relajada. Recordé los días en que solía ir a la cafetería de mi tía. Siempre me gustaba hacer sonreír a la gente. Eso era un agradecimiento mayor que mil palabras de gratitud.

El timbre seguía sonando y me di cuenta de que era mi teléfono. Era Lauren.

—Sí —contesté a la llamada con calma.

—Cariño, ¿dónde estás? —su tono era preocupado—. Te esperamos para cenar en el restaurante chino cerca de casa. ¿O sigues siendo esclava de tu jefe?

—No, ya no estoy en el trabajo. Solo estoy tomando una taza de té para desconectar. Disfrútalo sin mí, no tengo hambre.

—Bien, ¿de verdad estás bien? No estás sola, ¿verdad?

—Estoy sola y estoy bien. Quiero estar rodeada de libros... Tú sabes.

—¡Ah, sí, me había olvidado de tu pasión! Estupendo. Entonces nos vemos en casa.

Colgué y empecé a dudar de si había estado bien. Pero también me di cuenta de que no quería hablarles de mi jefe. Miré a mi alrededor. Solo había unas pocas personas sentadas. Estaba sola, pero no me sentía sola cuando estaba rodeada de libros. Me acerqué a las estanterías y miré los títulos. Mañana sería diferente, como dijo un amigo.

15. Brianna



Un nuevo día y hoy fue distinto. Ayer, estar conmigo misma me hizo sentir bien. Hoy el mundo me sonreía y yo le sonreía al mundo, especialmente a Christopher. Me estaba dando un pequeño entrenamiento. Estábamos sentados juntos delante de la pantalla, mirando a los modelos. Estábamos solos en la sala, o casi solos.

Glen no contaba. Estaba escondido detrás de otra pantalla, probablemente mirando sus fotos de vaquero parlanchín. Chris lo describía así: tenía un brief creativo y seleccionaba sus fotos.

Seleccionar y editar fotos era una parte importante del trabajo de un fotógrafo. Me sentaba con Chris, tan cerca que podía oler su perfume. Mis pensamientos se aceleraban. Estaba que ardía, mirando a un lado y al otro de la pantalla y a él con los ojos muy abiertos, asintiendo con la cabeza.

La única pregunta que me hacía era: ¿cuánto duraría? Chris, imperturbable, analizaba en voz alta cada imagen con detalle.

—Ves, aquí la luz no del todo suave empuja fuertemente al modelo lejos del fondo. Me habría gustado más la suavidad. Esta tiene un mejor aspecto.

Miraba la pantalla y no conseguía ver dónde estaba la línea. Le toqué la rodilla con la mano y le pregunté.

—¿Puedes explicarme con ejemplos y palabras sencillas dónde tengo que mirar y cuáles son los criterios?

Suspiró y sonrió.

—¿No te dio Lucy la información?

—Sí, me la dio. Ya lo he leído todo, pero tengo la cabeza hecha un lío... No puedo seguir las líneas, ni con la luz dura o cálida. Creo que tampoco sé nada de eso todavía.

—Bien, te lo enseñaré —dijo, volviéndose hacia mí—. Pero con una condición. ¿Cenamos juntos esta noche? —Me cogió de la mano—. Y profundizamos nuestros conocimientos con la práctica. Si te parece bien —añadió tras una pausa.

Al principio creí haberle entendido mal y bajé los ojos al suelo, confundida. Me golpeó suavemente en el costado y me puso la piel de gallina. Oh, sí, lo deseaba. Le deseaba. Creía tener un problema porque no podía escapar de mi jefe. No solo quería sentirle en mi cuerpo, también quería dejarle entrar en mi corazón. Esto no podía ser verdad.

Mi realidad estaba completamente confusa. Asentí con la cabeza y un calor me recorrió de pies a cabeza. Había renunciado a luchar contra esta corriente. Quería volver a sentir esta realidad irreal y él enseguida respondió. Apretó aún más su muslo contra mi pierna.

—Mira otra vez las dos fotos. ¿Qué ves? — Cambié frenéticamente de pensamiento. Intentaba recordar lo que leí en el libro...

—Al dibujo le falta luz. Las manos no están acentuadas... y así puedo sentir el contacto visual —respondí tras una pausa.

—No está mal. ¿Y la chica? —me miró—. El pañuelo que está en el centro de la composición. Se volvió hacia mí y me cogió mi pañuelo.

—¿Distrae la cara de la modelo? Como espectador, no puedo decidir qué es más importante en esta composición. ¿El pañuelo o los labios de mi heroína?

Estaba a punto de desatar el pañuelo cuando gemí.

—Recuerda, nada debe distraerse de la modelo... el resto es secundario —me explicó, guardando mi pañuelo en su bolso. Sentí su mirada deslizándose por mi cuerpo. —Es mejor así.

—Me siento desnuda —protesté.

—¿Y? —Me sonrió y sus labios estaban tan cerca de mi cara que podía sentir su aliento.

—Es una obra de arte preciosa —volví a dirigir su atención a la pantalla.

—Sí, es una imagen inquietante —intervino Christopher—. Estoy deseando que llegue la noche con las luces apagadas.

—¿Cena con las luces apagadas? ¿Interesante? —dije juguetonamente, ocultando mi verdadero deseo de estar a solas con él.

Me apretó la mano contra mí y sentí su fuerza y su pasión.

—Luego te contaré más cosas sobre los patrones de luz y sombra —me susurró—. Te daré la tarde libre y nos vemos a las ocho. Te recogeré.

—Gracias, jefe. De acuerdo, jefe —imité a Glen, que inmediatamente se asomó por detrás de la pantalla con una amplia sonrisa.

16. Christopher



Quería complacer a Brianna, pero no sabía cómo sorprenderla. Ella era lo único en lo que podía pensar. No me centraba en que se había ido del hotel sin despedirse. Solo pensaba en cuánto la deseaba. Normalmente, yo salía de la habitación, pero esta vez ella había escapado. No sabía cómo, pero quería atraparla de nuevo. Estaba loco por ella.

Lo extraño era que se mostraba tranquila conmigo, pero la veía perfectamente comunicarse con los demás. Yo era el único que la volvía loca. ¡Guapa!

La recogí en persona. Hoy iba vestida más modestamente. Llevaba un sencillo vestido morado oscuro que dejaba ver sus piernas tentadoras y zapatillas deportivas. Su pelo recogido en una coleta. Su naturalidad me excitaba.

—¡Buenas noches! —susurró, subiendo al coche—. ¿Adónde vamos?

—A un restaurante. ¿Tienes alguna otra petición?

—Sí, tengo —vaciló.

—¿Quieres ir directamente al hotel?

Eso sería lo mejor para mí, lo que anhelaba. Pero también tenía hambre, así que el restaurante era lo adecuado. Para la otra hambre, después de cenar...

—¿Un hotel? —se estiró—. No, no me refería a eso. ¿Puedes darme una vuelta por la ciudad mientras vamos al restaurante? —dijo menos entusiasmada.

—¡Perfecto! —Pasé el acelerador y Brianna chilló.

—No tan rápido —gritó, echándose hacia atrás en el asiento—. Nunca había montado en un coche así. Me da miedo.

—¿Cómo vas al trabajo? ¿Qué no has hecho nunca? ¿Puedes contarme algo sobre ti?

—Sí, claro. Un poco más tarde... Ahora salgo a dar una vuelta y disfruta del barrio. ¡Es tu turno, señor! Demuéstrame que esta ciudad es un cuento de hadas.

—Bien, pero antes me gustaría saber por qué elegiste esta ciudad en concreto.

—Yo no la elegí, ella me eligió a mí —se rió... La ciudad de los sueños que me devora.

—Entonces, ambos tenemos mucho trabajo por delante. Déjame dar una vuelta por Marina del Rey. Tú y yo estuvimos allí hace poco...

Le guiñé un ojo. Por el rabillo del ojo, vi que se ponía roja y sonreía.

Pasamos la calle Yale y giramos hacia la colina, rodeados de carteles en chino que brillaban e invitaban a entrar. Luego todo se volvió más tranquilo. Los letreros luminosos ya no brillaban tan desconsideradamente.

—Estamos pasando por delante del gran templo. ¿Has estado ya allí? —le pregunté, viendo su fascinación por todo.

Luego me miró y me preguntó.

—¿Puedo levantarme, poner las manos en alto y gritar?

—Claro.

—Solo tienes que acelerar. Ya sabes, como en las películas.

Giro en Grand Avenue y, sin coches a la vista, piso más fuerte el acelerador.

—¡Vaya! —la oí chillar—. ¡Más, más!

Solo entonces noté que no llevaba su protector pañuelo. Y ahora, por una vez, habría sido muy útil. Me encantaba observarla. La inmediatez de la acción. Reducí la velocidad en el semáforo y ella volvió a sentarse.

—¡Qué bonito! ¿Qué es esa luz de la derecha?

—Es la sala de conciertos.

—Ah, es la Sala de Conciertos de Disney, ¿no? He leído sobre ella.

—¡Exacto! ¿Lees mucho? Aquí puedes ver todas las marcas. —Me sentía increíblemente bien por complacerla—. Mira mi museo de arte moderno favorito, a la izquierda. ¿Te gusta el arte?

—Me encanta. ¿Qué más te gusta? —Me miró atentamente.

No contesté, pero en la radio sonaba una canción de jazz. Me acerqué y subí el volumen. Ella se reclinó en el asiento y, por el rabillo del ojo, la vi cerrar los ojos.

Condujimos por Grand Avenue, pasando por delante de nuestra oficina. Brianna abrió los ojos y lo miró todo con entusiasmo.

—El mundo parece diferente desde tu descapotable. Todo parece acelerarse y no detenerse ni un segundo. Los sonidos de la ciudad, los coches, las sirenas... Aún no me he acostumbrado. Es

estupendo que vivimos en una calle tranquila. Apenas podría dormir con todo el ruido y los carteles mirándome.

Su mano buscó mi hombro y llegó hasta mi cuello, acariciándolo suavemente. Mis pensamientos cambiaron a la cama y la vi desnuda delante de mí, en su belleza natural. Me entraron unas ganas locas de hacer una sesión de fotos desnuda con ella, con sus formas y curvas naturales.

Le acaricié la mano. Ella la retiró, pero aún podía sentir su calor.

Pasamos por delante de nuestro restaurante, pero no quería estropear su estado de ánimo, así que seguí conduciendo. Ella escuchaba la música y cantaba para sí misma. Solo la miré de reojo, porque las calles estaban cada vez más concurridas.

No sabía qué hacer con ella. Tenía sentimientos encontrados. Una cosa era segura: la quería. Quería olerla, oírla, gemir... pero no sabía qué prefería ella, cómo quería.

—¿Puedes ir más despacio, por favor? Tengo que acordarme de este sitio —dijo de repente, excitada.

—¿Qué es eso? —miré a un lado y vi un cartel: “La última librería”. Me gustaba ir a sitios así, sobre todo porque estaba cerca de nuestro estudio.

—Sí, está literalmente a dos pasos —asentí.

—Me encantaría saber más sobre ti. Lo único que sé es que eres un fotógrafo famoso en la industria de la moda. Eso es todo...

—¿Por qué? —Frené bruscamente porque un estúpido motorista me cortó el paso.

—Ay, eso es peligroso —le gritó al motorista.

—Estoy de acuerdo —asentí en dirección a la moto—. Soy de Nueva York, mi familia vive allí. Tengo una hermana pequeña. Tengo 32 años.

—Gracias. Todo esto lo he leído en la página web oficial.

—¿Qué quieres saber? —La miré inquisitivamente. Luego empecé a navegar por los canales de radio en busca de una melodía agradable—. Me gustas, me gustas mucho.

—Tú también me gustas —respondió con voz apagada y se apartó ligeramente de la ventana.

Encontré algo de música electrónica y subí el volumen.

17. Brianna



—¿Sabías lo que se necesita para manejar un buen restaurante?

—No, no trabajo en eso, pero me interesa. Cuéntame.

—¡Un nombre pegajoso, buena comida, delivery, catering y clases maestras!

—Quizá tengas razón. Sí, todo eso es necesario. Pero para mí, en Los Ángeles, lo más importante son las vistas.

Estábamos en el piso 15, y Chris nos dijo que había un bar abierto en el 16. ¡Increíble! El interior del restaurante estaba decorado con colores vivos. También podías sentarte afuera, pero adentro era más cómodo por el aire acondicionado.

Los camareros eran amables y educados. Miré la ciudad a través de las ventanas panorámicas y nuestro reflejo. Éramos tan hermosos. Me recordaba al dicho del Sr. Parker: ¡La felicidad embellece a las personas!

Christopher estudiaba el menú con atención, y yo lo observaba a él en el reflejo. Le sugerí que eligiera por mí, ya que él sabía mejor lo que quería.

Me preguntó mis preferencias, pero no lo sabía. Parecía que me gustaba todo. No tenía alergias y no era exigente con la comida. Asentí alegremente a todas sus preguntas. El ambiente del restaurante nos hacía sentir felices a todos. El personal, las plantas y el mobiliario también transmitían el prestigio y la grandeza del lugar.

Me recliné en la silla y pensé en Lauren. No tuve el valor de decirle la verdad. Ella pensaba que era un trabajo en un evento. Le pedí un vestido y huí de mi ciudad con solo mis pañuelos y libros.

Había mucha gente, pero no se sentía abarrotado ni desordenado.

Mi vida, llena de glamour, parecía un cuento de hadas. Christopher hizo el pedido. Observándolo, parecía un cliente frecuente.

Me entregó el menú y vino a mi lado.

—Mira —señaló—. Para ti, tartar de atún.

Los ingredientes eran: aguacate, ponzu, aceite de guindilla, pepino, rábano, chips de gyoza. Sonaba delicioso, pero su proximidad me distraía.

—Para mí, ensalada César con gambas.

—¡Gracias! —dije, sintiendo su calor y la electricidad en mi cuerpo. Asentí mientras seguía describiendo lo que había pedido.

El camarero trajo vino blanco y explicó:

—Chardonnay, Chateau Montelena, del valle de Napa, California.

Me sentí incómoda en ese ambiente sofisticado. Bajo la mirada de Chris, giré la copa. El vino era claro, con un matiz dorado verdoso. Lo olí: fruta y un sutil aroma a canela y miel.

Miré a Christopher. Él también olía mi vino. Quería darle mi copa para que lo probara, pero el camarero le sirvió una a él. Probamos el vino al mismo tiempo.

Sentí frescura y profundidad. Nuestros ojos se encontraron, llenos de intimidad. Asentimos juntos y el camarero llenó nuestras copas.

No quería comer, solo quería su tacto. Sentí su mano en mi rodilla y el hormigueo subió hasta mi cadera.

—Por cierto, gracias por el perfume que me regaló Tina. —dije—. Ya lo estoy usando.

—¿Te gusta?

—Sí, es divino.

—Me alegra. Me lo regalaron en un rodaje y ahora tú lo llevas. Eso lo hace perfecto.

Cuando llegó la comida, mis pensamientos nadaban en lujuria. Toqué su mejilla y él besó mi mano, señalando la comida.

—Cariño, probemos estas delicias.

—Hay tanto —suspiré, retirando la mano.

—Esto es solo el principio.

—Christopher, por favor. —dije, llamándolo por su nombre por primera vez desde aquella noche.

Empecé a comer. Hablamos de trabajo y amigos. La música era relajante y el vino me hacía sentir bien. Pude hablar con él como nunca antes.

De repente, sonó su teléfono. Chris miró la pantalla.

—Perdona, tengo que contestar.

Se levantó, y sentí que no pertenecía a ese mundo. Cuando volvió, parecía preocupado.

—Tengo que irme enseguida.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—No. Aquí tienes mi tarjeta de crédito. Paga la cuenta o sube al bar. Hay suficiente dinero en la tarjeta.

—Quizá merezca una explicación.

—Te lo contaré todo después. No hagas planes para el fin de semana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Estaba sola, mirando la mesa. Un comienzo prometedor, una mesa elegante con comida estupenda. Pero había perdido el apetito. Me levanté, sintiendo que no pertenecía a ese lugar con ese hombre tan guapo. Mi alma estaba perdida en este sueño.

18. Christopher



Era bonito ver la vida cotidiana a través de los ojos de Brianna. Se sorprendía y alegraba de verdad, incluso en los días ajetreados. Veía cosas bonitas a su alrededor.

Fui a recogerla, igual que nuestra última noche, pero ahora cerca del mediodía. El sol aún no estaba en su punto más alto. Brianna se sentó a mi lado en el coche y, sin preguntar, subió el volumen de la música. Llevaba un vestido de algodón azul claro y gris. Su pelo estaba recogido en una maraña desordenada que le daba un aire infantil y encantador.

—¡Tengo una sorpresa para ti! —dije, y la besé en la mejilla.

—¿Qué será? ¿Me llevarás al desierto a que me ataquen tigres rabiosos?

—Tal vez. Es una sorpresa —saqué el pañuelo que le había quitado del cuello hacía unos días.

—¡Oh, gracias! Lo había olvidado —dijo contenta.

—Te lo pondré, pero esta vez te vendaré los ojos.

—No, así no. ¡No! Me marearé —protestó.

La miré fijamente y sus ojos se oscurecieron.

—¿Confías en mí?

—Sí —susurró, respirando más rápido.

Le tapé los ojos con el pañuelo. Sus labios se abrieron ligeramente.

—¿Va todo bien?

—Sí, confío en ti...

La besé ligeramente en los labios, lo que la hizo estremecerse.

—Vamos —grité y arranqué el motor—. ¿Sabes por qué a los niños les resulta más fácil aprender cosas nuevas?

—¿Por qué? —preguntó.

—No han perdido la capacidad de asombro. La curiosidad los impulsa. Son como tú, siempre preguntan: ¿por qué?

—Sí, es mi pregunta favorita. ¿Por qué las mariposas tienen alas moteadas? ¿Por qué las hojas cambian de color? ¿Por qué tengo los ojos vendados en un coche y no puedo ver la ciudad?

—Ya conoces el recorrido. Este es un viaje diferente. Los adultos creen saberlo todo y no ven el sol ni las nubes reflejadas en los charcos.

—Sí, estoy de acuerdo. Quiero ver y experimentar.

—He decidido seguir explorando. Los adultos creen saberlo todo. Un arco iris es un espectro, un rayo de sol es un reflejo. No se puede explicar todo lo que ocurre en nuestro planeta.

Brianna suspiró y se estiró.

—No puedo explicar mi deseo de estar contigo. Me haces ver el mundo como una niña.

—Intenta usar más tus otros sentidos. ¿Puedes sentir la luz en tu piel, oír los coches?

Miré a Brianna, parecía que no respiraba. Se inclinaba hacia delante y me escuchaba. Me detuve en otro semáforo y le toqué la rodilla. Se estremeció.

—Está bien perder la capacidad de sorpresa —respondió Brianna—. No recuerdo quién lo dijo.

—Quiero sorprenderte. Eres especial por cómo exploras el mundo. Te encantará.

—¡Gracias! —dijo en voz baja.

Nos detuvimos y le abrí la puerta.

—¿Puedo quitarme ya el pañuelo? —preguntó.

—No, yo lo haré. Ten paciencia y respira hondo.

La rodeé con el brazo y caminamos lentamente. Al principio dio pasos cautelosos, pero confiaba en mí.

—Huelo al océano. ¿Estamos en la playa?

—Casi —respondí.

—Estoy a punto de explotar. No puedo estar tanto tiempo con los ojos cerrados.

—Puedes hacerlo, llegaremos enseguida —la tranquilicé.

Caminamos unos pasos más. La levanté en brazos y ella exclamó suavemente. Luego la dejé en el suelo y le quité la venda.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué bonito! ¿Lo has hecho solo para mí?

—Sí, es mi pequeño secreto.

—¡No es pequeño! ¡Es enorme! ¡Es un barco!

Brianna miraba maravillada. Me alejé para hacer unos preparativos.

—¿Estaremos solos?

—Nos acompañan el viento y el mar.

—¡Qué bonito! ¿Y el capitán?

—Yo soy tu capitán. ¿No te basta?

—¿Sabes hacerlo? —preguntó preocupada.

La abracé para calmarla.

—No te preocupes, salgo en el barco casi todos los fines de semana.

Mis palabras surtieron efecto. La abracé más fuerte y la besé. Sus manos me acariciaron la espalda. Seguimos besándonos mientras sentía su cuerpo pegado al mío. Quería saborear el momento.

—Tómate tu tiempo para mirar a tu alrededor mientras preparo el barco para salir.

—¿Es todo tuyo? ¿Tienes tu propio barco privado?

—Sí, y esta noche es todo nuestro. Ponte cómoda.

—Estamos sobrepasando los límites.

—¿Qué?

—Una expresión de un conocido mío.

Me puse manos a la obra y cuando levanté la vista, Brianna estaba en la barandilla, observándome. Estaba orgulloso de mi barco, su elegancia, maniobrabilidad y espacio.

Quería enseñarle Los Ángeles desde el mar. La miré y sonreí. Ella había desencadenado algo en mí. La deseaba totalmente. Puse música de jazz relajante.

—Te gusta el jazz, ¿verdad? Tengo un bañador para ti abajo.

Bajé y la oí gritar de alegría.

—¡Es una casa entera! ¡Cuánta luz!

Salimos del puerto. Puse el barco en automático y bajé con ella. La casa tenía techos altos y un gran vestíbulo. Brianna miraba maravillada.

—He eliminado todas las barreras visuales para tener el mar justo delante. ¿No es estupendo?

No contestó, pero seguía maravillada.

—Aquí tienes crema solar y toallas. Coge lo que necesites.

Cambié mi ropa por un bañador. Cuando volví, Brianna seguía sonriendo débilmente. Me acerqué y la besé.

—Necesito más tiempo.

—Yo también.

Subió a la cubierta superior. El bañador burdeos y el pareo negro le quedaban perfectos.

—¿Te pongo crema hidratante? —preguntó.

—No puede hacerle daño.

Traje champaña.

—¿Puedo hacerte una sesión de fotos? Eres tan sexy.

Se acercó y me tocó el estómago.

—Tú también —dijo, acariciándome.

Le quité las gafas de sol y la miré a los ojos. Tan hermosa como una vista del mar. La deseaba. Su mano me masajeaba.

Mis dedos buscaron sus pezones. Ella apretó más fuerte y ambos gemimos. La llevé a la cama. No quería precipitarme, quería saborear el momento.

Quería capturarla con mi cámara.

—Dame tiempo —dijo—. Aún no estoy preparada.

—¿Te gusta mi yate?

—Sí, nunca he visto uno tan bonito.

Nos reímos juntos. Estaba tan relajado con ella.

—¿Vives aquí?

—No, pero me gusta estar solo y navegar. El mar me tranquiliza.

—¿Por qué? ¿Te estresa tu trabajo?

—No, me encanta. Pero no siempre fui fotógrafo de moda.

—¿Qué hacías antes?

—¡Mira los delfines! —Señalé.

—¡Delfines! ¿Dónde? ¡Enseñámelos!

Apagué el motor y balanceamos sobre las olas. Los delfines vinieron a saludarnos.

—¿Sabías que un delfín rescató a una mujer en la costa de Los Ángeles?

—Sí, lo he oído.

—Mira, hay un delfín pequeño.

Reinicié el motor y atracamos en una bahía. Nos dimos un chapuzón en el agua cristalina. Los ojos de Brianna brillaban.

Subimos bocadillos y frutas. Brianna empezó a hablar de su ciudad, Bakersfield, de su tía y del Sr. Parker. Me alegraba que hablara conmigo como con los demás.

Disfruté viéndola comer gambas en salsa de ajo y ensalada de aguacate. Era diferente de las chicas con las que a veces pasaba las tardes. Era especial en su naturalidad. La quería solo a ella.

La cogí de la mano y la llevé al cubículo. Ella también me deseaba. Empecé a masajearle suavemente los hombros. Brianna aceptó el contacto.

Le quité el bañador y exploré su piel desnuda. Mis manos encontraron sus pechos y su culo. Estaba lista para mí.

Me quité los pantalones y la penetré lentamente. Ella se movió al mismo ritmo. La besé y vi sus ojos brillantes.

La llevé a la cama y seguimos entregándonos al éxtasis. Nos quedamos tumbados, exhaustos, y dejamos que el movimiento de las olas nos arrullara hasta dormirnos.

19. Brianna



Sentía y vivía cada segundo con Christopher. No quería que terminara. Una y otra vez, quería entregarme por completo a cada momento con él. Mis sentimientos por él eran lo que definía mi vida ahora.

Ayer casi me ahogué de emoción. Nunca había experimentado algo así. Nos dormimos al ritmo del balanceo del barco, como en el regazo de mi madre. Me sentía tranquila y dulce, y podía sentir su calor a mi lado. No me atrevía a moverme porque era una sensación maravillosa.

Incluso cuando desperté, Chris seguía a mi lado. Moverme podría arruinar el hermoso momento, así que me quedé muy quieta. Tal vez seguía soñando. Apenas respiraba, para que este momento nunca terminara.

Él, infinitamente tierno, estaba tumbado a mi lado, dormitando despreocupado. Fue una estupidez dejarlo solo en el hotel.

Christopher había pensado en todo: trajes de baño, pareos y sombreros. Se movió ligeramente y abrió un ojo. Una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Buenos días, princesa!

—Buenos días —susurré.

—Es un poco más difícil salir del yate. Me alegra que estés aquí —dijo, tirando de mí hacia él.

—No soy buena nadadora —murmuré.

—Tenemos muchas cosas planeadas para hoy. Deporte, desayuno y un curso de fotografía... Además, tengo mucha, mucha hambre —dijo, mordisqueándome suavemente el hombro.

Me envolví en una sábana y salí a cubierta, donde aún hacía frío. Me quedé sin aliento cuando el sol acababa de salir por el horizonte. Sólo había pasado la mitad del fin de semana y ya estaba abrumada por tantas maravillosas impresiones.

A la izquierda se veían las montañas y a la derecha, una línea interminable en el horizonte. Era difícil ver dónde se separaban el agua y el cielo. Había algunos yates y veleros en la bahía, pero no estropeaban la sensación de que todo esto ocurría sólo para mí.

Respiré hondo y empecé el día con aire de mar fresco y limpio... y con Chris. Mi corazón estaba lleno.

Intentaba explicarme cómo hacerle una foto. Me describía dónde buscar el ángulo y cómo enfocar la luz. Intentaba concentrarme, pero aún no lo hacía bien. Sentía su calidez cuando se acercaba y comprobaba mi encuadre. Mi interior se alegraba.

Me explicaba incansablemente, con ejemplos de la naturaleza, dónde buscar soluciones atípicas. Cómo aportar emociones en lugar de un simple plano. Esa información era nueva para mí. Siempre pensé que las fotos solo debían ser bellas y ya está.

Era fotógrafa y modelo al mismo tiempo. Me guiaba por el barco, haciéndome sentir como una estrella y, al mismo tiempo, enseñándome lo que hay detrás de las cámaras.

Hoy llevaba un bañador amarillo. El color era un dorado brillante y llevaba un turbante hecho con un pareo. Sí, ¡hasta el más mínimo detalle! Chris lo tenía todo perfectamente preparado. Se ocupaba de todo y, sobre todo, de mí.

—Brianna, mira las montañas. Busca las líneas y conéctalas con el barco de allí.

Miré a través del objetivo y no entendía. La montaña, la línea... Sentía su aliento en mi hombro y luego sus labios. Me concentraba... no, mi cuerpo concentraba toda su energía, pero no en la foto.

—Cariño, aquí está la línea del cielo. La montaña nos muestra una pirámide. No te limites a trazarla. Busca un ángulo para que el barco se convierta en una continuación de la línea. No siempre tienes que colocar nuestro objeto en el centro, incluso puedes cortarlo por la mitad.

—¡Genial! Sí, ya lo tengo.

—¿Tienes alguna idea más para este objeto? —preguntó Chris, mirando las montañas.

—Sí, quizá deberías poner el velero en las montañas.

—¡Genial! ¡Simplemente genial! Lo estás haciendo muy bien. Creo que pronto podrás seguir mi ritmo. Y nos separaremos como la familia de Diane Sandía.

Me reí.

—Primero estoy aprendiendo a lidiar con eso. ¿Y qué clase de familia somos? —Me divertía mucho en su presencia, con sus elogios y con el hecho de que me daba confianza en mí misma.

No pensaba en las consecuencias. Vivía el momento. Como un destello, ¡corto, pero increíblemente intenso! ¡Nada más importaba!

Después del curso de fotografía, me tumbé al sol mientras Chris cumplía su papel de capitán. Me rodeaba una sensación de plena satisfacción.

Al mirar el reflejo del agua, veía a otra persona. Las olas distorsionaban mi imagen, pero eso no impedía que estuviera radiante. Estaba tan saturada por el sol que parecía penetrar profundamente en mí y ahora yo misma era el sol.

Me metí en el agua templada, que después del cálido baño de sol era refrescante. Mi cuerpo estaba caliente, suave y mi piel tensa. Poco a poco, segundo a segundo, empezaba a hundirme en el espacio divino. Sentía que formaba parte del agua y que me movía con ella. Una suave ola me sumergía en esta otra realidad.

Las partículas de mi conciencia se disolvían en el agua resplandeciente y atravesaban la frontera de la alegría. El agua azul y pura me envolvía a cada segundo y yo era una con ella. Esta realidad era mía, no la de mi amigo ni la del hombre del barco de al lado. Tampoco la de las parejas que paseaban por la playa.

¡Era todo mío!

Como una amante celosa, hoy no quería compartir mi realidad con nadie. Solo el agua que me tocaba y yo. Parecía que violaría mis límites de sensualidad si compartía esto con los demás. La situación era íntima, con toques, caricias e invitaciones. El agua movía todas las células de mi cuerpo y yo sonreía como una niña, completamente pura, ajena a la amargura de la traición.

Me tumbé de espaldas en el océano y cada ola tenía un poder diferente. Como un buen amante, el movimiento de las olas a veces era más firme o más rápido y otras veces me acariciaban suavemente. Por primera vez en mi vida, disfrutaba de estar flotando en el agua.

Al subir a bordo, vi a dos personas desconocidas. Al principio me pregunté cómo había ocurrido esto porque, como de costumbre, Christopher no me había explicado nada. No sabía quiénes eran ni por qué estaban allí. Vi un pequeño barco a un lado. No lo había notado cuando emergí de las olas del placer.

Avergonzada, fui a la cabina. Me duché y cambié de ropa. Ahora estaba lista y subí a ver a nuestros visitantes. Tal vez eran de un barco vecino. Vi a uno de los hombres trabajando en la cocina, chisporroteando y picando algo.

Chris también se había cambiado de ropa. Llevaba una camisa clara que daba juego con mi vestido. También llevaba pantalones beige, con las piernas remangadas para que se le vieran los tobillos desnudos. Tenía un aspecto increíblemente sexy.

Sonaba música en cubierta y, al mirar a mi alrededor, empecé a comprender. Uno era cocinero, el otro saxofonista... Me faltaban las palabras. Miré a Christopher, que me observaba

atentamente y sonreía. Se me llenaron los ojos de lágrimas de alegría. ¡Qué celestial era!

La música hacía el ambiente aún más romántico. Tomamos asiento en la cubierta superior y el chef hizo una breve presentación de sus exóticos platos. Para ser sincera, no entendía ni la mitad de las palabras que decía. Miraba a Christopher y pensaba que podría ser el compañero perfecto. Nunca nadie había hecho eso por mí.

Quizá era diferente después de todo y solo estaba interesado en mí. Los invitados hicieron lo suyo y volvieron a desaparecer. Nosotros permanecemos juntos, nos acercamos, nos susurramos al oído y nos tocamos suavemente.

20. Brianna



Tina me hizo un tratamiento de belleza. Hoy es un día inusual en el trabajo. Trabajamos en Runway y seguimos el flujo de trabajo.

—¡Una panda de locos de la moda! —comentó Tina. También ella necesitaba un poco de ayuda.

—¿Fuiste a la playa el fin de semana? —preguntó Tina—. Tienes una piel bronceada tan bonita.

—Sí —respondí, y mi sonrisa se ensanchó.

Quería contarle más. No solo estuve en playas solitarias, sino también en hermosas bahías. No sé qué hacer con mis sentimientos, burbujan. Quiero compartirlo con el mundo, con ella. Pero Christopher dijo que no debía decírselo a nadie todavía. Confío en él.

—¿Dónde está el Sr. Carter? Aún no le he visto hoy.

—Llegará pronto. Glen se llevará todo lo que necesite.

Casi se me escapa demasiado. Cuando nos despedimos anoche, me dijo que tenía algo que hacer. No podía decirlo en voz alta.

—Claro, un hombre tan guapo como él no puede tener otra cosa que hacer que trabajar, pero también hay cosas amorosas.

—Sí, supongo —me removí en la silla.

—Últimamente ha cambiado mucho. Habla y ríe más. —Tina me miró—. ¿Sabes de qué se trata?

—No —me estiré—. Quizá sea un frenesí creativo.

Si decía una palabra más, me rendiría y se lo contaría todo a Tina. Mejor me contengo: ¡ugh!

Estoy entusiasmada con todo lo que está pasando. Tina me hizo una coleta estilo años 70. Todos dicen que si has estado en Runway, tendrás un marcador en la cabeza para siempre.

Al acercarme al edificio, percibí una atmósfera extraña. Al entrar, no tenía ni idea de dónde estaba. Todo brillaba y los colores me deslumbraban. Había visto esta extravagante combinación en televisión, pero experimentarla en vivo era increíble.

Una chica llevaba plumas blancas en la cabeza y una falda a juego. Parecía un avestruz decapitado. Un joven con un sujetador piramidal dorado, su dignidad oculta por otra pirámide mayor. El crujido del plástico me llevó en otra dirección. Una chica con un conejo y una variedad de perfumes. Me quedé boquiabierta.

—¿Qué te parece? —Tina se acercó con su maleta—. ¿Es bonito?

—Ni siquiera sé —tartamudeé—, si me gusta o no.

—Te acostumbrarás y te gustará.

—Creo que soy la mejor vestida aquí. —Miré a Tina—, y tú y Glen.

Mis ojos se ajustaron lentamente y pude distinguir quién estaba dónde. Glen se acercó a nosotros.

—Nuestra tarea hoy es buscar fotos interesantes, preferiblemente sin posar. Toma tu cámara.

—No me han dicho que vaya a hacer fotos.

—Todos lo hacemos. Cuanto más, mejor. Solo tienes que encontrar el ángulo adecuado para el modelo sin que se dé cuenta.

—Pero Chris dijo...—tartamudeé y dejé de hablar.

—¿Qué? —preguntó Tina.

—Bueno, es que no me lo ha dicho.

—En caso de duda, pon el automático. Así no la romperás —dijo Glen.

—Gracias. Lo recordaré.

No quería que se me estropeará el humor. No sabía mucho de los desfiles de moda. No solían durar más de 30 minutos. Algo que Christopher y yo habíamos visto en nuestro primer evento juntos. Pero sabía que el desfile de moda era muy importante para todas las modelos, la gente de Internet y los diseñadores. Daban forma a la industria de la moda moderna. El desfile de moda es clave para el éxito.

¿Qué estoy haciendo realmente aquí?

Ahí es donde vi a Christopher. Estaba allí para salvarme. Mi corazón empezó a acelerarse. Se acercó a mí y me besó automáticamente. Le miré con esperanza.

—Aquí tienes un poco de práctica.

Me preguntaba si lo estropearía todo y, mientras tanto, Chris nos dividió en sectores.

—Eres mi ayudante, ¿verdad? Aquí no tenemos a nadie que no sea profesional. No lo olvides —dijo, como si hubiera leído mi pensamiento.

Enfatizó su afirmación con frialdad e indiscutibilidad.

El resultado de la vida también es una elección coherente. Recordé las palabras del Sr. Parker mientras cogía mi cámara. Ya estaba allí, era mi elección. Con una rápida mirada a Christopher, me di la vuelta y me dirigí a mi cuadrante con los modelos inusuales.

Recordé lo que mi jefe me dijo sobre la composición y el color. Tenía la cabeza hecha un lío.

“Concéntrate, Brianna” me dije. Sí, eso es, mirar, modelar, fijarme en un detalle o en una línea. Los pensamientos se interrumpían por otros pensamientos, de suspiros suaves y besos apasionados, de ayer. Apunté con la cámara a una de las chicas de la bolsa de plástico de los supermercados y apreté el gatillo.

Sí, es interesante. Me uní a las modelos y me sentí como si estuviera en su lugar. Me resultó muy fácil. Me salió de forma natural. No les pedí que se dieran la vuelta. Presté atención al ángulo y a la forma, como aprendí ayer. No soy una buena fotógrafa, así que no pensé en el mensaje que transmite cada modelo y cada foto. Me puse en el lugar de Christopher y miré el mundo a través de sus ojos, a través de su objetivo.

Los modelos ya estaban caminando y yo seguía fotografiando. Christopher no se me acercó ni una vez para preguntarme cómo lo estaba haciendo. Sin embargo, soy su empleada.

Tina se acercó a mí.

—Vamos, ya hemos terminado.

—¿Cómo estás? Te he estado observando desde fuera. Pareces llevar cinco años en este negocio... —Tina me animó y me dio unas palmaditas en el hombro.

Miré su mano sin entender. Estaba desolada. ¿Por qué no había acudido a mí en busca de apoyo? ¿Dónde estaba ahora Chris? Le necesitaba. ¿Por qué estaba la mano de Tina en mi hombro y no la suya? ¿Por qué?

—Gracias. Creo que estoy cansada. Ha sido muchas emociones hace un momento.

Nos reunimos con los demás y vi a Chris explicando algo a Glen.

—Reconocimiento del nombre, imagen, objetivos de marketing. ¿Lo tienes en la cabeza? Piénsalo y dímelo mañana.

—¡Sí, jefe!

—¿Cómo le va a nuestra nueva empleada? —Se acercó a mí—. ¿Va todo bien?

Respondió a su propia pregunta.

—¡Sí, todo va bien!

—Mañana, tienes que elegir las fotos. Glen te ayudará. El sector de la moda no está en su mejor momento. Tenemos que movernos rápido.

—¡Vale, jefe!

Christopher se dio la vuelta y estaba a punto de marcharse cuando se le ocurrió otra cosa.

—Oh, Brianna, desde hoy tienes coche con chófer. No quiero que mis empleados se pongan en peligro en las carreteras.

—Gracias —expresé. Ya había planeado en mi cabeza una ruta a casa con él, pero probablemente hoy no.

—Tina, por favor, explícale más cosas a esta joven. Creo que está dispuesta a seguir cooperando con nosotros. Ya le he dejado toda la información necesaria a Lucynda.

Quería decir algo más, pero se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la salida.

Mi cabeza estaba aún más confusa que cuando entré. Le di la cámara a Glen y me dirigí rápidamente a la salida.

—Os espero fuera —dije rápidamente a mis colegas—. Necesito un poco de aire fresco.

Las palabras se filtraban en mi cabeza. Respiraba con dificultad y mis pensamientos rebotaban. ¿Quizá solo era una prueba? ¿Quizá estaba soñando? Tenía que ver el lado positivo. Trabajaba allí, estaba asegurada... ¿Qué más podía pedir? Me cuidaba y me había dado un chófer.

El aire fresco me ayudaría a relajarme. No quería parecer disgustada delante de mis colegas. Fuera, me encontré con una multitud de gente y paparazzi amontonados frente a la entrada. Aquí es donde aparcaban los coches caros para que subieran las modelos con sus ridículos trajes. De repente vi a Christopher entre la multitud, hablando con una mujer. No la había visto dentro. Cerré los ojos un momento, pero sin duda era él.

No sabía si la había visto antes. La rodeó con el brazo, la besó en la mejilla y se fueron cada uno por su lado. No podía evitar la vaga sensación de que, después de todo, todos los hombres eran iguales. Sentí un pequeño pinchazo en el pecho. Glen y Tina salieron y nos dirigimos al coche. Me sentí paralizada, incapaz de decir una palabra.

21. Christopher



En el mundo actual, se demandaban ideas muy singulares. Como fotógrafo, tenía que adaptarme a lo relevante. A veces, me involucraba en estudios de BDSM, donde el dolor era protagonista, pero siempre con mutuo consentimiento y precaución. Investigaba mucho sobre esta disciplina antes de comenzar. Quería capturar las emociones adecuadas y transmitir el placer en el dolor.

Ese día, tenía a Brianna a mi lado. Estaba ansioso por ver su reacción. No quería que mucha gente supiera sobre estas sesiones. Brianna había sido muy profesional en el desfile de Runway, pero no me había dirigido ni una mirada. Probablemente estaba absorta en su trabajo.

Cuando Brianna entró en la habitación semioscura, mi atención se centró en ella. Algunos creían que era perverso atar y azotar a tu amante, pero esperaba que Brianna no fuera una de esas personas que juzgaban.

Brianna se acercó y miró la pared roja donde se habían instalado un par de focos. Esperé su reacción.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó.

Nos pusimos a trabajar. Me saludó fríamente y parecía confusa. Me molestaba no saber lo que pensaba.

—¿Estás bien?

—Es muy... bonito y sexy —afirmó.

—Estamos esperando a que las modelos estén listas y luego empezaremos.

—De acuerdo, jefe —me guiñó un ojo al estilo Glen.

Sonreí al darme cuenta de que estaba jugando. Mi cámara y mis accesorios estaban listos.

Ese día había unas modelos especialmente guapas. Una morena con lencería de encaje negro y correas de cuero. Llevaba una máscara sobre los ojos. Un hombre rubio en calzoncillos negros lacados y con una correa alrededor del cuello estaba a su lado. ¡Una combinación de dolor y placer!

Las modelos estaban listas. La exhibición de poder y el efecto de dominación eran fascinantes. Siempre prefería un ambiente íntimo para obtener emociones reales e imágenes vívidas.

No perdía de vista a Brianna. Quería sentirla cerca, pero estaba en las sombras y me costaba captar su mirada. No aguanté más y la llamé. Vino hacia mí y sentí su calor. Le susurré al oído:

—Mira a la cámara. Quiero tu opinión. ¿Qué podrías añadir o cambiar?

Ella miró la pantalla, inmóvil. Luego se mordió el labio y se volvió hacia mí.

—Para mí, falta un poco más de pasión en la chica. Parece una muñeca.

Comprobé lo que había dicho. Tenía razón. Les di unas cuantas instrucciones y la imagen cobró vida.

—Brianna, por favor, mueve la lámpara un poco a la derecha para iluminar más su cara. Ponla en la sombra. Luego vuelve conmigo.

Ella asintió y se marchó. Su presencia me provocaba más que las modelos.

Para mí, esa sesión de fotos debía parecer dura, pero era excitante porque Brianna añadía buenos detalles. Me daba cuenta de lo que decía y comparaba las dos fotos. La versión de Brianna parecía más real. Me interesaban sus fantasías. Quería conocerla mejor.

Observábamos, fascinados. Sus ojos brillaban como los de un depredador. Movía las luces con confianza. Había aprendido a usarlas bien. Tras unas cuantas escenas más, las modelos pidieron un descanso. El aire se estaba calentando demasiado.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—¡Caliente! Las modelos son muy apasionadas. Se nota que les gusta.

—¿Y a ti? ¿Te gusta?

—No lo sé. Me lo estoy pensando. Quizá me gustaría probar algo, pero no estoy segura de que me gustara todo.

—Lo más importante es que seas sincera con tus deseos y límites.

—Lo comprendo. Es importante no tener miedo. Se me permite ser abierta y sincera y expresar mis deseos, ¿verdad?

—¡Dios, cómo te deseo!

Le cogí la mano y acaricié sus dedos con los labios. Ella se acercó más, pero se retiró. Las modelos volvieron y ella se concentró en ellas. Su mirada fija lo analizaba todo. Ya no tenía

miedo de mirar. Aún había muchas cosas que quería decirle, pero el trabajo podía esperar.

Los rodajes allí siempre habían sido calurosos, pero esa vez era diferente. No porque el paisaje me excitara más, sino porque cada vez que Brianna se acercaba, algo se agitaba en mis pantalones. Me costaba controlarme. Estaba contento cuando terminamos y recogimos.

—Esto es como la vida normal, solo que aquí es más pronunciada —comenté sobre el día.

—Sí, lo lleva al extremo y no exime a ninguno de los dos de sus responsabilidades.

Brianna suspiró y sentí su serenidad. Exigir a un compañero en quien puedes confiar y con quien puedes abrigarte no siempre es lo mismo que exigir a alguien en el trabajo. Miré a Brianna para ver si podía abrirse a mí. Era uno de esos días que me hacían pensar en el espectro de mis sentimientos. Y cuando la miraba, veía que también estaba pensativa.

22. Brianna



Hacía tiempo que quería ver el Observatorio Griffith ¹. No es que fuera fan de "La La Land" ², pero me gustó la película por el jazz. Además, este lugar estaba en mi lista de cosas pendientes.

Robertini, Lauren y yo planeamos visitarlo. Aún no habían llegado. Salí de casa un poco antes porque quería visitar la atracción con Chris, pero dijo que estaba demasiado ocupado.

Después de la última sesión caliente, me alegraba un poco tener un descanso. Me di cuenta de que aún no estaba preparada para confiar en él. Era atractivo y los momentos con él eran perfectos, pero empezaba a pensar más en nuestra relación. En el trabajo, nos tratábamos como colegas. Él estaba rodeado de modelos y chicas guapas. La imagen de esa mujer elegante me vino a la mente. Me toqué el pañuelo. ¿Por qué pensaba en esto ahora?

Mis amigos llegaron y me sacaron de mis pensamientos inútiles. *¿Quién era él y quién era yo eran mundos aparte? Pero ese fin de semana en el mar... ¡Dios mío! ¡Qué diferencia con mi realidad!*

—¿Cómo estás en esta hermosa ciudad? —Robert extendió la mano y me besó en la mejilla.

—Bien, todo va bien.

—Lauren me dijo que pasaste un fin de semana fantástico.

—¡Sí, fue genial! Rudy estuvo genial...

—Ahaa, ja —exclamó, poniéndome el dedo sobre la boca—. Extraordinario. Habla, nena. No fue Rudy, ¿verdad?

Me quedé callada. No estaba preparada para hablarles de Christopher. ¿Qué pensarían de mí? Ni siquiera yo sabía qué tipo de relación era. Además, había dicho que no había más hombres en mi vida.

—¿Por qué dices eso? —Miré a Lauren. Ella sonreía.

—Rudy es gay. Te dije que conocía a todo el mundo en esta ciudad. Trabaja para otra agencia de modelos y me acordé de él.

Me cubrí la cara con las manos. Recordé lo que me había dicho Lucy: todo lo que pasa en el estudio se queda en el estudio. No sabía si eso también se aplicaba a Christopher. Pero como él y yo nos comportábamos de forma extraña en el despacho, decidí que debía ser así.

—Robert, déjala en paz. No quiere hablar. Deberías contarle de tu nuevo conocido.

—Lo siento. En realidad no es Rudolph. Es que ahora mismo no estoy preparada para esto. No puedo. Ya os lo contaré —dije avergonzada—. Me da vergüenza, pero no puedo. Me apoyas tanto y yo...

—Sí, relájate. No pasa nada. Lauren me dijo que ahora te llevarán al trabajo. Es estupendo. Espero que no te arrepientas de haber aceptado el trabajo.

—Sí, es un trabajo muy interesante —comenté, pensando en la habitación roja—. Estuve en Runway. Me entregaron una cámara y me dijeron que me pusiera a trabajar.

Pensando en el evento, me preguntaba de nuevo quién era la mujer que estaba con Christopher.

—¡Vaya, nena! ¡Cuántos eventos! El desfile de moda privada, las fotos... Eres una chica con suerte.

No quería ver a Christopher con otra mujer. Me molestaba. No creía que funcionara. No era solo sexo, ya me había enamorado demasiado de él. Pero me lo imaginaba besándola y se me caía una lágrima. No quería eso, no otra vez.

Cuando fuimos al observatorio, se cumplió mi deseo y empecé a brillar de nuevo. Me movía a un ritmo relajado, con alegría. Lauren me miraba y sacudía la cabeza.

Recorrimos las primeras salas de exposición. Estaba asombrada de lo que ofrecía nuestro universo. Parecía que había demasiadas cosas a la vez. Por eso me alegró cuando Lauren sugirió:

—¿Qué tal un descanso? Sentémonos en la cafetería y disfrutemos de las vistas. ¿Qué te parece, Brianna?

—Sí, es genial. Llevo mucho tiempo queriendo venir aquí. Es sobrecogedor.

—Ten miedo de lo que deseas, porque puede hacerse realidad —comentó Robertini.

Me acerqué a él y lo abracé. ¡Qué agradable era vivir en esta ciudad enorme y a veces sin alma! Paseamos juntos y me relajé. Podía pasar el día con mis amigos. Alejaba mis miedos y pensamientos negativos, y podía sonreír.

—No puedo creer que este edificio exista desde hace más de 85 años y que el espacio sea ilimitado desde hace miles de millones de años. Estamos en el observatorio y nos alegramos de

no tener que hacer mucha cola delante del telescopio. Solo hay una pequeña cola.

—Sí, podemos mirar las estrellas gratis. Aunque no hace falta, ya que nosotros mismos somos las estrellas —dijo Robertini.

Decidí que ya no quería una relación porque era demasiado dolorosa. Tampoco iba a pensar más en ello. Solo fue buen sexo, condenadamente bueno. Aún me avergonzaba delante de mis amigos no contarles, pero eran muy comprensivos. ¡Este era el final! Sonreí al recordar al Sr. Parker. Lo echaba de menos.

El planetario, los telescopios, el espectáculo de los cometas, la importancia de los planetas y del universo. ¡Qué pequeña e insignificante era con mis problemas! ¿No sería mucho más emocionante resolver este enigma de la vida? Empecé a recopilar todos los hechos, todas las preguntas importantes para Christopher a las que no me había dado respuesta, ni una.

Durante una pausa para el café, me atreví a hacerle estas preguntas a Robert. No tenía duda de que conocía las respuestas. Solo que no sabía cómo empezar.

—¿Robert?

—¡Ay, chiquilla! ¿Quién me pregunta tan formalmente?

—Robertini —me corregí—. ¿De verdad no sabes nada de la vida privada del Sr. Carter?

—¿Christopher? —vaciló.

—Bueno, mi jefe. Es bastante extraño. Pensé que podría tener algo que ver con...

—Sí, preguntaré por él, así de fácil...

—Sigo sin creerme que Rob no tenga la información —comentó Lauren.

—Yo sé algo, pero es sobre todo por trabajo. Es de la Escuela de Fotografía de Nueva York. Está en el sindicato de fotógrafos, pero no le gustan sus eventos. —Rob sonrió y no sé por qué miró a Lauren.

Escuché atentamente, probablemente sin respirar.

—¿Qué más?

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

—Bueno, ya sabes, no soy muy amiga suya.

—Pero... ¿te interesa? ¡Oh, madre mía! ¿Cuánto más cerca quieres estar de él? —Robert se detuvo y me miró atentamente—. Eres su ayudante.

—¿Sí? Si le hago una pregunta, no me da una respuesta. Pero no pasa nada. Pensé que tú sabrías más.

—No, tenemos un acuerdo de confidencialidad —sonrió Robert conspiradoramente.

—¡Ohh! —susurré yo.

—Se rumorea que se le ve a menudo en Marina del Rey. Quizá tenga un yate allí. También se le ha visto en la juguetería. Quizá tenga familia o... no lo sé —Robert sonrió menos.

—¡Deja de hablar! Aún nos queda una exposición por delante —intervino Lauren.

—Comprendo. Gracias —dije a Robertini. No podía decir nada más.

—Si quieres, puedo preguntar más. ¿Te pilló él?

—No sé de qué hablas. No lo necesito, gracias.

Me di cuenta de que no sabía nada de él. Eso lo hacía aún más frustrante. Preferiría saber lo que pasaba a vivir en esta ignorancia. Pero lo único que me importaba eran los momentos que pasé con él. Porque fueron los mejores momentos de mi vida.

Los asientos en el Teatro Leonard Nimoy Event Horizon solían asignarse por orden de llegada. Cogí un folleto y eché un vistazo: Nimoy y su mujer habían hecho realidad las intenciones no realizadas de los arquitectos originales.

La historia del observatorio se convirtió en una historia de observación e inspiración. Al mismo tiempo, pensaba en lo importante que era que las personas se mostraran. Lo importante era su existencia. Lo inspiradoras que eran las personas. ¿En qué se había inspirado la familia de Nimoy entre sí? ¿Qué inspiró a Christopher a hacer fotografías?

En ese teatro, incluso Robert se contenía. Cuanto más conocía al amigo de Lauren, menos me apetecía llamarle Robertini. Miraba a mis amigos. La forma en que miraban la pantalla tenía una dinámica propia. Sonreían, eran como hermanos.

Las palabras: "Nimoy y su mujer hicieron realidad lo inalcanzable..." se me quedaron grabadas. Lo importante era sentirse bien los unos por los otros. Al fin y al cabo, lo consiguieron todo juntos. Desde el principio, ambos fueron muy importantes para Hollywood. Disfruté en ese teatro. Me gustó que fuera también un aula para programas escolares. Desde mi infancia, me había sobrecogido lo infinito que era nuestro universo.

Fuimos a la terraza. Ya era tarde, pero el sol aún no se había puesto. Ya no quemaba tanto. El aire caliente tocaba mi piel.

1. El Observatorio Griffith se encuentra en Los Ángeles, California, Estados Unidos. Se encuentra en la cara sur de Hollywood Mountain, en el parque Griffith. Tiene vistas del centro de Los Ángeles, Hollywood y el océano Pacífico. El observatorio es un lugar visitado tanto por turistas como por lugareños y contiene una amplia selección de exposiciones relacionadas con el cosmos y la ciencia.

2. *La La Land* (titulada: *La ciudad de las estrellas*): es una película estadounidense de drama y musical de 2016 escrita y dirigida por Damien Chazelle, y protagonizada por Emma Stone y Ryan Gosling, una aspirante a actriz y un pianista de jazz que se conocen y se enamoran en Los Ángeles, California.

23. Christopher



El viaje especial organizado por la asociación de fotógrafos me tenía un poco abrumado. Siempre había que demostrar que uno era digno de estar en la lista de fotógrafos prestigiosos. Había pensado en renunciar, pero mantener la afiliación al gremio era importante para mi estatus.

—Lucy, necesito que me ayudes con los papeles del vendaje. Prepara lo que necesiten y hazme un breve resumen. Voy un poco retrasado con mis tareas.

—¡Sí, por supuesto! —respondió rápidamente. ¡Me encantaba su brevedad!

—Deja que Brianna haga el rodaje por mí. Creo que ella y Glen pueden hacerlo juntos. Dile a los clientes que yo me encargaré personalmente de la selección y el montaje.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, al cien por cien! —No quería entrar en detalles, pero la situación lo requería.

—Brianna lo hizo muy bien en la pasarela. Todas las modelos la tenían en el punto de mirada. Me demostró varias veces con su visión que puede hacerlo. Eso es suficiente. El contrato es para mi estudio, no para mí, ¿no? —Terminé y miré a Lucy inquisitivamente.

—Sí, el contrato es para el estudio. Tampoco tengo dudas sobre ella. Se ha leído casi toda la literatura que tenemos aquí en un mes.

—¡Perfecto!

Sonreí para mis adentros. Brianna era una chica inteligente, aunque hacía un montón de preguntas innecesarias que no podía responder.

Brianna entró en el despacho y no pude apartar los ojos de ella. Llevaba pantalones cortos de color marrón oscuro y una camisa gris claro. ¡Dios, y otra vez ese pañuelo! ¿Qué estaba tapando? ¿Una marca de nacimiento? ¿O su precioso cuello o sus pensamientos? Un paso adelante y dos

atrás. Quería que ella estuviera segura de sí misma. Me daba rabia, pero, aun así, solo tenía una sonrisa para ella.

—¡Buenas tardes a todos! —sonrió con ganas—. ¿Quién quiere café?

En realidad era una pregunta rutinaria, porque todos queríamos su café.

—Para mí, con leche, por favor —respondió Lucy—. Me encanta tu café. ¿Cómo lo preparas? Lo he intentado, pero no me sale tan bien.

—Tienes que hacerlo con corazón —explicó Brianna por encima del hombro.

La observé manejar con destreza las tazas, las servilletas y las cucharas. No me importaba lo que hiciera mientras pudiera mirarla.

—Vuelvo enseguida —anunció Lucy.

—Bien —asentí.

Brianna me dio la espalda y noté el frío a distancia.

—Brianna, ¿estás bien?

—Creo que sí. ¿Cómo está usted?

Éramos dos y, sin embargo, ella utilizaba "usted", poniendo aún más distancia entre nosotros.

—Brianna —empecé, pero luego decidí no decir nada personal. De igual. Estábamos en el trabajo y solo hablábamos de eso—. Brianna, hoy vas a fotografiar a unas modelos con Glen. No es difícil. Los modelos tienen experiencia. El encargo es de una tienda mediana.

—De acuerdo.

Tenía la sensación de que ella también quería decir algo, pero cambió de opinión.

—Bien, Lucy te dará toda la información.

Caminé hacia ella. Estaba de pie, medio de lado hacia mí, pero cuando Lucy entró, Brianna me tendió rápidamente una taza de café. Me sentí como un colegial al que habían pillado haciendo trampas.

Todos estos sentimientos me distraían de mi trabajo. Necesitaba concentrarme mejor. Acababa de leer la carta de la asociación, pero aún no tenía ni idea de lo que decía. Decidí que me ocuparía de ello más tarde, con la ayuda de Lucy.

24. Christopher



Este año, la asociación de fotógrafos organizó un gran congreso con fotógrafos jóvenes y experimentados, talleres y celebraciones al final del día. No di una gran charla, pero los fotógrafos en ciernes siempre me pedían consejo. Les di un cursillo. Era parte de mi trabajo.

Mi tema fue: "10 conceptos erróneos para fotógrafos en ciernes". La sala estaba abarrotada, el público incluso sentado en el suelo. Ni el equipo profesional, ni una gran ciudad, ni una gran cartera ayudan. Sólo hay un método que da resultados reales... Hice una pausa teatral. "¡No te rindas nunca! Nunca te rindas y anímate con los resultados que consigas. ¡Sé un poco crítico para que te lleve más lejos!" Terminé mi discurso y los aplausos no cesaron.

Después del acto, tuve dos horas de preguntas sin parar. Intenté no darles demasiados consejos, sino animarles a seguir fotografiando pase lo que pase.

Me halagaba la atención, aunque algunos hacían preguntas inapropiadas. Mi vida privada estaba fuera del alcance de los demás. Preguntas sobre modelos, trabajo, viajes y sesiones, sí. También sobre los secretos de la fotografía o cómo darles vida. Todos esos eran temas apropiados, pero no de mi vida privada.

Alguien desenterró un número de una revista publicada después de un evento cerrado. Me lo puso delante de las narices y me preguntó quién era para mí la persona en la foto. No parecía una modelo ni una relación de negocios. Miré la foto de Brianna y yo bailando.

—Sí, estoy de acuerdo. No parece una relación de negocios —fruncí el ceño—. Lo siento. Se trata de mi vida personal y es asunto mío. Estaré encantado de responder a cualquier pregunta que tenga que ver con mi trabajo.

Sentía un gran respeto por todas las profesiones, especialmente por los periodistas. Suspiré. Yo también solía ser así, persiguiendo el sensacionalismo con ojos brillantes.

Si una persona veía un muro delante de ella, probablemente intentaría rodearlo o trepar por él. Por supuesto, esto depende de su capacidad atlética y del tamaño del obstáculo. ¿Y si la dificultad estaba en mi cabeza? Me había pasado toda la vida reforzando los límites de los obstáculos. Ahora estos habían alcanzado proporciones colosales. Mi mente racional ya no se proponía superarlos.

Un acontecimiento tras otro: la conferencia, el estudio, la boda y luego Brianna. ¿Dónde y cómo entró ella en mi vida? Antes de ella, lo comprendía todo. Ahora tenía que tomar una decisión. Sabía que era el momento de decidir, pero también sabía que pronto podría ser demasiado tarde.

Me frenaban algunos de mis propios principios establecidos hace muchos años. Ni siquiera fue en esta vida, sino en otra. Por un lado, estaba preparado para lo nuevo, pero, por otro... ¿Por qué no dejarlo cómo estaba? Criticar la creatividad a menudo no aumentaba el deseo de mejorar. Las habilidades y el afán de perfección. La crítica tenía un efecto asfixiante y te hacía desistir.

Me senté, estudié y luego expresé mi aprecio por el trabajo creativo de los jóvenes talentos. Cada uno de ellos tenía su propia visión del mundo. No había que imponérsela, porque todos eran ya individuos moldeados. Pero nuestra asociación no podía aceptarlos a todos. Teníamos que encontrar defectos.

Entendía que el rechazo, como la crítica, conduciría tarde o temprano a la destrucción. ¿Cuántos de estos fotógrafos en ciernes decidieron no rendirse y seguir adelante? ¡Quizás yo también debería seguir!

Había decidido muchas cosas por mí mismo hace mucho tiempo. Cuando oía críticas en mi vida profesional cotidiana, primero sopesaba hasta qué punto me interesaban y, segundo, consideraba de quién procedían. De esta síntesis sacaba mis conclusiones. ¿Debía escucharla o no, debía empezar a cambiar algo o no? Quizás debía hacer un esfuerzo y darme la oportunidad de ser un poco más feliz.

25. Brianna



Estaba bebiendo mi café y mirando las fotos que acababa de hacer. Glen me había ayudado con mi primera sesión de fotos autogestionada. Era un tipo encantador, pero no me sentía apoyada en absoluto por Christopher y Lucy. Estaba más ansiosa que nunca en la oficina.

En el plato, mis acciones eran indiferentes, mis emociones congeladas. Me sentía como Christopher: clara, medida y fría. Escote, enfoque, sombra, acentos...

Quería derrumbarme. No me había llamado en todos esos días. ¿No me preguntó cómo estaba? ¿Qué tal la sesión? ¿No sabía lo importante que era esto para mí? Al fin y al cabo, era su estudio el que encargaba la película. Yo sólo era la intérprete. Jugó conmigo. ¿Por qué?

Era su estilo. Simplemente, sus reglas para cada trabajo. Pero me había dicho que yo también podía opinar. Debí haber entendido algo mal otra vez.

Cuando pensaba en él, mi cuerpo se llenaba de agujas. En mi cabeza se volvía una niebla. Tenía tantas ganas de tocarlo, de atraerlo contra mí y sentir su calor. Pero esa fantasía no pertenecía a mi realidad. Mi realidad era solitaria y fría. La aventura caliente parecía cosa del pasado.

El rodaje de ese día se alargaba, pero no me lo tomaba como algo personal. Sabían que yo iba a hacer el rodaje. No tenía mucha experiencia. Me llevaba más tiempo hacer las fotos y ajustarlas todas. Todo había sucedido muy deprisa para mí. Unos días aquí y ¡ya era la jefa con todo el glamour! Pero tenía miedo de que algo pudiera salir mal. No quería eso en absoluto. No quería ser modelo ni fotógrafa. Quería a Chris. Quería poder tumbarme en sus brazos y que él me abrazara.

Mientras miraba el reloj, pensaba en Bakersfield. Por entonces, ya había cerrado la cafetería y me dirigía alegremente a casa. ¡Oh, no! Los recuerdos de aquella noche volvían a inundarme.

Ese tema hacía tiempo que estaba zanjado. Ahora no lo necesitaba. Pelo oscuro de la otra mujer sobre el vientre de mi Diego, que ya no era mi Diego.

No quería volver a experimentar esa humillación. Tenía que dejarlo donde estaba. Tenía que olvidar a Christopher lo antes posible. Quizá incluso necesitaba otro trabajo.

El día terminó. Estaba sentada sola en el despacho, ya había editado todas las fotos y las había trasladado a las carpetas. Me quedé mirando por la ventana la ciudad de noche. Un taxi se detuvo fuera y una silueta familiar bajó. Me emocioné. Aún no había decidido cómo comportarme con Christopher.

¿Mantengo las distancias o me lanzo sobre él?

Entró corriendo, dejó la maleta en el suelo y me tocó la mejilla con sus labios fríos.

—Brianna, amor, ¿por qué estás tan tarde? Vete a descansar, vete a casa —dijo apresuradamente.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —frunció el ceño—. Estoy ocupado, te lo explicaré más tarde, cariño. Superocupado. Pero confía en mí.

Sus últimas palabras aún no se habían desvanecido cuando volvió a desaparecer. Era como un relámpago, desapareciendo tan repentinamente como apareció.

Tras un momento de mirada fija, quise correr tras él, alcanzarlo. Pero me di cuenta de que no llegaría a tiempo. Me acerqué a la ventana y vi a la misma mujer de Runway acercándose al taxi. Chris saltó, la abrazó con fuerza y le abrió la puerta trasera. Aún podía sentir la frialdad de su beso en mi mejilla. Mi visión se nubló. Puse la mano en el lugar donde me besó y sentí lágrimas en mi mano.

Me invadió una sensación similar a la de aquella otra vez. Me di cuenta de que todo había sido en vano. Me había trasladado a Los Ángeles para empezar de nuevo, pero no podía olvidar esa situación.

La cuestión era que no podía huir de mí misma. ¿Simplemente tenía a otra persona? ¿Quién era yo? ¿Solo una ayudante venida de provincias! Le abrí las piernas y ¿qué estaba pensando, o más bien soñando? Los pensamientos se dispersaban en mi cabeza...

Tenía que salir de allí. Pasaría el fin de semana en casa de mi tía y decidiría si volvía a Los Ángeles. Quizá estaría mejor en Bakersfield después de todo. La estación de tren no estaba lejos y no tenía que volver a casa antes. Eso era mejor.

Lauren podría estar en casa y no quería disgustarla. Había fracasado. Había desperdiciado mi oportunidad. El trabajo y el sueño de tener una nueva vida aquí resultaron ser nada para mí. Para

mí, mi tranquilidad era mucho más importante.

Me senté en el autobús y contemplé el paisaje seco y oscuro de las calles. En mi cabeza, reproducía la escena de lo que iba a decirle a mi tía. De repente, sonó el teléfono.

—Querida, ¿dónde estás? Enseguida estoy contigo. No he podido localizarte en tu teléfono —
oí la voz de Christopher.

Me estremecí, porque no quería oír esa voz. Estaba con otra persona. Quizá estaba de viaje con ella y ahora me llamaba a mí. No podía creer lo que veían mis ojos... Ya faltaban cinco. No importaba.

—Estoy en el autobús. Voy a mi ciudad.

—¿Tan tarde? Pero... —dejó de hablar.

El silencio entre nosotros se volvió insoportable. Era como un abismo que no dejaba de ensancharse. Podía sentir su profundidad.

—Sí —respondí. Tenía una pregunta para él, que lo resolvería todo—. ¿Quieres venir conmigo?

—Oh, no, no puedo... Hay tanto que hacer.

—¿No puedes o no estás preparado? —Quería gritarle, pero me contuve. Mi voz temblaba hasta hacerse irreconocible.

—No puedo. Diviértete y saluda a tu tía.

Cuando Margaret abrió la puerta y me vio, se sorprendió un momento, pero me saludó con entusiasmo.

—¡Oh, sol! ¿Eres tú? ¡Pasa! Pasa!

—Te he echado tanto de menos que no podía esperar hasta mañana. ¿Te he despertado? —Las lágrimas corrían por mi cara.

—Quizá me quedé dormida en la silla, pero no importa. ¿Estás bien? —Me miró ansiosa—. Estás guapa y bronceada, pero has adelgazado mucho.

Me tocó la cintura.

—Sí, estoy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal el nuevo compañero de trabajo?

—Oh, es bueno. Aprende rápido. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte con nosotros?

—Hasta el domingo o el lunes. Aún no lo he decidido. Todo depende del trabajo.

—Oh, sí, cariño. Me alegro tanto de que tengas trabajo... —añadió algo más, pero ya no pude oírlo. No tenía fuerzas para volver a preguntarle.

—¿Quieres té o algo de comer?

—Margaret, no te molestes. En este momento estoy un poco cansada. Quiero dormir. Mañana hablaremos de todo.

—De acuerdo, hija mía. Cómo quieras, me alegro de que hayas venido. Hablaremos más mañana.

Me acarició el hombro. No pude contenerme más, las lágrimas salieron rápidamente de mis ojos. Me agaché ligeramente y abracé a Margaret. Ella siguió acariciándome el hombro y dándome palmaditas.

—Tranquila, tranquila, ya pasará. Mañana todo será diferente.

—Sí, es que te echo mucho de menos. Claro que Los Ángeles es un mundo diferente —le expliqué un poco más tranquila.

26. Brianna



La mañana olía a cruasanes frescos. Me estiré en la cama y bostecé ruidosamente. Mi tía tenía su propia propiedad. Su casa no era antigua, pero tampoco moderna.

Había cerezos y flores alrededor de la casa. Estaba limpia y era cómoda. Siempre me preguntaba cómo hacía mi tía para mantener todo en orden. Entre el jardín y la cafetería, tenía mucho trabajo. Contaba con un ayudante que le asistía en la cafetería, como yo hacía antes.

El lugar era acogedor, con alfombras en el suelo y en algunas paredes. Los muebles eran de madera natural. Un viejo espejo Trumeau brillaba en mi habitación. La mesa de centro estaba decorada con servilletas estampadas que Margaret había tejido.

Pensando en mi infancia, recordaba la casa tranquila. Sabía que Margaret ya estaba en su café. La cocina olía a algo delicioso: salado con hierbas.

Echaba de menos esos olores hogareños. Mi familia se había mudado a San Francisco sin mí. En ese momento, no me gustó que el vínculo familiar se deshilachara. Los visité unas cuantas veces, pero la conexión ya no existía. La única familia real que tenía era la hermana de mi padre, la tía Margaret. Ella cuidaba de mí y yo de ella. Pero no quería hacerla pasar por lo que me estaba pasando.

Además, ni siquiera yo sabía exactamente lo que me estaba pasando. Tenía que afrontar mi tragedia personal sola. Por la mañana, siempre parecía menos malo. Esa mañana, no solo olía a cruasanes, sino también a esperanza.

No era una chica de familia pobre ni rica. Nadie me daba mucho crédito para el futuro. Pero gracias a los últimos acontecimientos y a mi tenacidad, el destino había cambiado mis planes. Me estiré una vez más y me levanté. Un paseo por la ciudad hasta la cafetería de mi tía era justo lo que necesitaba.

Mientras caminaba por las calles familiares, nada parecía haber cambiado. El aire cargado, los coches rugiendo, el paisaje calcinado. Pero algo había cambiado en mí.

Abrí la puerta de la cafetería llena de expectación. Todo seguía igual, pero algo se sentía diferente. Un joven me saludó y me invitó a sentarme cerca de la ventana. Sacudí la cabeza, me acerqué a él con una sonrisa y leí su etiqueta: Tommy. Al mediodía, el lugar estaba lleno, así que oí la voz de mi tía.

—Tommy, ¿necesitas ayuda? Oh, eres tú, cariño —salió y me abrazó—. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, ¿puedo hacer algo para ayudarte?

Desesperada por dejar de pensar en Los Ángeles, quería seguir trabajando de camarera, al menos durante el fin de semana.

—¿Qué? Creía que estabas tomando un pequeño descanso. Pero aceptaré encantada tu ayuda...

Entonces lo dejó todo en mis manos y se fue de compras. Miré al chico. Parecía estar en el instituto, probablemente no tenía ni 20 años. ¿Dónde lo habría encontrado el Sr. Parker?

Tommy y yo nos guiñamos un ojo y me di cuenta de que siempre podía volver si no funcionaba. Aunque quizá no quedara tan mal en Los Ángeles si me limitaba a hacer mi trabajo.

—Tommy, cuéntame cómo le va al Sr. Parker. Seguro que ya eres amigo suyo.

—¡Oh, sí! Y puedes preguntárselo tú misma.

Mi sonrisa se ensanchó aún más. Me levanté de un salto y me acerqué a nuestro buen amigo.

—Brianna, me alegra verte. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Sr. Parker! Qué pregunta, al fin y al cabo, Bakersfield es la decimotercera ciudad de Estados Unidos y tiene el estatus de capital del petróleo. No puedo perderme este espectáculo.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? ¿Con suerte el fin de semana? ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—¿Está casado o soltero?

—¿Quién es? —empecé a enfadarme un poco.

—No hace falta que me lo digas. Te vi en una revista. Al principio no te reconocí. Pero luego se la enseñé a Margaret y me lo confirmó.

—Ah, sí, es mi jefe, solo asunto de trabajo —intenté decir despreocupadamente. Pero joder, se me cerraron los ojos solos.

—Es muy guapo, ¡maldita sea! Y tampoco es mal parecido para ser un hombre. Al menos es un poco más simpático que un mono, tiene carisma.

—Es solo trabajo.

—Sí, realmente lo es. Mucha gente lo prueba, pero muchos vuelven. Es una gran suerte trabajar para una empresa como esa. He estado en contacto con mi...—se aclaró la garganta—, así que es bastante famoso.

—Sí, qué casualidad, —no sabía qué decirle—. ¿Cómo está su pierna, Sr. Parker? —intenté cambiar de tema.

—Oh, hoy tuve un accidente. Una vez por las escaleras, pero todo va bien —sonrió—. Ahora no se trata de mí. Si es malo para ti, siempre puedes volver. Yo te apoyaré. Mira, es importante saber que alguien te cubre las espaldas, así todo será más fácil.

—¡Gracias, Sr. Parker! Es usted, como siempre, muy perspicaz.

—Sí, ¿dónde está Margaret? Aún no la he visto.

—Está de compras. Ahora te traigo el café.

Era agradable estar de vuelta y que me saludaran con tanta calidez. Me distraía. Al menos cuando nadie mencionaba a Chris, pero de algún modo el Sr. Parker ya tenía una idea.

¿Se daba cuenta mirándome o de dónde había sacado la idea? Vi un poco mi reflejo en el acero brillante de la cafetera, pero no me delataba. Suspiré, intenté apartar los pensamientos y le llevé el café al Sr. Parker. Justo cuando estaba a punto de continuar, Margaret volvió a entrar por la puerta y nos abrazamos.

Echaba de menos sus abrazos, aunque Lauren y yo estábamos muy unidas. Con Lauren también se estaba muy bien y ella me apoyaba. Pero mi tía y Bakersfield también estaban muy cerca de mi corazón. Allí tenía una sensación de seguridad.

—Sunshine, ¿qué te ha dicho el viejo senil? —dijo alegremente.

—Nada, solo sus habituales dichos útiles.

—Me has visto en la revista, ¿verdad?

—Sí, eres muy guapa, como una estrella. Apenas te reconocí en ella y ahora estás delante de mí y pareces un cuadro... Los Ángeles te sienta bien.

Se rió y me acarició la mejilla. Yo la miré. Ni siquiera tenía tanta confianza en mi madre. Sorprendentemente, le estaba muy agradecida por ello.

—¡Gracias! Gracias.

—¿Dónde ha ido Tommy? —Margaret miró alrededor de la habitación.

—Tengo otra pregunta: ¿de dónde ha salido Tommy? Parece muy inteligente.

—Será mejor que se lo preguntes al Sr. Parker.

Mis paseos siempre me hacían volver a mí. Caminé por mi parque favorito, pero de algún modo lo veía de un modo completamente distinto.

Miraba a lo lejos y buscaba líneas y secciones. Me invadía la emoción porque habían pasado muchas cosas recientemente. El aire olía a hierba seca. No había brisa. Era como si el aire estuviera congelado, solo que al revés, con calor.

El parque era enorme. Una multitud de zonas bien cuidadas y diseñadas con diferentes estilos. Lo primero que hice fue dirigirme a un pequeño lago en el centro del parque. Allí nadaban patos salvajes, alimentados por personas de distintas edades en la orilla. ¿Estaría aquí con Chris cuando fuera vieja? Había una isla y una pajarera especial en medio del lago.

Me resultaba relajante observar cómo se alimentaban los patos, aunque chillaran, agitaran las alas y patalearan en un mismo sitio. Después del ajetreo de la gran ciudad, allí todo parecía tan tranquilo. Saqué el teléfono y empecé a hacer fotos. Algo que nunca habría hecho antes. Pero ahora era casi automático buscar la composición y el ángulo adecuados.

No me había dado cuenta de que Bakersfield era una ciudad artística, aunque conocía sus calles y había estado allí muchas veces. Ese arte público en el centro de Bakersfield nunca me había llamado la atención. Ahora casi tenía prisa por verlo. Había casi de todo para ver: cientos de pinturas, murales, esculturas, cajas de señales pintadas y galerías de arte. Eso me distraería de Christopher. Quería mantenerme ocupada, aprender y ver algo nuevo. No, no nuevo, sino ver lo viejo con ojos nuevos.

Había galerías, restaurantes y tiendas. Los artistas locales exponían sus obras en las aceras. El mes pasado, no me habría interesado en nada. Ahora fui a la zona del arte callejero. Además de las esculturas que fotografié yo misma, pedí a los transeúntes que me hicieran fotos. Ahora tenía fotos de extrañas esculturas y cajas pintadas. El Sr. Carter había cambiado muchas cosas para mí. Por supuesto, no podía bloquearlo por completo. De algún modo, también quería a Chris y quería volver a verle.

De camino a casa, me detuve en un bar retro. Sonaba música jazz y la mayoría de la gente allí era mayor. Pero como ahora el jazz estaba indisolublemente ligado a Christopher y además vi una revista con una foto nuestra en la barra, hice unas fotos y me fui. Ahora necesitaba un momento solo para mí. Así que terminé el día con mi pizza favorita, porque tenía mucha hambre.

27. Christopher



Me encontré con Liria en un café. Estaba radiante. El vestido rosa pálido realzaba su figura. Últimamente, estaba fabulosamente guapa. Sus acontecimientos se reflejaban en mí. Discutimos todos los detalles. Estábamos de acuerdo en todo. Los preparativos estaban casi terminados.

Mi estudio estaba lleno de flores y había más por encargar, una cantidad enorme. Me paseaba sonriendo con suficiencia. Ya no sabía dónde ponerlas.

Lucy entró estornudando sin cesar. Por supuesto, era alérgica a los lirios, y justo eso le iba a regalar a Liria. Pobrecita, ahora tenía que pasar por eso.

—Lucy, será mejor que vayas a tu despacho. Aún te necesito viva.

—Solo he venido a decirte que Brianna no está hoy. No se encuentra bien.

—¿También es alérgica a las flores? —pregunté, intentando parecer indiferente.

—No, no creo que estuviera estornudando. Estaba pálida. Brianna me preguntó qué significaban las flores. Le dije que eran los preparativos de tu boda. No parecía sana, así que la dejé marchar. Lo siento.

Debí cambiar la cara porque Lucy pensó que estaba enfadado con ella. Pero estaba preocupado, iría a hablar con ella más tarde.

Hice algunas fotos y se las envié a Liria para que viera la preparación y le diera confianza. Estaba completamente hipnotizado por ella. Tal vez porque en mi subconsciente, mujeres como ella me inspiraban y excitaban. Que estuviera casada o no, que tuviera un hijo o no, no importaba. Ella era la vida misma. Liria era inteligente, no superficial, a veces autocrítica y nada remilgada. Gracias a ella, había logrado muchas cosas. Y Brianna era igual.

La franqueza con la que siempre me hablaba me desarmaba. No me dio la espalda cuando ocurrió todo esto. Su mundo se había derrumbado junto con mis esperanzas. Superamos juntos ese vacío y volvimos a la vida. Quizá estábamos aún más conectados a través de Charlie.

¿Qué le pasaba a Brianna? Era la quinta vez que la llamaba y no contestaba. Estaba muy preocupado. Todo había funcionado perfectamente en los últimos días y ahora, de repente, no estaba.

No había tenido mucho tiempo porque había estado viajando para diversas tareas, pero así era el trabajo. Lucy también la había llamado a petición mía, pero no contestaba. No sabía qué más hacer. Miraba perdido por la oficina y no sabía qué le había pasado. Quizá debería ir a verla...

Lucy me llamó desde la puerta y me acerqué.

—Chris, Brianna me ha llamado para preguntarme cuáles son las condiciones de nuestro contrato de trabajo y si podemos cancelarlo. ¿Sabes algo de eso?

—¿He entendido bien que Brianna ya no quiere trabajar conmigo? ¿Quieres decir que cancela el contrato con nosotros? —Mi indignación no tenía límites.

No la entendía. Últimamente, nos habíamos hecho íntimos, no solo físicamente, sino también de corazón. Y ella en el trabajo había progresado mucho y rápido. ¡Joder! La admiraba y me alegraba de su presencia en mi vida. Por eso le había dado todo. ¿Pero ella quería tirarlo todo por la borda? Creía que había algo más entre nosotros.

Me quedé inmóvil, me senté y miré fijamente la pantalla en blanco. Lucy también estaba en silencio, pero sus últimas palabras seguían en mi cabeza. ¿Por qué?

—Creía que lo sabías y que participabas en esta decisión.

—Por primera vez en años, alguien se separa de nosotros. Siempre era mi estudio, con una buena indemnización, el que cancelaba un contrato. No tengo ni idea de por qué.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Algo familiar? —Lucy respondió pensativa.

—Estuvo en casa el fin de semana. ¿Quizá eso influyó en su decisión?

—No, desde luego que no. Hoy ha venido a trabajar.

Lucy dejó de hablar y me miró a la cara.

—Hay algo que no sé y que debería saber, ¿no? Y que de alguna manera influye en que se vaya.

—Sí, eres tan perspicaz como siempre. Ella y yo nos hemos hecho muy amigos, pero... Si estás muy unida a ella y te preocupas por ella, ¡ve a verla! ¿No crees que las flores del estudio pueden malinterpretarse?

—Sí, puede ser, pero yo nunca me he dejado tratar así. Dejándome caer cuando necesito ayuda triple. Sin hablar, sin discutir, simplemente huyendo. Ah, sí, huyó de sus problemas en su ciudad, ahora también huye de aquí. ¡Qué se puede esperar! No intentó preguntarme. —Empecé a tirar cosas de la mesa.

—Cálmate, Chris. Arruinarlo todo ahora no te ayudará. ¿Qué te pasa? Es la primera vez que te veo tan... desinhibido. Debe significar mucho para ti.

No quería discutir con nadie, me daba mucha rabia. Fijé mi mirada en Lucy y ella empezó a sonreír.

—Ahora sé por qué últimamente tu sonrisa es tan amplia y abierta como la de ella.

—Lucy, llama a sus agentes, por favor.

—¡Ve tú a hablar con ella! Yo, por mi parte, solo puedo llamarla y decirle que puede irse con una buena reputación y buenos dividendos si hace bien su último trabajo.

—Lucy, ¡eres un genio! Mantenla en esta ciudad unas horas. Yo me ocuparé de ella más tarde. Lo único que me importa es que no se vaya. Será más difícil encontrarla en Bakersfield, o incluso en San Francisco.

—Me complace hacer esa parte. Pero si ella es importante para ti, deberías ocuparte tú. Buena suerte por tu parte.

—Gracias.

—Ah, verás, las gracias han aumentado mucho desde que llegó Brianna.

En mi mente, ya estaba con Brianna, explicándole todo lo que había pasado en los últimos días. Quería sorprenderla y recordar sus exclamaciones entusiastas como en el barco. En ese momento, sentí mi corazón y que la separación profesional también afectaría a mi corazón.

Hasta ahora, había dudado si abrirle mi vida privada. También tenía miedo de perderla. Pero no podía ni quería perderla. Gracias a Lucy, había ganado tiempo, pero aún no a Brianna.

Sonó mi teléfono. Tenía que pensar cuál era la mejor manera de organizarlo. No quería precipitarme, pero el tiempo apremiaba. Contarle todo a Brianna de inmediato no era una opción.

—Hola, Brianna, ¿cómo estás? —Puse toda la seriedad que pude en mi voz.

—¡Buenas tardes! —Su respuesta fue fría—. Lucy me ha dicho que necesitas mi ayuda con tu proyecto actual y que te llame directamente.

Brianna se mostraba tan reservada como siempre. Su voz, sin embargo, era tan tensa como la cuerda de una guitarra.

—Sí, es mañana a las diez. Te enviaré la dirección más tarde. No llegues tarde, por favor.

Sinceramente, quería gritar al teléfono. "Brianna, ¿qué demonios está pasando? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me dejas en el desamparo?" Pero me aguanté y confié en su cordura. No quería que se asustara y saliera corriendo en las próximas 18 horas.

—¡Vale! —respondió.

—Brianna, por favor, es muy importante que hagas este trabajo y no me defraudes. Significa mucho para mí. No puedo confiárselo a nadie más que a ti.

—Yo también creo que Glen haría un buen trabajo. Pero vale, puedes contar conmigo. No se preocupen.

—¿Qué no me preocupe? Sí, lo estoy, pero nos las arreglaremos. —Tras un breve silencio, me despedí.

—Vale, hasta mañana. Gracias.

Solo quería abrazarla y estrecharla fuerte y no dejar que se fuera a ninguna otra parte. Pero también sabía que era mejor que no nos viéramos por el momento. Tenía miedo porque quería que lo viera todo con sus propios ojos.

Aún tenía mucho que hacer. Algunas tareas podía pasárselas a Lucy, otras no eran tan importantes. Un pequeño pensamiento de duda me asaltó por dentro sobre si estaba haciendo lo correcto y si había pensado en todo.

Era fácil alejar a alguien impulsivamente, pero era muy difícil reconstruir esa conexión. Siempre era difícil separarse de alguien profesionalmente, pero esta vez no podía dejar que llegara tan lejos.

En privado, nunca había dejado que nadie se acercara a mí, ni siquiera un poco. Pero Brianna había llegado a mi corazón. Me rompería el corazón si la perdiera. Si solo se tratara del trabajo... Si otra persona le hubiera hecho una buena oferta, probablemente no sería tan duro. Pero entonces ella podría haber hablado conmigo.

¿Quizá no estaba prestando atención? ¿Quizá realmente no se sentía cómoda aquí? Tenía que superarse a sí misma para algunas cosas, podía verlo en sus ojos. Podía ver miedo en ellos, no confianza. Esos ojos buscaban apoyo y yo no se lo estaba dando.

¿Por qué no se lo daba? No quería que nadie se diera cuenta. No quería compartir mi vida privada. ¿Quizá por eso quería otro trabajo? No, entonces ella también hablaría conmigo. En cuanto al trabajo, tendría que dejarla marchar. Pero en lo que respecta a mi corazón, eso no podía ocurrir. Ella formaba parte de mí. La quería y creía que en el fondo ella también me quería. No sabía cómo habíamos acabado allí y era un caos total en mi cabeza. Pero sabía lo que importaba y en eso tenía que centrarme ahora.

Confiaba en ella. No me defraudaría. Me acordé de su primer día en el estudio, de nuestra primera sesión como modelos, de nuestra primera noche. Me recorrió el cuerpo un calor lleno de lujuria y amor.

28. Brianna



¿Cómo pudo hacerlo? Estaba indignada. Mi cabeza bullía de odio hacia él, su olor y su falsa sonrisa.

Salí corriendo del estudio y traté de coger el ascensor. Pulsé todos los botones, intentando encontrar el correcto. Ayer mismo había decidido seguir trabajando en este famoso estudio de Los Ángeles. Pero ahora no podía. No sabía por qué pensé ayer que podría. No, no podía.

Ver su cara de felicidad todos los días, viéndolo a él y a su mujer salir del yate aún más bronceados... ¿Qué se suponía que iba a hacerme eso? ¿Divertirme antes de la boda? ¿O seguiría con mil mujeres más? Definitivamente, conmigo no. No podía soportarlo.

Ya no quería trabajar allí, estaba convencida. Pero no pude decírselo a Lucy. Solo le pedí que se disculpara. Ella lo entendió.

Era como un déjà vu. Esa mañana estaba de buen humor camino al estudio. Era agradable conducir por la ciudad, aún no tan calurosa, a primera hora de la mañana. Pero ahora solo podía pensar en esas flores. Esas malditas flores de boda. En cómo se repetía mi relación. Uno me engañaba en nuestra cama, el otro se casaba delante de mí.

¿Qué me pasaba? ¿Era siquiera una relación? No quería involucrarme más con hombres, pero todo era tan perfecto. Nunca había experimentado nada igual en mi vida. Y, al mismo tiempo, no me hablaba.

Vi a esa mujer por primera vez cuando echó a la modelo del estudio y luego en la pasarela... y ahora esas flores. Maravilloso, no podía más. Caminaba perdida por las calles de Los Ángeles, perdida en mis pensamientos, perdida en la ciudad. Los sonidos de la ciudad se amortiguaban en mis oídos. Todo parecía lejano.

Todo ocurría delante de mis ojos y, sin embargo, no veía nada. Tenía miedo de desmayarme, así que me agaché en el borde de la acera. Necesitaba a alguien con quien hablar, alguien que me ayudara. Lauren, la única que podía salvarme ahora.

La visité en su agencia de modelos. Para ser sincera, no recordaba exactamente cómo había llegado hasta allí.

Me saludaba gente sonriente por todas partes y hoy no tenía ganas de sonreír en absoluto. Cada vez más sonrisas, una gran sonrisa, no podía. ¿Lauren? ¿Dónde estaba Lauren?

—¡Brianna, aquí! ¿Brianna? ¿Me oyes? ¿Estás bien? ¿No estás en el trabajo?

Me costaba hablar, pero le pregunté con voz temblorosa:

—¿Podemos hablar en privado? —Viendo a Rob a lo lejos, añadí—. ¿Sin Rob, por favor?

Ella asintió y se volvió hacia una pequeña sala de reuniones. En el despacho, bajó las persianas. Lauren me sirvió un vaso de agua y se sentó en el sofá sin decir nada. Yo me quedé en medio, indecisa entre sentarme o quedarme de pie. Decidí sentarme con Lauren. Después de beber un poco de agua, mis pensamientos empezaron a aclararse.

Lauren me dio tiempo sin decir nada. Cuando me senté, tiró de mí hacia ella.

—Lauren, tengo que decepcionarte. No puedo seguir trabajando para el Sr. Carter. Conozco todos sus logros, pero ya no puedo.

—Eso no es un problema —intervino ella, asintiendo con simpatía.

—¿Recuerdas cuando me llamaste hace un mes? Estaba en la estación y Chris aparecía en la pantalla de la tele.

—¿Te refieres a Christopher Carter?

—Sí, pero entonces no tenía ni idea de quién era. Cuando estuve allí el fin de semana, recordé...

Debí tardar una hora en contarle mi historia a Lauren. Apenas me interrumpió, solo me preguntaba de vez en cuando para conocer los hechos. Le conté todo, el hotel, el barco... solo que sin entrar en detalles... y las flores.

Cuando terminé de hablar, me acercó aún más a ella.

—Sabes que nada de eso importa. Lo único que importa eres tú. ¿Qué es lo que quieres? No le debes nada a nadie, ni a él, ni a nosotros, solo a ti misma.

“Piensa en ti misma. Lo más importante es que no te precipites. No soy tu consejera en estos asuntos y nadie sabe mejor que tú lo que es mejor para ti...”

Hizo una pausa para darme tiempo para asimilarlo todo. Alguien llamó a la puerta y preguntó por Lauren. Me sirvió más agua y dijo que volvería enseguida. Eso me dio un poco más de

tiempo.

Había oído que el estrés de la separación podía provocar problemas de salud. Miré el teléfono. Había un montón de llamadas perdidas de la oficina: Lucinda, Christopher Boss... Pensé en mi anterior ruptura.

No había tenido problemas para dormir, ni dolores de cabeza, ni depresión. Mi vínculo no era tan fuerte. Pero ahora que había jurado no volver a involucrarme con hombres, el panorama había cambiado por completo. Entonces, tenía la fuerza suficiente y el deseo de seguir adelante y empezar de nuevo. Pero ahora, más bien, me sentía demasiado débil para hacer algo, para pensar algo.

Lauren volvió a entrar y me lanzó una mirada alentadora.

—No quiero imponerte nada, pero tengo una norma. Si pasa algo, espera tres días. Dentro de tres días estará bajo otra luz, con otras emociones y otras hormonas.

—¿Hormonas? —Sonreí un poco.

—Sí, las hormonas dominan el mundo, créeme. Date tres días y al menos no dejes Los Ángeles en este estado.

—¿Qué hago con el estudio fotográfico durante tanto tiempo?

Mi teléfono ya estaba a rebosar de llamadas perdidas.

—Si quieres, llámalos y diles que dejas el maldito trabajo. —Me dio una palmada en el hombro.

—Preguntaré por las condiciones del contrato, y entonces sabremos más.

Lauren volvió a salir mientras hablaba con Lucinda. No quería aplazarlo. No dijo ni preguntó nada, pero asimiló la información sin filtrar. Unos minutos después, Lauren volvió a entrar y me sentí un poco mejor.

—Gracias, Lauren.

—Es una ciudad encantadora. Pronto volverás a sentirte como en casa. Creo que será otro lugar feliz para ti. Algunas personas se aferran a ella e intentan desesperadamente alcanzar la felicidad, pero nunca lo consiguen. Acabas de entrar con tu sonrisa genuina. Se te abrirán más puertas. No te rindas tan fácilmente.

—Perdóname por no habértelo dicho enseguida. Me siento muy mal cuando pienso en eso.

—Brianna, no tienes que preocuparte en absoluto. Cualquier persona sensata en tu lugar no lo contaría. Probablemente eres una de las pocas personas que han echado un vistazo a su vida privada. Echa un vistazo a lo que sale en la prensa rosa.

Eché un vistazo. La foto mostraba a Christopher en un podio. El pie de la foto decía: "¡Mi vida privada está fuera del alcance del objetivo!" No seguí leyendo.

Aún no estaba preparada para dejar que nada de Christopher entrara en mi vida. Suspiré y le pregunté a Lauren si podía quedarme allí, en la agencia. Estar allí y esperarla me hacía bien.

Por primera vez en mi vida, no quería estar sola en una situación difícil. Me di cuenta de que compartir con ella no era tan malo ni vergonzoso. Me sentía mucho, mucho mejor.

Ahora incluso estaba dispuesta a ver a Robertini. Apenas había terminado de pensar en ello cuando él abrió la puerta y sonrió de alegría:

—Querida, querida. Me alegro mucho de verte aquí. Deja que te lo enseñe todo. Te encantarán, también son mis ideas. Este es un lugar precioso y mágico.

—No sé exactamente de qué estás hablando, pero yo también me alegro de verte. Perdona por...

—Deja de disculparte —me interrumpió Rob—. No pasa nada. De todas formas, ¿dónde está tu encantadora sonrisa? Es la primera vez que te veo sin ella.

Me cogió del brazo, me sacó de mis oscuros pensamientos y me condujo a través de la agencia.

Realmente se estaba mejor con amigos a mi lado. Mi vida no había terminado con Christopher, pero no podía trabajar con él. No quería verle y, desde luego, no quería que sus manos o sus labios tocaran a otra mujer.

El calor y el dolor se extendían por todo mi cuerpo. Pero llegaría a la raíz del mal, lo arrancaría y sería más feliz que nunca... pronto.

Tenía una cosa más que hacer, así que marqué el número de mi teléfono con el nombre: "Christopher, el jefe."

29. Brianna



Vuelvo a comprobar la dirección mientras conduzco hacia el edificio que me ha indicado el Sr. Carter. No hay duda de que es la casa correcta. Pero sé con certeza que Christopher no acepta encargos privados como bodas y aniversarios, sin excepción.

Siento los músculos de mi cuerpo tensarse e intento esbozar una sonrisa. Levanto los hombros y los dejo caer para relajarme. La casa es bonita y la entrada está decorada con flores del estudio. Quiero salir corriendo, pero me contengo.

Por supuesto, me pidió amablemente que terminara el trabajo. Después de todo, lo prometí. Soy una profesional y no defraudaré a la agencia de Lauren. Aunque sea la boda de Chris.

Abro el maletero para sacar mi bolso. Cuando miro hacia la entrada con el corazón palpitante, lo veo. Vestido con un smoking parecido al que llevaba en el desfile de moda, tan sexy.

Se acerca a mí y me sonríe abiertamente. Me siento acalorada y enferma al mismo tiempo. Camino lentamente hacia él. ¿Cómo se atreve a invitarme a su propia boda? Es increíble.

Es insoportable para mí; para mi mundo. Mi corazón latía más deprisa a medida que se acercaba. Sentía que estaba muy cerca de mí.

Lo miré. Era guapo, elegante y tenía una amplia sonrisa profesional en la cara. Quería ser grosera y hacerle quitar esa expresión de su cara. Pero me quedé ahí, mirándolo fijamente, y él a mí. Se acercó y yo retrocedí instintivamente.

—Mejor no estaré aquí, Sr. Carter.

—¿No vamos a empezar a llamarnos tú?

—Pero...

—Sí, supongo que no cuenta. El hecho de que nos conozcamos no significa nada —me interrumpió.

Percibí que estaba enfadado. Pero no podía establecer una conexión lógica. ¿Por qué? Se iba a casar y yo era su fotografía personal...

—¿Ok. ¿Tienes idea de cómo me siento?

—Creo que sientes lo mismo que yo.

Me tocó el brazo y me miró.

—No quiero discutir contigo ahora —dijo, irritado—. Ven conmigo. Te enseñaré dónde puedes cambiarte.

—¿Qué?

No encontré las palabras. Todo estaba perfectamente pensado como siempre, hasta el más mínimo detalle. No se me ocurría nada que decir. Recordé las palabras de Lauren y me dejé llevar por el río. Pero las lágrimas de humillación e impotencia rodaban por mi mejilla. Me las enjuagué sutilmente mientras caminábamos hacia la casa.

—No sé qué pretendes, pero quiero que conozcas a alguien. Será mejor que te cambies para la fiesta. No es bueno que una dama de honor esté así.

—Es conveniente para el trabajo —interrumpí desafiante, sin escuchar lo que decía.

Desconecté todas las emociones y continuamos nuestro camino. Elegantes y delicados motivos se abrían ante mi mirada. Toda la decoración del patio creaba una imagen armoniosa.

Todo estaba cuidadosamente diseñado hasta el más mínimo detalle: velas, candelabros, faroles, lámparas, guirnaldas y enormes letras. Bajé la mirada, no quería ver todo esto. Ni siquiera quería leer sus nombres.

Había algunas personas, probablemente sirvientes, no invitados. Pensé en Tina. Ojalá pudiera estar aquí para ayudarme y, de algún modo, volver a ponerme en forma.

Entramos en la casa y todo estaba acorde con el tema de la fiesta: pedrería, perlas, algunas jaulas decorativas y piedras con fuentes.

—¡Es muy bonito! —exclamé.

—Sí, con una agencia de bodas y sabiendo lo que quieres, no es difícil —me miró significativamente.

Subimos al primer piso y me indicó una habitación.

—Aquí puedes cambiarte. Todo está preparado. Si necesitas ayuda, llámame. Confía en mí. Todo irá bien.

Confía en él, no sé por qué creía que podía hacerlo. Me dejaba sola, como había hecho tantas veces últimamente. Sola en la habitación y sola con mis pensamientos. Decidí que sobreviviría al

día de algún modo. Aunque quisiera presentarme a su prometida como su amante o ayudante, lo superaría. Hoy fuera el último día que lo vería.

El paquete fue aceptado por Lucinda. Era su letra. Dios mío, ella también lo sabía. Seguro que todos se rieron de mí. La ingenua campesina. ¿Cómo era posible? No importaba, era posible. Abrí el paquete y encontré un vestido verde claro con líneas plateadas. Era un vestido de cóctel y venía con zapatos y una diadema.

Un atuendo muy extraño, pero claro, el fotógrafo tenía que hacer la foto perfecta. Tenía muchos pensamientos en la cabeza, pero no conseguía plasmarlos en nada significativo.

Mientras me vestía, empecé a reírme. Estaba histérica de emoción. Me puse delante del espejo y me miré. No había traído maquillaje, y Tina tampoco estaba aquí. Llamaron a la puerta y vi una cabeza de pelo negro rizado.

—¿Tina, estás aquí?

—¡Hola, cariño! El jefe me ha ordenado que te pongas guapa.

—Quizá sepa lo que está pasando aquí. Me ha dicho que es trabajo, pero...

—No, no sé nada. Preparé a la novia y luego me dijeron que estabas aquí y que tenía que ocuparme de ti.

—¿Es guapa?

—¿Quién, la novia?

—Sí, seguro que lo es —sonreí nerviosa.

—Muy, muy guapa y es muy simpática.

—Tina, ¿qué quieres que haga ahora?

—Nada, sonreír, vivir, ser feliz. Pronto volverás a ser la más guapa en esta fiesta de la vida.

No entendía nada. Estaba más confusa. Miré tristemente por la ventana y al espejo. Quería intentar disfrutar de este último día, pero no sabía cómo. ¿Quién sabía lo que me esperaba?

Christopher entró y me miró con ojos encantados. Esto me avergonzó aún más.

—¿Estás preparada? Voy a presentarte a la novia. Estás con las damas de honor.

—¿Cómo? —no lo entendía—. ¿No estás del lado del novio?

—¿Qué hago ahí? A menos que conozca a Adam. Entonces tendrás que cambiar el color de tu vestido —se rió—. —¡Vamos! Parecía más feliz que nunca.

Empecé a dudar. Pero, de nuevo, no podía pensar con claridad.

Entramos en una habitación aún más grande y luminosa. La novia estaba de espaldas a nosotros. Cuando Chris tosió, se dio la vuelta.

—¡Dios, qué belleza! —Miró a Chris y luego a mí, sorprendida.

—Esta es Brianna, mi ayudante y mi acompañante de esta noche —dijo—. Esta es Liria, mi mejor amiga, mi alma gemela.

—Enhorabuena —dije, pero no entendía nada.

Pasé la mirada de un lado a otro entre ella y Chris, y los dos estaban estupendos. Me sentía feliz y triste al mismo tiempo. ¿Qué estaba pasando aquí y conmigo?

—Chris, gracias por tu gran apoyo.

Su sonrisa era amable. Un niño irrumpió en la habitación y corrió hacia Liria.

—Mamá, mamá, eres tan... eres como la princesa de la película.

—Gracias, cariño. Ésta es Brianna, la novia de Christopher, y éste es Charlie, mi hijo.

—Oh, sí, tú también eres preciosa —me dijo—. ¿Vas a casarte con Christopher?

Christopher alborotó el pelo de Charlie.

—¡Quizá! —dijo tranquilo.

Empecé a sonreír al ver al chico, y mi sonrisa se aflojó ante su cháchara. Poco a poco me di cuenta de que Liria era solo amiga de Christopher. El niño no era suyo. ¿Quizá nos íbamos a casar? Aún no me lo creía del todo, pero se me había metido en la cabeza.

Miré a Chris y él me miró a mí.

—¡Tenemos que hablar! —solté.

No sabía si estaba enfadada con él o no.

—Sí, claro, cariño —dijo y me cogió la mano. Sentí su calor y me temblaron las rodillas.

Salimos al vestíbulo y Chris me dio una copa de champán.

—¿Por qué me has hecho esto?

—Lo siento, Brianna. Es... no lo sé. Necesitaba tiempo, pero para entonces ya era demasiado tarde. Y tú tienes que aprender a hablar y no huir.

Se acercó cada vez más a mí y me miró con ojos brillantes.

—¡Eres tan hermosa! ¡Te quiero!

—¡Yo no estoy tan segura de que te quiero!

Me atrajo hacia él y me besó.

—Te he echado de menos —dijo jadeando. Y volví a estar en el cielo. El corazón me latía con fuerza y no quería que parara. Pero entonces dio un paso atrás. Me miró a los ojos y se aclaró la garganta.

—Liria es la mujer de mi amigo Jeremy. Murió frente a mí durante un reportaje en Siria.

—Lo siento.

—Me ocupé de ella. Lo considero mi deber. Charlie es su hijo. Siempre me ha gustado Liria, pero esta vez nos ha unido especialmente. Estoy muy unido a ella, pero no soy su Adam.

Me apreté tanto contra él que podía oír los latidos de su corazón.

—¿Y se llamaba Jeremy? ¿Por eso su yate se llama así?

—Sí, por aquel entonces éramos unos románticos, informábamos sobre lugares de interés y queríamos ser como Capa¹. No comprendíamos la gravedad de la situación. Pensábamos que sería un trabajo fácil, pan comido. Ya estábamos en Siria cuando Jeremy se enteró de que Liria estaba embarazada. Hoy, mi pasado es una parte que me resulta difícil y que no quiero que nadie conozca.

—Lo siento —repetí, aferrándome aún más a él.

—Sigo sin soportar a los niños que lloran, y allí vi muchos. —Christopher se inclinó y me besó en el cuello—. Nadie conoce mi historia y no estoy orgulloso de ella.

Pude sentir su dolor y también lo importante que era para él. Era especial que compartiera esto conmigo. Yo era especial para él.

Liria salió y me llamó. Tras unas palabras de admiración mutua, se puso seria de repente y comenzó.

—Sabes, Christopher era bastante reservado de niño, sólo deja que la gente que le rodea sepa lo que él cree que es correcto. Incluso con la gente que se preocupa por él, es precavido.

Hizo una pausa, aunque yo no la había interrumpido. Apenas respiraba.

—Quizá por eso te eligió a ti, porque tú no juzgas su alma. Puedo decirte de todo corazón que es un gran hombre.

—¿Por qué no la elegiste tú? —pregunté, mirando a Chris.

—No podíamos cruzar la línea. Nuestra relación es diferente. Él te eligió a ti. Sólo tengo una petición con todas estas palabras: cuida de él. Nunca le he visto tan feliz y creo que llegará un momento en que pueda abrirse a ti y compartirlo todo contigo.

No pude responder por un momento y ella lo había dicho todo. Entonces le cogí la mano.

—¡Gracias, muchas gracias! No me había dado cuenta de todo esto, pero veo que estáis muy unidos.

—Sí, estamos unidos en el dolor. Confía en él. Cuando tenga tiempo, te contaré mi historia con Adam. Tampoco fue tan fácil —me guiñó un ojo.

—Sé que no es fácil confiar en un hombre. Pero hoy es tu día, Liria.

—¡Pues que mi día sea una celebración! Vamos a divertirnos. —Liria le dio vueltas a su elegante vestido.

Un enorme nudo se aflojó en mí y pude volver a sonreír.

Creo que, igual que Chris confía en mí, yo también puedo confiar en él.

1. *Endre Ernő Friedmann, más conocido como Robert Capa, fue un reportero de guerra, considerado el más famoso de la historia. Su carrera como fotoperiodista de guerra comenzó en España, durante la Guerra Civil. Tras el conflicto español, también cubrió la Segunda Guerra Sino-Japonesa, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Árabe-Israelí de 1948 y la primera Guerra de Indochina.*

30. Christopher



La ceremonia de la boda de Liria fue maravillosa, y me sentí dividido entre los dos. Claro que hoy se trataba de Liria, pero Brianna estaba a mi lado y no podía apartar los ojos de ella. Estaba encantadora con su sonrisa y su hermoso cuello de cisne acentuado por unos pendientes brillantes. Estaba radiante y yo me bañaba en su luz.

El primer baile fue de los recién casados, luego me tocó bailar con Liria, y finalmente Brianna y yo pudimos disfrutar juntos del tercer baile. ¡Qué hermoso era todo, tan aireado! Ni siquiera el calor del verano, con todo el esmog, podía empañar mi humor de arco iris.

Me acerqué a Brianna y la invité a bailar. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! Mi corazón latía con fuerza, igual que esa mañana cuando la vi bajar del taxi. Parecía muy tensa y tenía la cara pálida. No quería presentarla así a Liria. Quiso abrazarla, pero se apartó. Aún no sabía exactamente qué pasó aquel fin de semana en Bakersfield. Si había vuelto con su ex o si tenía a alguien más. Los pensamientos surgían, pero en realidad no eran tan importantes. Ambos teníamos nuestro pasado y lo importante era nuestro futuro. Ella estaba conmigo y así seguiría siendo. Eso era lo único que importaba. La estreché aún más entre mis brazos.

La parte formal del día había terminado. Ahora se trataba de divertirse... y ansiaba divertirme sólo con Brianna. Me volvía loco. Cada vez que me tocaba, quería sentirla encima de mí, cerca y caliente.

Lo que me pasaba era simplemente inimaginable. Ayer estaba enfadado con ella porque quería irse así. Hoy me daba cuenta de que no era culpa suya, sino de que había cedido a sus sentimientos. Eso me hacía desearla aún más. Más ganas de irme a la cama con ella, pero también de saber más de ella. La miré a los ojos. Me acarició el brazo y cada vez me recorría más calor por el cuerpo.

—¿De verdad quieres hacerlo? ¿Quieres huir conmigo ahora mismo? —pregunté, sintiendo cómo la tensión se desvanecía.

—Creo que es la mejor salida. Pero si no quieres, quedémonos. No quiero parecer ignorante —me respondió.

—¡Y si lo hago, serás feliz y todo seguirá adelante y me querrás!

—Ahora te quiero, ya lo sabes —dijo, sus ojos clavados en mi alma.

Pronunció la última frase y se quedó paralizada.

—Sé que me quieres. Y si las cosas vuelven a ir bien y te digo que las montañas son como dragones, ¿te gustaría? —dije, sonriendo tontamente.

—Me encantará. Ya sabes que siempre soy así cuando estoy nerviosa —respondió, sonriendo.

Nos cogimos de la mano y caminamos lentamente hacia la salida de la casa. La casa estaba llena de voces alegres y sonaba una banda de jazz, pero escapamos a un lugar donde sólo estábamos nosotros dos.

Al llegar a la habitación del hotel, no pude esperar más. Me desabroché rápidamente la camisa y atraje a Brianna hacia mí. Respiré hondo y la abracé.

—Hueles muy bien a lirios —le susurré.

Mientras tanto, Brianna ya estaba intentando desabrocharme el cinturón, pero le temblaban los dedos. Así que aparté suavemente su mano y desabroché yo mismo la hebilla del cinturón. El botón de la cinturilla de mis pantalones se abrió y me quedé desnudo delante de ella.

Brianna se dio la vuelta y yo le bajé la cremallera del vestido, que cayó al suelo un instante después. Con el resplandor de la luz del techo, pude ver claramente su figura y me encantó lo que vi.

Mi mirada recorrió sus caderas estrechas y sus largas piernas. Mi cuerpo reaccionó al suyo. Brianna agarró mi erección con placer y me masajéo con las manos. Cerré los ojos un momento y me limité a sentir su tacto.

—Te deseo —le susurré y me uní al juego.

Empecé a besarla. Mis manos acariciaron sus pechos. Primero los sostuve en mis palmas un momento para mantenerlos a salvo. Luego dejé que mi dedo índice rodeara lentamente su pecho. Los círculos se hicieron cada vez más pequeños y ya pude ver en sus ojos cómo anhelaba que llegara a sus duros pezones. Volví a besarla y hice rodar sus pezones entre las yemas de mis dedos, lo que la excitó aún más.

Su beso se volvió más tormentoso y su deseo mayor. Me masajéo la polla con más fuerza y supe que me deseaba tanto como yo a ella.

La empujé de nuevo a la cama y vi su cuerpo torneado, tendido voluntariamente ante mí. Sus piernas ya estaban abiertas para recibirme.

Me incliné sobre ella y la penetré. Ella me agarró de los brazos y me sujetó con fuerza.

Aumentamos lentamente el ritmo hasta que nos corrimos casi simultáneamente.

Mientras ella gritaba de placer, yo la contemplaba en la belleza de su orgasmo, lo que hizo que yo también me corriera.

Durante un momento, los dos nos quedamos tumbados uno junto al otro, agotados y con las persistentes oleadas de placer, y luego nos acurrucamos uno junto al otro y nos quedamos dormidos.

31. Christopher



Los últimos días habían sido importantes para mí. Liria se había ido de luna de miel, el trabajo no había disminuido, pero se había estabilizado. Brianna se quedaba en el estudio, lo cual me hacía muy feliz. Sin embargo, percibía una tensión por su parte. Ya había decidido dar el siguiente paso. Sólo tenía que prepararlo todo.

Me paré ante la tumba de Jeremy para hablar con él.

—Hola, amigo mío. ¿Cómo estás? —siempre empezaba así.

—Estoy atravesando algunos cambios en mi vida en estos momentos, así que pensé en ponermelo en contacto contigo. Probablemente lo sepas, ya que puedes ver mejor desde ahí arriba.

—Tu Liria es muy feliz. Yo también estoy listo para el siguiente paso. Perdóname. La vida sigue. He conocido a Brianna. Es muy parecida a Liria, abierta y simpática...

Sólo pensar en mi querida Brianna me hacía feliz.

—Sabes, Jeremy, después de nuestras experiencias, pensé que ya no tendría miedo de nada en esta vida. Pero no, cuando pienso en Brianna, ya la echo de menos y el miedo a perderla es enorme. Me abrí a ella y creo que fue la decisión correcta. Quiero pedirle matrimonio. ¿Quién sabe lo que nos deparará el mañana? Tú debes saberlo mejor.

Dejé el ramo de flores junto a la tumba y respiré hondo.

—¡Gracias, amigo mío!

Por supuesto, no hubo respuesta. Me di la vuelta y me alejé de él. Una ligera brisa me rozó la camisa y la piel de gallina me recorrió el cuerpo.

—Gracias, amigo mío —volví a susurrar.

Hablar con Jeremy me había dado valor, pero aún me quedaba un reto por delante. Estaba un poco nervioso mientras esperaba a Brianna en el restaurante. Ella era guapa, su belleza era algo

que daba por sentado. Me alegraba que no volviera a camuflar su marca de nacimiento. Caminaba con paso seguro por el restaurante y sonreía a todo el mundo. No era casualidad que eligiera el mismo restaurante donde la dejó la última vez.

Quería disculparme. No sólo eso, este restaurante también estaba diseñado para la ocasión, porque este día era especial.

Cuando llegaron los entremeses, Brianna comentó sus impresiones sobre la boda. Nunca había visto nada tan bonito, ni siquiera en el cine.

—Sí, fue un acontecimiento íntimo. Liria no quería tanta gente. Por eso se limitó a un pequeño círculo. ¿Qué tipo de boda te gustaría, una grande o algo similar?

Ella se atragantó con su champán y tosió.

—Yo... aún no he pensado en ello.

—Deberías empezar a pensarlo.

Saqué una caja de mi bolso y, al mismo tiempo, nuestro saxofonista del yate se acercó a nuestra mesa.

Me encantaba sorprenderla. Ella giró la cabeza y me sonrió. Luego miró primero al saxofonista, luego volvió a mirarme a mí y después a la caja. En una improvisación de jazz, nuestra melodía, "To be with you" de José James, sonó desde el saxofón.

—Brianna Winter, ¿quieres ser mi esposa? —dije solemnemente y en voz alta, de modo que los invitados de las mesas vecinas empezaron a volverse hacia nosotros.

—¡O, no! Christopher, todo como siempre. ¿Cómo puede ser?

—¡¿Es un sí o un no?!

—¡¿Sí o no?! —Ella bajó los ojos avergonzada, luego empujó su silla hacia atrás y cayó en mis brazos—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Quiero hacerlo.

—¡Genial! Entonces se acabaron las formalidades. Me he permitido otra pequeña travesura. He invitado a tus amigos a nuestra fiesta de compromiso.

—¿Cómo? —Miró confusa a su alrededor, y luego se le dibujó una sonrisa en la cara cuando vio a Robertini y a Lauren.

Los dos se unieron a nosotros en la mesa, pero la única que podía ver con mis ojos era a Brianna.

—Este pañuelo es para ti, mi amiga Lauren. Me trajo la felicidad. Espero que a ti también lo traiga felicidad.

Brianna se quitó el pañuelo azul brillante del cuello y se lo tendió a Lauren.

Lauren sólo resopló juguetonamente ante esas palabras y se rió por ello. Pero cogió el pañuelo y se lo ató al brazo como si fuera una pulsera. Su amiga es muy guapa, pero yo sólo sentía a mi Brianna.

Estaba locamente enamorado de su franqueza y su naturalidad. Lo quería todo de ella. Y lo tenía.

32. Brianna



Tres meses después en Bakersfield

Oh Dios, el olor de los cruasanes frescos me volvió loca. Estaba sentada en la mesa de mi cafetería junto a mi elegante marido fotógrafo. Todos los clientes lo miraban con admiración. Alguien me reconoció y vino a saludarme. Otro, que nos había visto en la prensa rosa, nos felicitó por nuestro matrimonio.

Tommy estaba haciendo un buen trabajo. Ya no necesitaba ayuda para preparar café. Se movía con seguridad, recogía hábilmente su bandeja y charlaba relajadamente con los clientes. Me alegraba que mi tía hubiera encontrado un buen sucesor para mí. Ahora, mi hogar estaba al lado de mi querido Christopher.

Pero mientras él estaba relajado, yo estaba más nerviosa que nunca. Tenía algo importante que decirle a Chris y a mi tía. Empecé a pensar en ello y me removí inquieta en la silla.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Chris.

—Sí, mi amor. ¿Dónde está Margaret?

Vi entrar al Sr. Parker y le hice un gesto con la mano.

—¿Quieres que te presente al hombre que me hizo reflexionar sobre mi vida y tomar decisiones espontáneas?

Chris asintió y nos acercamos al Sr. Parker, que ya había tomado asiento en su mesa de rincón.

—¡Buenas tardes, Sr. Parker!

—Buenas tardes, señor y señora Perfectos —nos saludó levantándose.

Me sorprendió ver al Sr. Parker con todos los dientes visibles.

—Sr. Parker, ¡se puso dientes nuevos! Estaba radiante.

—Sí, Brianna, algo pendiente... Ja, ja. Lo demás no importaba.

—Así es, Sr. Parker, oí mucho sobre usted —añadió Christopher—. Ese sombrero le quedaba genial.

—¿Dónde está Margaret? Deseaba verla...

Nos reímos al darnos cuenta de que acababa de entrar. Tommy se levantó de un salto.

—¿Quiere lo de siempre, Sr. Parker?

—No, hoy necesito algo más fuerte. Tomaré un café con una gota de ron. Entonces, jóvenes, ¿cómo era su vida en la ciudad?

—Era maravillosa y usted lo hizo posible. Quería agradecerle por cuidar de Margaret —le respondí, esperando su reacción.

—Oh, no hacía falta, además... —Parker empezó a toser.

Margaret se unió a nosotros y el Sr. Parker extendió la mano para cogerla y besarla. Observé este extraño y galante encuentro, y me encantaba lo que veía. Mi tía lo aceptaba encantada y el Sr. Parker continuó.

—Bueno, ahora que estamos todos aquí, Margaret, tú y yo éramos amigos desde hace mucho tiempo.

Todos nos quedamos paralizados, incluso Tommy, que olvidó dejar la bandeja que trajo para el Sr. Parker.

—¿Por qué no nos íbamos a vivir juntos? Así estarías más cerca de tu café. Además, quería que te casaras conmigo... ¡La vida es tan corta! —murmuró el Sr. Parker.

Todos miramos a mi tía. Ella miró de un lado a otro entre él y yo, luego echó un vistazo a su cafetería.

—Sí, estaba de acuerdo.

—Ven aquí, mi ardilla —dijo el Sr. Parker mientras la besaba en los labios.

Me quedé sorprendida, pero feliz por ellos. Nos felicitamos y Margaret sacó un montón de cruasanes frescos para celebrarlo.

Miré a los dos y luego a mi querido Christopher. Mi mirada se hundió en sus ojos.

—¡Te amo, Chris!

—¡Brianna, te amo!

33. Christopher



Lo conseguí. Mi vida ahora tiene más sentido y está enfocada hacia un nuevo futuro. Gracias a Brianna, mi vida se convirtió en una aventura interesante, emocional y satisfactoria.

Los Ángeles estaba lleno de gente guapa, pero no de muchas personas naturales. Le estuve agradecido por hacerme sentir dueño de mi propia vida. Estábamos juntos, pero yo seguía siendo un individuo con la libertad de decidir por mí mismo y por nosotros.

Ella no controlaba todos mis movimientos; confiaba en mí. El único objetivo que me importaba en ese momento era cuidar de nuestra vida juntos, de nuestra vida como trío.

Cogí el ascensor hasta el estudio donde me esperaba Lucy. Había algunas cosas que discutir con ella y tenía que prepararme para la sesión. Me miré en el espejo.

¡Luz y sombra! Yo llamaría a Brianna la luz, y yo sería la sombra antes de que ella entrara en mi vida. La luz, como el pincel de un artista, puede ser suave y sutil, según en qué manos caiga. La sombra te dice dónde está la fuente de luz. Una sombra puede estropear todo el cuadro o darle un aspecto natural y volumen. Sí, ¡luz y sombra!

—Hola, jefe —me dijo Glen cuando se abrió la puerta del ascensor.

—¡Hola, Glen! ¿Dónde está Lucy?

—Salió a comprar café recién hecho. ¿Dónde está Brianna, no viene hoy? —preguntó Glen, mirándome casi con preocupación.

—No, ya no trabaja en el estudio.

—Es una pena, me encantaba charlar con ella.

Lucy entró con un gran paquete de café.

—¡Buenos días, Chris!

—¡Buenos días, Lucy!

—¿Cómo estás hoy? Veo que estás floreciendo cada vez más. No reconozco a este Chris en absoluto.

—Sí, sigo siendo el mismo, quizá un poco más ligero.

Se rió.

—Nuestro negocio ha ido incluso mejor últimamente. ¿Has pensado en encontrar a algunos estudiantes para no tener que hacer catálogos? Así tendrás más tiempo para tu familia.

—¿Estudiantes? De acuerdo. Lucy, ya que estás, hace tiempo que no te lo pido. ¿Puedes encontrarme una nueva ayudante? —Lucy me miró interrogante y esperó a que continuara; me conocía demasiado bien—. Brianna está embarazada, la he relevado de su puesto.

—De acuerdo —respondió Lucy muy seria—. ¿Cuáles son tus nuevos criterios de selección?

Me miró con esa cara seria un momento, y luego no pudo más y sonrió:

—¡¡¡Enhorabuena!!! Deberíamos celebrarlo con una taza de café. Voy a echar de menos a Brianna.

Parte introductorio de segundo libro Historia de Amor en LA - "Profundamente Perfecto"



Lauren

Nunca pensé que volvería a fijarme en un modelo masculino, pero Sebastián era diferente. Este apuesto bastardo despertó en mí sentimientos olvidados: vergüenza, deseo, emociones incontrolables. Sentía como si lo hubiera conocido antes en alguna parte.

Cuando comenzó a trabajar, mi corazón se aceleró al verlo. Su apariencia inusual, con piel ligeramente oscura y cabello rubio, creaba un contraste fascinante. No podía dejar de pensar en él. Era un profesional de alto nivel, pero había algo más en él que me hipnotizaba. Su confianza y belleza a veces me avergonzaban.

Me quedé entre bastidores en el desfile de moda, observando sus tomas. Su pequeño camerino ya estaba lleno, así que me alejé. Me resultaba difícil estar en la misma habitación con Sebastián; me faltaba el aire.

No parecía haber mucho que hacer, pero fue un gran esfuerzo convencer al diseñador de que Sebastián reemplazara a la morena que nos había abandonado. El diseñador, aunque de acuerdo, fue demasiado tranquilo al respecto, y solo nos dijo que no rediseñaría toda la colección en una noche. Afortunadamente, las tallas de Sebastián coincidían con las del antiguo modelo.

Ayer, no podía estar en desacuerdo con Robert: Sebastián era genial en lo que hacía. Pero su comportamiento era extraño, educado y distante con nosotros, especialmente conmigo. Con Chris, en cambio, se comportaba como con un viejo amigo. Quizás porque ambos eran de Nueva York.

Se reían de algo en el set, pero cuando me acerqué, la energía cambió. Le preparé café a Chris y a Sebastián, pero ni siquiera me dio las gracias. ¡Idiota! Además, sus cosas estaban por todo el estudio, ocupando nuestro espacio. Me molestaba su comportamiento. Me temblaba todo, pero me contuve y no dije nada.